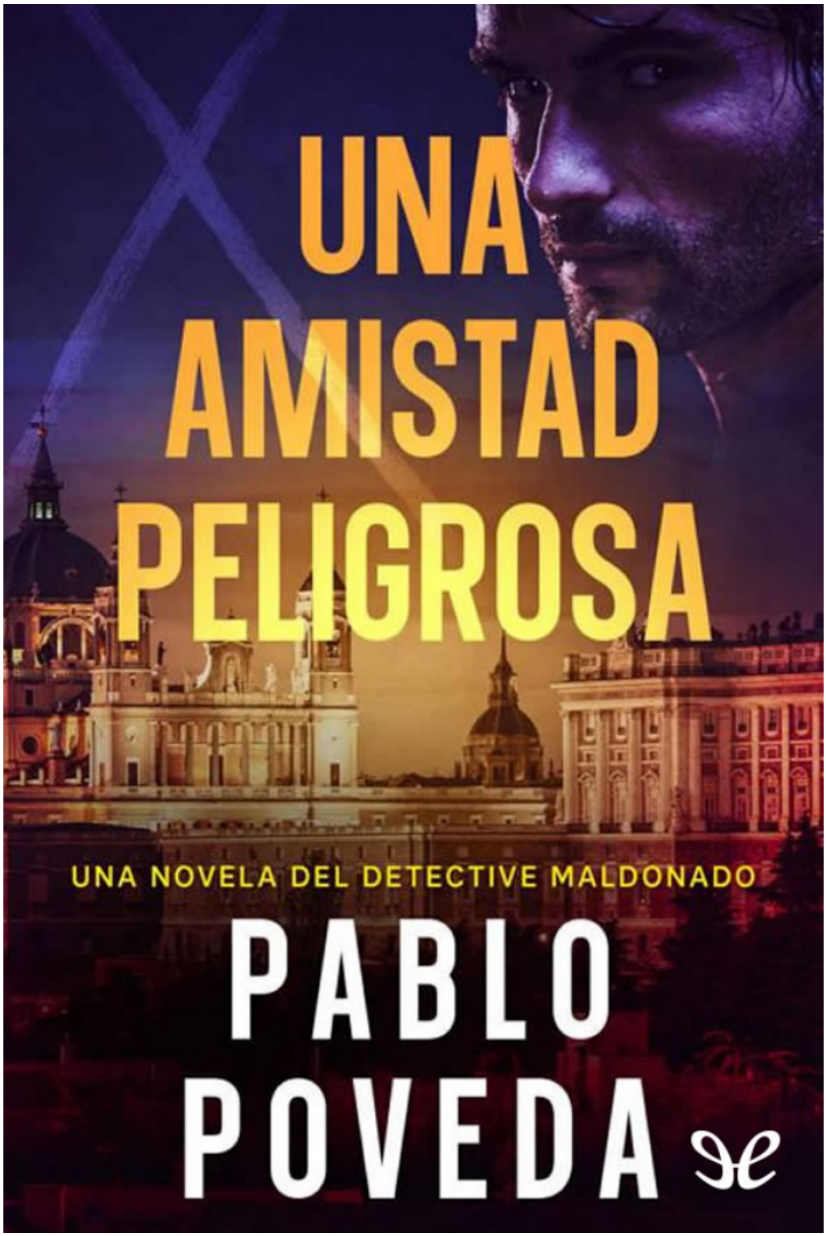
UNA
AMISTAD
PELIGROSA
UNA NOVELA DEL DETECTIVE MALDONADO
PABLO
POVEDA

Una amistad peligrosa sigue la historia de Maldonado, un detective privado que se ve envuelto en una peligrosa trama de asesinatos y violencia cuando recibe una misteriosa llamada del inspector Berlanga pidiéndole un favor inesperado.

Después de un violento asalto que deja al inspector en el hospital, todas las sospechas apuntan a Maldonado. Sin apoyo policial y bajo la presión de resolver el caso y limpiar su nombre, el detective comienza su propia investigación para encontrar al culpable.

Pero cuando una misteriosa mujer aparece en su vida, Maldonado se da cuenta de que los asesinatos en la ciudad y el ataque al inspector están conectados con el oscuro pasado de ambos.

¿Será Maldonado capaz de desentrañar la verdad y hacer justicia antes de que sea demasiado tarde?

Una amistad peligrosa es la quinta entrega del detective Javier Maldonado. Una novela negra contemporánea ambientada en Madrid, cargada de suspense, misterio, pulp y acción.

Pablo Poveda

Una amistad peligrosa

Detective Maldonado - 5

ePub r1.0
Titivillus 29-01-2023

Título original: *Una amistad peligrosa*
Pablo Poveda, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

El abogado le había dicho que no volvería a pisar la cárcel, pero eso no le producía gran alivio. Así que decidió darse una vuelta porque era la última. «Total, ¿qué importaba?», se preguntó. No era lo mismo pasar unos años en la trena por robar relojes en una moto que por haber forzado a una mujer a acostarse con él. De muros hacia dentro, existían otras reglas. Además, si iba a manchar la fama y el renombre que se había ganado como delincuente, debía hacerlo como los grandes, estimó.

A pesar de las advertencias del letrado, decidió darse una vuelta por la ciudad para tomar una copa, el fresco y animarse un poco. Era miércoles, pero Madrid no descansaba y tampoco lo hacía la zona del casco antiguo. Se echó una navaja al bolsillo, por lo que pudiera pasar, aunque no tenía intenciones de meterse en más problemas. Solamente buscaba divertirse un poco, conocer a una chica bella, quizá pagar, en caso de que fuera necesario y echar un polvo, por si le aplicaban la ley seca más tarde.

Tras una vuelta por los bares de Sol y sus perpendiculares, subió hasta Huertas y decidió pasar por los bares de extranjeros, que estaban siempre abiertos. Aquel circo nunca descansaba y era perfecto, con un poco de paciencia, para desvalijar a los borrachos que salían hasta arriba de cerveza, incapaces de andar ni de articular una palabra. Ni siquiera tenía que aplicar la violencia. «Suave como la seda», decía. Para un profesional como él, era cuestión de esperar unas horas, observarlos y no perder de vista a los otros como él que se movían por esos ambientes. Tiburones había pocos, pero las aguas estancadas siempre estaban llenas de sanguijuelas.

Alrededor de la una de la madrugada, con varios tragos en el cuerpo y una raya de cocaína para espabilar, se metió en El Negro, la única discoteca abierta a esas horas. La música era horrenda para

su gusto y sonaba tan fuerte que le costaba hacerse escuchar en la barra. Allí se fijó en una mujer que estaba sola, apoyada en la barra y que tendría unos cuarenta y pocos, como él, calculó. Se fijó en lo que tomaba y pidió otro para ella.

Cuando se lo acercó, ella lo rechazó amablemente.

—Lo he comprado para ti.

—Ya te he dicho que no, gracias —respondió ella, poniéndose tensa.

—Que bebas, joder…

—¿Perdona?

—¿No me has oído?

Antes de que se dieran cuenta, una de las camareras ya había dado el aviso al personal de seguridad. Un hombre del tamaño de un armario lo agarró del brazo, haciendo caer los vasos al suelo. Su primer impulso fue el de sacar la navaja y rajarle el abdomen, pero aguantó las ganas y se dejó llevar por la fuerza del gorila. Un segundo después, estaba tirado en los adoquines de la calle, oyendo las amenazas del portero, que le invitaba a desaparecer de su vista.

Cuando se puso en pie, notó que se había hecho daño en la mano, pero que no tenía nada roto y también sintió la ingesta de alcohol haciendo efecto en su equilibrio.

—Tienes suerte… de que hoy no sea mi día…

—Lárgate antes de que llame a la Policía —le dijo el guarda.

—Que os den… Soy un hombre libre —clamó, ebrio, antes de empezar a subir por el callejón que llevaba hacia Antón Martín.

De camino a su casa, en el barrio de Lavapiés, se cruzó con siluetas que balbuceaban como él. El único miedo que tenía era el de la resaca del día siguiente. Por una noche, pensó, se había comportado como un cordero de la sociedad y eso le produjo una ligera carcajada.

El mundo de los borregos le aburría.

En la subida que llevaba a la calle de Atocha, a escasos metros del cruce, sintió a una pareja que lo alcanzaba por detrás.

—¿Estás bien, amigo?

—Déjame en paz —murmuró y buscó la navaja en su cintura. Entonces se dio cuenta de que la había perdido en la puerta de esa discoteca—. Maldita sea…

Sin esperarlo, sintió una fuerte sacudida en el pie que lo tiró al

suelo. Esta vez sufrió una caída dolorosa y su rostro impactó contra las baldosas.

—Parece que tiene problemas para caminar —comentó una de las voces masculinas—. ¿Verdad?

—Hijoputa… No tengo dinero, si es lo que buscas.

—Será mejor que le echemos una mano —sugirió la otra voz varonil—. Míralo, no puede levantarse.

Esta vez no era culpa del alcohol, sino de la caída. Sintió un agudo dolor en el pie y un fuerte pinchazo al intentar moverlo.

—¿Qué coño queréis de mí? —preguntó, confundido. Algo no encajaba y comenzó a ponerse nervioso—. Dejadme en paz, estoy cansado…

—Míralo, qué pena me da. ¿A ti no? Quizá haya que llevarlo a su casa.

—O a dar una vuelta.

Una segunda patada le rompió una costilla. Intentó gritar, pero no podía soportar el lamento.

—Dejadme…

Una de las voces se acercó a él y le echó el aliento en la nuca. No podía verlo, pero sí sentir sus intenciones.

—No te preocupes por eso, Manolito, ya nos encargamos de ello… Pronto vas a descansar para siempre.

2

Jueves.

No era una cita, ni tampoco un trabajo. Para Maldonado, simplemente, se había convertido en otro breve capítulo más de su vida.

La mujer que lo acompañaba había pasado de ser su cliente a su amante. Una tónica que comenzaba a ser más frecuente de lo habitual. No lo hacía por dinero, ni tampoco por diversión. Una cosa había llevado a la otra. El marido le había pagado para que la siguiera, temeroso de que su esposa le estuviera siendo infiel. Ella no lo había sido, al menos, hasta que la conoció y se dejó convencer para que le ayudara a provocar un divorcio fortuito.

El detective vio la ocasión clara y, de tanto involucrarse, acabó siendo el vértice que faltaba para completar el triángulo amoroso.

«Cosas que pasan… Dos no se juntan si uno no quiere».

Con una camiseta blanca de tirantes y en calzones, se levantó de la cama y caminó hacia la silla donde había dejado el resto de la ropa.

Aunque no la podía ver, notó cómo ella lo observaba en la oscuridad, desde la cama. Buscó en los bolsillos de la chaqueta y sacó el paquete de *lights*.

—Quédate un rato más —le propuso, insistiendo por su compañía.

Después del sexo, necesitaba un trago y evitar la conversación.

Sabía que aquello no iba a ninguna parte y ese sería su último encuentro.

En unas horas, ella subiría a un avión con destino a Miami y desaparecería para siempre.

Más tarde, él se encargaría de confirmar al marido que su mujer le había sido infiel.

Tan solo deseó que Marla hubiera tomado buenas fotografías de la velada.

Dio un vistazo por la ventana. Reconoció su Golf GTI negro, aparcado en la bocacalle y contempló el paseo de las Delicias, que se mantenía tranquilo en la noche.

Meditabundo, pensó que pronto la ciudad regresaría a su ritmo habitual.

—¿Tienes de algo de beber?

—¿No es un poco pronto?

—Nunca lo es.

Ella suspiró.

—Mira en el mueble del salón… Tal vez haya alguna botella de mi esposo.

Abandonó el dormitorio, sintiendo la fatiga poscoital en el torso y recorrió el pasillo que lo llevó al salón. De un viejo estante sacó una botella polvorienta, de escocés. Prefirió no preguntarse por los años que aquel brebaje llevaba allí metido, ya que el whisky era una de las pocas cosas que no temía el paso del tiempo. Agarró un vaso corto, se sirvió dos dedos y regresó al cuarto. Cuando llegó al umbral de la puerta, notó el resplandor de la luz de la mesilla y encontró a la mujer vestida con un pijama de seda, sentada en la cama, con las rodillas flexionadas y cubiertas con la manta.

En silencio y sin ánimos de romper el hielo, abrió la ventana y dejó que el frío de la calle entrara. Después encendió un cigarrillo y exhaló el humo al exterior.

—Supongo que es tu manera de cerrar los casos.

Él carraspeó. Intuía hacia dónde iba el diálogo y estaba cansado como para discutir.

—No estoy de servicio, Marina.

—¿Es un adiós?

Dio otra calada, apagó la colilla en el alféizar y se aclaró la boca con el escocés, sintiendo cómo el alcohol ardía en su garganta. Notó que, para ser lo primero que ingería en ayunas, le había sentado mejor que en otras ocasiones. El calor se manifestó por todo su cuerpo. Luego se giró y la miró fijamente.

—El adiós se les da a los muertos. Yo diría que aún sigues muy viva.

—Por favor, Javier. No evites mis preguntas con tus rodeos.

Oír su nombre de pila en boca de una mujer que no fuera Marla, le producía escalofríos.

—Tienes lo que me pediste. Toma ese avión y vuela libre hacia tu nueva vida. Él no te encontrará.

—¿Y tú? Ven conmigo. Tengo dinero suficiente para los dos.

«Oh, no».

Se giró y le dio la espalda, buscando mentalmente una salida de la casa.

—Detesto la humedad. Dicen que Florida es peor que Alicante.

La mujer se levantó y se aproximó para abrazarlo por detrás.

—Javier… —le susurró al oído, apretando su pecho contra la espalda del detective—. Podríamos ser felices…

De pronto, todavía con el vaso en la mano, avistó un vehículo que se acercaba al suyo.

Por alguna razón, aquel modelo le era familiar.

—Marina…

—Te escribiré cuando llegue, pero, por favor…

—Oye…

—¿No ha significado nada para ti?

—Marina, escúchame —dijo, viendo cómo el coche se detenía y estacionaba en doble fila.

—¿Qué sucede?

Un escalofrío lo puso en guardia cuando reconoció la cabeza redonda del hombre que salía del viejo Mercedes de color granate.

—Demonios, es tu marido.

—¿Qué?

Se dio la vuelta, la cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—Tu marido está aquí.

—¿Mi marido? —preguntó sorprendida, después se asomó y reconoció el vehículo—. ¡Oh, es él!

—¿Sabes si tiene llaves del piso?

Ella lo miró extrañada.

—¿Cómo no va a tener? Es suyo.

—Macanudo.

En ese momento, Maldonado había dejado de atender a las palabras de la mujer que tenía delante. La voz de la secretaria se repetía en su cabeza.

«Nos vas a meter en un buen lío».

«Demonios, Marla. ¿Por qué nunca te haré caso?»

No disponía de tiempo para azuzarse. Ahora debía encontrar la manera de que los dos salieran de allí sin que el esposo los descubriera. De lo contrario, el desencuentro acabaría con un trágico final para los tres. Lo que más le dolía era decir adiós a la remuneración que el tipo le iba a pagar por los servicios.

Se vistió todo lo rápido que pudo y oyó el estrépito de la puerta de la entrada al edificio.

Agarró a la mujer de la muñeca y la llevó al recibidor del apartamento.

—Coge tu abrigo y tu bolso.

—¡No puedo irme, sin más! Mi equipaje…

Él resopló por la nariz. El motor del ascensor les indicó que el hombre estaba abajo.

—Al carajo. Tú decides. Yo me voy.

La presión era tan fuerte, que no vaciló en seguir sus indicaciones.

Maldonado abrió la puerta del apartamento y comprobó que el ascensor ya estaba subiendo.

Juntos, bajaron por las escaleras. Ella caminaba más despacio que él, poniendo en peligro el plan de fuga.

De pronto, se oyó un berrido en la planta superior. Un grito que retumbó en las paredes.

—¿Marina? ¡Sé que estás aquí! —exclamó el cónyuge al irrumpir en la vivienda—. ¡No te escondas, desgraciada!

Cuando abandonaron el edificio, el cielo se despejaba y amanecía en la ciudad. Maldonado corrió hacia su coche, procurando que el marido no los descubriera. Entró en el Golf y metió la llave en el contacto para arrancarlo. De repente, la vio parada junto al portal, confundida.

O tal vez arrepentida, se dijo.

«Jamás vuelvas a confiar en un cliente».

En un acto reflejo, tocó el claxon para llamarla. Tenían que salir de allí.

La mujer, aturdida, salió del embrujo de sus pensamientos y reaccionó, caminando hacia el coche.

—Lo siento, lo siento…

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó él, abriéndole la puerta

para que se diera prisa.

—Por un momento, he sentido que…

Los ojos del detective se desviaron hacia arriba cuando notó una mancha negra en lo alto del edificio.

—Oh, no… —murmuró.

El marido le apuntaba con un arma desde la ventana por la que él había fumado un rato antes.

Uno.

Dos.

Ahora.

Metió la primera marcha y pisó el acelerador a fondo.

Un estrépito sonó desde lo alto y el proyectil alcanzó uno de los faros del coche. La mujer gritó con histeria, el motor del Volkswagen rugió como un dragón y Maldonado se abrió paso entre los coches que ocupaban el paseo, dejando una molesta sinfonía de bocinas e insultos a su paso.

3

Ataviado en el viejo Barbour para protegerse de la gélida mañana, fumaba tranquilo, apoyado en la parte delantera de su coche mientras observaba un avión que despegaba de la terminal del aeropuerto de Adolfo Suárez.

La había llevado hasta allí, asegurándose de que la mujer cruzara el control de pasajeros y de que su dinero estuviera a salvo. Le dijo adiós sin un miserable beso de despedida. Era el mejor final para los dos, estimó, viendo cómo la hermosa dama se mezclaba con el resto de los viajeros. Entendió sus motivos, como también los del marido. Para él, la vida era así: un mero ejercicio de adaptación, de supervivencia. El mundo, un lugar peligroso en el que habitar, porque la gente lo hacía complicado.

«Cuando menos lo esperas, la persona con la que duermes se convierte en una auténtica desconocida con intenciones de amargarte la existencia».

Frente al vehículo, sacó el sobre con el dinero que ella le había entregado. Lo contó. Era una cantidad generosa que le ayudaría a aguantar otro tirón sin encargos. Luego, se fijó en cómo el impacto de la bala había destrozado el faro izquierdo delantero.

«Diablos… Esto me ajustará el cinturón», calculó para sus adentros.

Comprobó la hora y sospechó que Marla estaría de camino al despacho. Lo abrumó la idea de conducir hasta el centro de la ciudad, pero debía darse prisa y pensar en algo, antes de que el esposo celoso apareciera por allí poniendo precio a su cabeza.

Buscando la manera de resguardarse del frío, sus ojos se dirigieron al cartel luminoso de una de esas franquicias de café que tanto le gustaban a la secretaria. Entró en la zona de llegadas de la terminal y caminó hacia el establecimiento, con el fin de echarse algo caliente en el cuerpo. Después se detuvo ante la larga lista de

diferentes cafés que servían, la mayoría con nombres en inglés y con precios exagerados.

«Carajo, yo solo quiero un café bien fuerte», se dijo, cuando notó la presencia de un hombre a su lado. Lo miró de reojo y notó algo extraño en él. Llevaba un traje viejo y desgastado y portaba un viejo maletín de piel. A pesar de sus intentos por disimularlo, intuyó que aquel tipo pasaba por una mala racha.

—Perdone…

Maldonado arqueó una ceja, sin girar el rostro.

—¿Sí?

El desconocido tragó saliva y vaciló un instante.

—¿Sería tan amable de comprarme un café?

En otro contexto, habría sospechado de él y de sus intenciones. Nadie viajaba tan lejos para mendigar un café. Sin embargo, no tuvo más que mirarle a los ojos y ver el aspecto de las suelas de sus zapatos, para comprender que era uno de los muchos que dormían durante el invierno en los pasillos del aeropuerto.

—Claro —dijo sin pensarlo dos veces—. Aguarda aquí.

El detective se alejó de él y se acercó a la cola. Reflexionó que, a pesar de las historias que cada uno tenía y de los muertos que todos guardaban en el armario, en ocasiones, la mala suerte de la vida se presentaba sin avisar, ya fuera con un despido laboral, con una tragedia familiar o con una mala gestión de terceros. Pero, al fin y al cabo, con un revés que era capaz de tumbar al más fuerte. La clave estaba en levantarse. Él sabía lo que era sentirse jodido, lo que suponía luchar cada mañana por salir a flote. Así y todo, jamás había alcanzado la situación del desconocido. Con un sentimiento extraño en el cuerpo, esperó su turno hasta que se quedó frente a la cajera. Dio otro vistazo y se aseguró de que el hombre seguía allí.

«No puedes juzgar a alguien por su aspecto, ni por su pasado. Tan solo por sus acciones… y él no te ha pedido más que un café».

Pidió dos cafés largos y un emparedado de atún con mayonesa. Mientras esperaba, se le ocurrió algo y tomó una revista de viajes del mostrador. Después sacó el sobre donde guardaba el dinero que su cliente le había dado, separó la mitad del fajo de billetes, olvidándose de la paga extra del mes y los guardó en su abrigo. Por último, metió el sobre dentro de la revista y la enrolló.

—Aquí tienes —comentó, regresando a él y le entregó el

desayuno y el magacín.

—Vaya, gracias… —respondió, abrumado, sin darse cuenta aún de la sorpresa que había entre las páginas—. Oiga, ¿y esto?

—He pensado que te vendría bien un poco de distracción —aclaró, sacó las gafas de sol y se puso un cigarrillo entre los labios, dispuesto a salir de la terminal—. Hay que alimentar el estómago y el alma.

—Gracias, no sé qué decir…

—Descuida, no siempre es necesario decir algo.

4

Una hora más tarde, Maldonado alcanzaba San Bernardo por la Gran Vía, con el frío de la mañana abofeteando su rostro y sorteando con la mente en blanco el tránsito de un día laboral. Ni siquiera se detuvo a pensar en la mujer que había dejado marchar un rato antes. Era mejor así, se repitió, a modo de convencerse. Desde su última relación, no había tenido ocasión para concentrarse en los sentimientos. De alguna manera, las mujeres que entraban en su vida lo hacían por accidente, por una coincidencia fortuita o porque el de arriba las cruzaba en su itinerario para que no perdiera la fe. En cualquiera de los casos, su vida no estaba preparada para un episodio de desenfreno emocional, a pesar de las ganas que albergara. Se conocía y sabía que no llegaría a ninguna parte. Su carácter era tan intenso como una resaca de Año Nuevo y no había conocido dama que fuera capaz de soportarlo. Así que decidió olvidar el asunto, no apostar por los caballos ganadores y dedicarse a lo único que se le daba medianamente bien. Prefería hacerlo de ese modo. Para él, a partir de cierta edad, las expectativas se convertían en fracasos y él era un habitual a la hora de decepcionar.

De camino al despacho, se fijó en las carteleras de los cines y de los teatros, que se habían convertido en un atractivo turístico para los de fuera. Los bares de antaño se habían transformado en franquicias de alimentación con imágenes coloridas de platos de comida que poco se parecían a lo que servían en las mesas. Un oasis con precios insultantes para exploradores perdidos en un desierto de hormigón. Continuó por la cuesta, dejando atrás los grandes centros comerciales. Ahora, los anuncios del Broadway español se convertían en un popurrí de musicales, humoristas y encuentros entre rostros famosos que él era incapaz de reconocer. Por un momento, sintió que se había quedado atrapado en el pasado, en una época que no era ni mejor ni peor, simplemente con otros

nombres y otros símbolos populares.

A la altura de la esquina que unía el cruce, apuró el cigarrillo que sostenía entre los dedos y miró hacia el final de una calle que parecía no detenerse. Para él, el tráfico de San Bernardo era lo más parecido a las inolvidables secuencias de cine: una calle estrecha que siempre está en obras, dos colas de vehículos en ambas direcciones y un hormiguero humano que entra y sale de cada agujero. Después apagó la colilla en el cenicero de una papelera y entró en el edificio.

Al llegar a la planta de la oficina, sintió el perfume de Marla suspendido en el pasillo.

—A buenas horas… —dijo ella cuando el detective abrió la puerta.

Estaba sentada frente al ordenador, en su lugar habitual, e iba vestida con un conjunto de camisa y falda, como solía hacer durante la semana.

—¿Tienes las fotos?

—Sí —contestó, cortante, sin mirarlo a la cara.

Por su expresión, él interpretó que estaba molesta por algo. Sabía que la única manera de hacerla hablar era sacándole el tema. Así que optó por posponer la charla para más tarde.

—Enséñamelas —dijo, luego se quitó el Barbour y lo colgó en el perchero. Después caminó hacia su despacho y encontró un periódico y un café para llevar—. ¿Es el de hoy?

—Sí, Javier. Es el de hoy…

Podía notar cómo la discusión estaba a punto de comenzar, pero insistió en mantenerse alejado de ella.

Primero, abrió el cajón del escritorio y guardó el sobre con el dinero restante del pago del último trabajo. Supuso que allí estaría mejor que en su bolsillo. Después abrió el segundo cajón en busca de una botella, pero Marla había vuelto a vaciar las provisiones.

«Demonios… Sabes amargarle la existencia a cualquiera».

Finalmente, se contuvo y decidió no lamentarse.

Abrió el periódico y echó un ojo a la portada mientras se metía el segundo cargamento de cafeína en las venas.

Como siempre, el periodismo local no tenía mucho que contar. En el fondo, pensaba, era difícil que pasara algo relevante en este mundo.

De pie y sin intenciones de tomar asiento, se fue directo a la sección de sucesos locales, cuando sus ojos se detuvieron en una noticia que captó su atención:

> ***La Policía halla el cadáver de Manolo Sepúlveda, alias «El niño de la navaja», abandonado en el polígono de Alcobendas***.
>
> *La víctima, Manolo Sepúlveda, conocido como «El niño de la navaja», varón de cuarenta y dos años, ha aparecido sin vida, apaleado y torturado, en el polígono industrial de Alcobendas. El hombre, acusado de atraco con arma blanca en diez ocasiones y también de violar a una mujer en el parque del Oeste, disfrutaba de su libertad, a la espera de la sentencia final de un polémico juicio en el que la falta de pruebas lo salvaría de la condena en prisión*.

La noticia no explicaba los detalles de la muerte, más allá de que habían encontrado el cuerpo con el gaznate rajado y unos cuantos golpes. Al expolicía le costaba alegrarse por la muerte de otra persona y más en un caso como en ese, en el que hubiese preferido que el susodicho se pudriera en la cárcel. No obstante, tampoco sintió pena por él. El acontecimiento por el que se le juzgaba se había hecho tan mediático que hasta él conocía a la víctima, de oídas. Era un tema delicado, sobre todo cuando el pánico social se contagiaba como un virus. Para todos, era evidente que corrían tiempos complicados en los tribunales y a él no le sorprendió que alguien se tomara la justicia por su mano.

—¿Javier? —preguntó Marla, desde su sitio.

—Sí… —dijo, plegando el periódico para dejarlo sobre el escritorio—. ¿Las tienes?

Caminó a la otra sala y vislumbró una de las capturas en el monitor del ordenador. En ella salía él de espaldas, apoyado en la ventana del apartamento, junto a la mujer, que lo abrazaba con deseo.

—Buen trabajo.

—¿Te has acostado con ella? —inquirió.

El detective dio un respingo y tragó saliva.

—Muéstrame más.

—¡Javier!

—¿Qué?

—No puedes negarlo.

—Para eso tendría que abrir la boca.

—Todavía apestas a perfume barato de señora…

Ante aquello, guardó sus palabras y continuó con el café aguado que Marla le había comprado.

Ella frunció el ceño y él no supo entender si le había molestado la respuesta o la ausencia de esta.

—Tan solo te digo que no es ético.

Él alzó el vaso de cartón y le guiñó un ojo.

—Marla, no nos pagan por dar cursos de moral. Era nuestra cliente y estaba en un aprieto.

—Pensaba que te había contratado su marido.

—Es una larga historia.

La chica hizo clic en el ratón y en la pantalla apareció una fotografía en la que el detective besaba a la mujer.

Maldonado carraspeó, sorprendido.

—Te dije que nada de esto.

Ella ladeó el rostro y sonrió.

—Es para mi colección personal.

De pronto, de manera inesperada, la puerta se abrió de un golpe y por ella entró el hombre que le había disparado desde la ventana del apartamento.

En un acto inconsciente, echó una pierna hacia atrás y se palpó la cintura, dándose cuenta de que no iba armado.

—¡Maldonado! —gritó el tipo, vestido con una camisa arrugada y abierta hasta el pecho—. ¡Lo sé todo!

Rápido, bajó la guardia y el detective le hizo un gesto a la secretaria para que quitara aquello de su vista.

—Hay un timbre en la puerta, señor Cáceres.

El cliente, que parecía poseído por un espíritu, avanzó dando zancadas hasta él y lo miró de frente con los ojos inyectados en sangre.

El detective tragó saliva, sin moverse del marco de la puerta y bajo la atenta mirada de su secretaria. No sentía temor, pues podía

abatirlo de un golpe. Pero sabía que iba armado y eso lo complicaba todo.

Por un instante, se preguntó qué era lo que sabían aquellos ojos, si la verdad o parte de ella.

—La he visto, Maldonado, con otro hombre… —expresó con voz cansada, a punto de derrumbarse para caer de rodillas—. Se ha ido con él…

Atento a sus palabras, no quería arriesgar y cuestionar la atención de aquel hombre demasiado pronto.

—¿A dónde?

De repente, la mano izquierda lo sujetó del brazo y el hombre metió la otra mano en el bolsillo del pantalón. Sus ojos se dirigieron a la cintura, hasta que el cliente sacó un papel arrugado.

—Me ha pedido el divorcio —dijo y las primeras lágrimas brotaron de sus ojos.

El detective se apartó, quitándose la mano de encima y aceptó la nota. En ella estaba el beso de despedida de Marina que nunca le daría a su marido, el mismo que había evitado él.

«Adiós, Martín. Te amé un día, pero ya no puedo. No me busques, quiero el divorcio. Mi abogado te llamará».

Maldonado miró a Marla y se encogió de hombros. El cliente se apagaba como una vela consumida. Dobló la nota y se la devolvió.

—Toda una declaración de intenciones… —comentó y le dio una palmada en el hombro—. La verdad es que no sabía cómo decírselo.

Los ojos del hombre se iluminaron.

—¿La ha visto? ¿Tiene pruebas que revelen la identidad de ese cerdo?

—Las tengo.

—¿Por qué no me ha llamado?

—Quería estar seguro de lo que hacía.

—Le juro que lo mataré. Quiero ver esas fotos, detective.

—No es el mejor momento, señor Cáceres.

—De verdad, Maldonado. Muéstremelas, se lo ruego.

A esas alturas, él sabía que había salido airoso de la situación. Por supuesto, no le iba a mostrar las imágenes, al menos, en ese estado.

Agarró de los hombros al cliente y lo acompañó hacia la puerta,

mientras le daba golpecitos en la espalda a modo de consolación.

—Descanse, tómese una aspirina y olvídese de ella —le aconsejó y abrió la puerta de la oficina—. Le enviaré las fotos cuando se encuentre mejor. Hay que pensar con la mente fría, antes de cometer una estupidez.

Con un ligero empujón, lo guio hasta el ascensor, abrió la puerta y lo metió en él.

—Tiene razón, Maldonado. Es usted un buen hombre. En breve, recibirá la transferencia.

—No se apure, lo primero es el descanso y reconciliarse con los demonios —comentó, antes de cerrar la puerta y ver cómo el ascensor iba hacia abajo—. Que tenga un buen día… señor Cáceres.

«Carajo, ha estado cerca».

De regreso a la oficina, oyó el sarcástico aplauso de la secretaria.

—Ahora, ¿qué? —preguntó irritado, cerrando la puerta y acercándose al escritorio.

—Eres mejor actor que detective.

—Más vale que elimines esas fotos o tiraré esa pantalla por la ventana.

Marla apretó los labios y mantuvo la mirada. Lo que parecía una amenaza, se convirtió en algo gracioso y la secretaria hacía esfuerzos por aguantar la risa.

—¿Qué he dicho ahora?

—Nada, Javier… Me sorprende que sobrevivas al siglo XXI.

Él entornó la mirada y se quedó reflexionando sobre la frase.

Seguía sin entender cuál era la razón.

Por suerte, el teléfono sonó y desvió la conversación.

Él le indicó que atendiera la llamada.

—Sí, está aquí —respondió Marla y apartó el altavoz—. Es el inspector Berlanga.

—Pásamelo a mi despacho —contestó y se giró por última vez —. Y más te vale borrar esas malditas fotos.

5

Berlanga al aparato era un sinónimo de trabajo.

«O de problemas».

Entró en el despacho y vaciló antes de cerrar la puerta. A esas alturas, no importaba lo que hiciera, pues Marla se enteraría de la conversación.

Era parte del contrato.

—Berlanga, ¿me echabas de menos?

—No tanto como tú a mí. ¿Puedes hablar?

—Depende, ¿es para decirme que pague las últimas multas de tráfico?

El inspector de policía emitió un sonido y Maldonado interpretó que le había hecho sonreír, aunque no pudiera verlo.

—No. Me gustaría hablarte de otro asunto.

Con el teléfono en la mano, miró atrás y estiró el cable.

—Dispara, soy todo oídos.

Sin intercambiar más palabras, Maldonado ya había notado algo extraño en la voz de su amigo. No era habitual que el inspector de policía lo llamara directamente a la oficina, pero era el mejor lugar donde podía localizarlo. Sin embargo, esta vez, tuvo el presentimiento de que el aviso tenía un motivo más profundo del usual.

Berlanga inspiró profundamente hasta llenar los pulmones y después exhaló, generando un ruido molesto por el altavoz.

—No, no me has entendido. Prefiero que sea en persona.

—Como quieras… ¿Va todo bien?

—Sí, claro.

—No suenas muy convincente.

—Hoy estás demasiado hablador. ¿Has cobrado recientemente?

Sigues manteniendo el don de la clarividencia.

El inspector se apresuró a terminar la entrevista antes de que se

alargara de manera innecesaria.

—Reservaré una mesa en El Buey, a la una.

—¿El del Senado?

—Sí.

—Vaya, ¿qué celebramos?

—Sé puntual, tengo mucho trabajo por delante.

—Descuida.

Cuando colgó, sintió un extraño augurio acerca de la reunión. Lo primero fue el restaurante que había elegido. No es que le diera mal fario, sino que no habían regresado por allí desde su expulsión forzosa del Cuerpo. Por alguna razón, aquel sitio había quedado ligado a los recuerdos de sus días como inspector. Prefirió no darle importancia o, quizá, la justa, aunque Berlanga se mostraba interesado y también demasiado opaco con sus intenciones. No era común en el inspector y eso le preocupaba. ¿Qué era lo que tanto ansiaba contarle en persona? Tanto secretismo inquietaba al detective y sospechó que su amigo le invitaría a comer, para después pedirle algún favor inusual.

Mosqueado, examinó la hora y se dio cuenta de que no disponía de mucho tiempo.

Al abrir la puerta, vio a Marla sentada frente al ordenador, fingiendo no haber oído la conversación telefónica. Por desgracia, la chica no disimulaba y uno de sus peores talentos era guardar las apariencias.

—¿Todo bien, Javier? —quiso saber, sin girar el cuello.

—¿Tú qué opinas?

—No sé de qué hablas. Tengo otras cosas mejores que hacer, que espiarte…

—Claro.

—¿Me vas a contar qué quería? —preguntó ella, haciéndose la despistada—. Puedes guardártelo si quieres. Estoy acostumbrada a meterme en mis asuntos.

—Si te soy sincero, no lo sé ni yo… Berlanga me ha invitado a comer, así que supongamos que tiene uno de esos días atípicos —argumentó y se dirigió al perchero en el que colgaba su abrigo—. Seguro que quiere pedirme algo.

—¿Ha elegido un buen sitio para la cita?

—El Buey. Carne y vino.

—No me suena.

—Tiene solera, pero se come bien.

—Él sabe cómo conseguir de ti lo que quiere.

—No me tires de la lengua… —respondió y se puso la chaqueta —. Por cierto, si llama alguien, dile que no estoy. Y si es por trabajo, pregunta antes de qué trata el asunto.

—¿Ya te vas? Acabas de llegar.

—¿Desde cuándo es ese un problema?

Ella lo miró y arqueó una ceja.

—Necesito que me aclares algunos pagos que tengo aquí… Ya sabes, Hacienda.

—Tendrán que esperar, Marla. Me queda un largo paseo hasta el restaurante.

Ella se giró, molesta.

—Eres un embustero. El restaurante está cerca del Senado.

Maldonado sonrió.

—Vaya, pensaba que no te interesaba la conversación — comentó con sorna y le guiñó un ojo. La secretaria se ruborizó, consciente de la trampa que el jefe le había tendido. Aquel era uno de los muchos juegos que no cesaban entre ellos. Una de cal y otra de arena. De alguna manera, los dos se prestaban a participar en ellos—. Regresaré en unas horas. No te quedes hasta tarde.

Contaba con tiempo suficiente para acudir a su cita caminando. El lugar se encontraba en un punto intermedio entre su domicilio y el despacho, por lo que optó por visitar al mecánico de confianza para saber cuánto le costaría la broma del faro. Prefería no contarle nada a Marla. De hacerlo, esta lo habría asaltado con preguntas sobre el accidente hasta que, finalmente, harto de escucharla, le habría contado la verdad.

Mientras bajaba por la plaza de Santo Domingo, compró cigarrillos en un bar, saludó al camarero de la cafetería Oskar y se convenció de que la reparación no sería muy cara. Sacó un *light* y lo encendió para apagar la ansiedad de la mañana. El tabaco era una de las cosas que lo matarían, entre las que figuraba el trabajo. Por la estrecha bajada que moría en el Café de la Ópera, percibió unos pasos que se acercaban por detrás. El traqueteo fino y seco, propio de unos tacones, le hizo sospechar de una presencia femenina. En

otras circunstancias no le habría dado importancia, pues, para él, Madrid era una ciudad en la que, quien no corría, sucumbía aplastado por el influjo de la urbe. Una ciudad en la que el ritmo era más rápido que el pensamiento. Todo el mundo vivía apresurado, sin tiempo, siguiendo las indicaciones del color de una línea de metro, contando la próxima estación, pensando en cuándo llegar a casa. Una vida que pasaba entre carteles publicitarios, semáforos en rojo, canciones a todo volumen por los auriculares y cervezas en barras de bar al final de una jornada que parecía no tener fin. Una vida de sueños de muchos, que únicamente se cumplían para unos pocos.

Al apartarse para permitir el paso y evitar un choque, la mujer se paró en seco frente a él. En unos segundos pudo apreciar la belleza que dejaba a la vista: morena, con el pelo largo y sedoso, de piel fina y pálida y con unos ojos verdes que tenían la fuerza de un imán. Llevaba un abrigo de tres cuartos que ocultaba lo que había debajo y unas medias azules que alimentaban la imaginación.

Sin decir ni media palabra, ella lo miró con atención y él no supo cómo reaccionar. Lo primero que le vino a la cabeza, fue que quizá la conociera de antes y no lograba acordarse de ella, pero él jamás olvidaba un rostro y aquel era la primera vez que lo veía.

—Disculpe… —comentó la desconocida, apartándose un mechón de la cara y sujetando el bolso que portaba entre las manos.

Detenidos en la cuesta, la inclinación de la calle hacía que ella lo mirara desde lo alto.

Maldonado dio una calada y exhaló el humo con la mirada entreabierta.

—¿Qué se supone que debo decir?

Ella no comprendió la pregunta.

—Sé que le sonará extraño, pero…

—No intente arreglarlo. La belleza surge de lo inusual.

—Es usted Javier Maldonado, ¿verdad?

Los ojos del detective se movieron hacia un lado y después hacia el otro.

Esperó unos segundos antes de responder.

Era demasiado bella como para confiar en ella.

—Lo siento, me temo que no.

La mujer negó con la cabeza, abrió el bolso y sacó un recorte

que le entregó.

—Es su anuncio —respondió, confiada, ganándose los minutos que merecía.

El detective lo revisó. En efecto, era el anuncio que aparecía en las secciones de contactos de los periódicos, junto a los de exorcistas, curanderos y casas de citas.

Le devolvió el recorte de papel.

—Lo siento, no conozco a este tipo —abrevió y se dio la vuelta para seguir caminando, pero la mujer dio un paso al frente mostrando su decepción.

—¿Alguna vez se ha buscado en Internet?

—¿Acosa habitualmente a los extraños por la calle?

—Hay decenas de fotos de usted —espetó, mientras él le daba la espalda y bajaba la cuesta—. Cualquiera sería capaz de reconocerlo.

—O de confundirme. Lo siento, señora, pero llego tarde a un encuentro… No tengo tiempo para discutir.

—¡Oiga!

Harto, suspiró, tiró la colilla y la apagó de un pisotón. Después se giró hacia ella.

—¿Qué?

Le era difícil ser tan duro ante esos ojos.

—¿Por qué es tan impertinente?

—Porque no sé por qué diablos me persigue.

—Sabía que era usted. Le pagaré bien.

—Qué remedio.

—Escúcheme, por favor… Es importante.

—Llame al número que aparece ahí. Mi secretaria…

—No. Quiero hablar con usted. Necesito su ayuda.

—Ella le asignará una cita.

—Su secretaria miente peor que usted.

—Está aprendiendo del mejor… —dijo y avanzó unos pasos. La desconocida lo siguió—. ¿Sabe que esto es acoso?

—Deme tres minutos —pidió, desesperada—. No le quitaré más.

Tres minutos, pensó y recordó que aún se encontraba cerca del punto de encuentro. Al final de la calle quedaba la cafetería del bar del hotel de Ópera, pero tendría que posponer su visita al mecánico. Por la apariencia y su modo de vestir, aquella mujer olía a dinero rápido y a un apuro fácil de resolver. Apuros de acomodados,

masculló para los adentros. Problemas de otros que solucionaban los suyos.

—Está bien. Tres minutos. Usted paga los cafés.

6

Su relación con el trabajo era como la que tenía con el amor. Las ocasiones venían contadas y pasaban largos periodos entre unas y otras. Igual que en los encargos, Maldonado se aferraba al primer corazón noble que se pusiera en su camino, sabiendo que, tarde o temprano, acabaría abandonándolo. Caminó con la desconocida hasta el interior del bar del hotel. Su buena apariencia rebajó la guardia del detective. El perfume lo convenció para que le dedicara algo de su tiempo. Para él, esa desconocida olía a dinero fresco. Ella eligió la mesa y él se encargó de recordarle la limitación temporal. Primero dudó de sus intenciones, pero era incapaz de darle la espalda a aquella mujer sin más. Se dijo que oiría lo que tenía que decir y, sin meditarlo demasiado, le daría una respuesta breve. No era un abusador, pero cada minuto de su tiempo tenía un precio, sobre todo cuando escaseaban los ingresos. Así que la explicación de la mujer marcaría la cifra del coste de sus servicios.

—Aprecio su cambio de actitud —elogió ella, sentada a la mesa, a la espera de los dos cafés que habían pedido—. Siento haberle abordado de esta manera, pero…

—No la he cambiado —cortó él, sin cambiar la expresión, mirándola en busca de respuestas—. La escucho.

Él sabía de buena mano que la mirada era el espejo del alma y que era la única verdad imposible de ocultar. Después de tantos años de trabajo y de interrogatorios, aprendió a leer los ojos, a comprender su lenguaje de pausas y movimientos. Para él, estos decían más que las palabras y bastaba con un pestañeo fuera de lugar, una dilatación de pupilas o un vaivén erróneo para descubrir una duda o una mentira.

La escudriñó con atención, fijándose en cada detalle visible de su cuerpo, observando cada gesto con detenimiento. Portaba un anillo de casada y unos pendientes con brillantes que valdrían más

de lo que estaba dispuesta a pagar. Era evidente que tenía dinero, pensó, y que le ocultaba a una tercera persona lo que hacía allí.

Los cafés llegaron a la mesa y finalmente ella decidió hablar:

—Es la primera vez que hago esto. No sé por dónde empezar.

—¿Sospecha de su marido? Créame, siga su instinto. Es una situación más recurrente de lo que cree…

—No, no es eso.

—Si es un asunto de divorcios, me temo que no podré ayudarla. Ya no juego en esa liga.

—¿Interrumpe siempre a sus clientes?

—Le estaba echando una mano.

—Pues no lo parece.

—Está bien. En ese caso, vaya al grano, eso siempre ayuda.

—Verá… —dijo, bajando la mirada al echar un poco de azúcar en el café. Después lo removió con la cucharilla—. Soy la copropietaria de un restaurante…

—¿Usted?

—Sí —respondió, seria—. ¿Ocurre algo?

—No, pero tengo mis prejuicios.

—¿Es así siempre con sus clientes?

—Siga.

—Yo me dedico a la gestión comercial, a la publicidad… y mi socio se encarga del negocio, de la cocina, de los números que se hacen dentro…

—No confía en él.

Ella hizo una mueca de disgusto y estrechó los hombros. Él notó la incomodidad en su expresión.

—Me gustaría hacerlo… Llevamos diez años juntos en esto.

—Miente fatal, ¿se lo han dicho alguna vez?

Ella le clavó una mirada desafiante y se agarró al bolso, aguantando la compostura.

—Siento que me está engañando.

—Vaya, no me lo esperaba… —respondió, impasible y dio un sorbo al café—. Lo lamento… Soy detective, no terapeuta emocional.

—No me refiero a eso.

—Le queda un minuto.

Ella suspiró.

—Sospecho que mi socio me está robando de alguna manera.

—En ese caso, despídalo.

La respuesta no agradó a su interlocutora, que lo miró con enojo.

—No puedo hacer eso. Es mi socio.

—Hable con él. Si tan bien lo conoce, no me necesita para saber si le dice la verdad.

—Ese es el problema, que ya conozco la verdad.

—Entonces, ¿para qué diablos me necesita?

—¿Sabe lo que es empezar un negocio desde cero y llevarlo a lo más alto? No quiero ver cómo la corrupción lo pudre. Es todo lo que tengo…

Él frunció el ceño, intentando ver más allá de sus intenciones y de la farsa que tenía enfrente. A decir verdad, no se encontraba en su momento más empático ni lúcido del año, pero lo cierto era que tendía a desconfiar de la sinceridad más absoluta. Todos los clientes llegaban por una razón: venganza, dinero o respuestas. La mayoría de los hombres que lo contrataban para sorprender a sus esposas, ya sabían que existía una infidelidad y lo hacían para provocar un divorcio o castigarlas delante del resto de la familia. Por alguna razón, les molestaba que se hubieran enamorado de otro. El sexo no era tan importante como los sentimientos. A diferencia de los varones, rara vez una mujer se presentaba en la oficina para seguir los pasos del marido. En ese aspecto, Maldonado sentía que ellas tenían más dignidad y, una vez que aceptaban la verdad, buscaban en él la manera de deshacerse de sus maridos de la forma más justa.

El detective reflexionó sobre las palabras de aquella dama. No sabía nada de negocios ni tenía interés en lidiar entre dos frentes. A pesar de que se trataba de algo diferente a lo habitual, podía sentir el dolor de alguna manera, que no era muy diferente al de las personas despechadas con las que había tratado.

—Vayamos al grano. ¿Cómo se llama el restaurante?

—Fetén.

—No, no me suena —comentó al hacer memoria. Ella se rio e intentó ocultar la sonrisa—. ¿Qué le parece tan gracioso?

—Nada, disculpe. No parece la clase de cliente que acude a comer.

—Ya… —respondió y se imaginó otro sitio por y para estirados

de la capital—. ¿Qué quiere de mí?

—Que lo investigue y que descubra qué está pasando en el interior del local… —expresó y le mostró una fotografía del sujeto —. Es él, quédese con su cara.

Maldonado se fijó en los detalles. Era el típico cincuentón repeinado y bien vestido. Era probable que estuviera divorciado y que gozara de éxito con mujeres más jóvenes.

—Tiene aspecto de sinvergüenza, pero ¿quién no, hoy en día? El mundo hostelero es complicado. Todo el mundo quiere su trocito de pastel…

—Me gustaría saber qué ocurre cuando no estoy.

—¿No tiene cámaras en el local?

—Las hay, pero no registran nada.

—¿Podría ser más precisa?

La mujer suspiró otra vez.

—Me han llegado rumores y he visto con mis propios ojos lo que sucede… Mi socio utiliza las zonas de los reservados para cerrar operaciones ilegales con criminales… El dinero entra y sale en bolsas de basura y hasta la Policía hace la vista gorda cuando pasa por allí. Esa gente es peligrosa y está hundiendo la reputación del restaurante, ahuyentando a los buenos clientes.

—Y usted quiere que yo ejecute lo que otros no se atreven a hacer.

—Es todo lo que le pido.

Ella nubló los ojos y movió la cabeza, dejando un silencio largo. Parecía desesperarle hablar con él.

—Entiendo —comentó él y terminó el café. Después hizo un gesto para comprobar la hora. Por supuesto, habían pasado más de tres minutos, pero era su forma cordial de concluir el encuentro—. Las guardias cuestan dinero y mis honorarios son altos. ¿Está segura de esto? Si me descubren, sabrán que ha sido usted.

—Me dijeron que hace bien su trabajo.

El detective arqueó una ceja.

—Pensé que me había encontrado en la sección de anuncios.

Ella suspiró desmoronándose y le regaló una sonrisa exhausta.

—Nunca baja la guardia, ¿verdad?

—Hacerlo, me llevaría al cementerio —sentenció levantándose de la silla—. Llame a mi oficina y dele los detalles a mi secretaria.

Ella le preparará el presupuesto.

—¿Cuándo se pondrá a ello?

—Tan pronto como pueda… —dijo con recelo—. Hay mucho trabajo en esta ciudad.

—Medite la decisión.

La expresión lo descolocó.

—¿Cómo ha dicho?

—No tiene importancia.

—Por cierto, aún desconozco su nombre.

—Claudia Rodríguez.

—Un placer, señora Rodríguez —respondió y ella también se puso en pie. Después le ofreció la mano, antes de marcharse del todo. Al sujetar sus dedos, se detuvo ante el pedrusco que destacaba entre el resto de los anillos. Aquel aburrido encargo limpiaría sus deudas—. Sea paciente. Le aseguro que pronto tendrá noticias mías.

7

Salió del bar del hotel con el presentimiento de que el encuentro sería fructífero. Algunas nubes bajas privaban el mediodía de sol, dejando caer una fina lluvia que no llegaba a molestar a los viandantes. La visita al mecánico tendría que esperar, aunque no le preocupó. Notó las gotas sobre el abrigo, encendió un cigarrillo y, pensativo, reflexionó sobre la cita con esa mujer. El caso no requería más esfuerzo que algunas horas de vigilancia y unas pruebas comprometidas. Dinero negro, corrupción, trapicheos… Era una práctica habitual en los negocios tapadera. Hizo una nota mental para preguntarle a Berlanga sobre esa mujer y su local. Con un poco de suerte, sabría algo sobre el asunto. En el pasado habían presenciado innumerables redadas de esa clase.

Callejeó por los alrededores de la Ópera hacia el restaurante en el que se había citado con él, sin olvidarse de los ojos de su potencial cliente.

«Una de cal y otra de arena», pensó para sus adentros, recordando a Marla y también muchas de las casualidades que se habían dado a lo largo de su existencia, algunas con más acierto que otras, pero todas lo suficientemente interesantes como para contarlas en una cena entre amigos.

«Amigos que casi no te quedan».

Para él, lo cierto era que el caso parecía de lo más soporífero y eso no significaba algo negativo para él. El dinero sólido, sin trampantojos, solía venir de la parte más insulsa de la vida.

«Haz el trabajo aburrido y paga tus deudas».

Sospechó que probablemente esa dama tuviera razón y que su socio la estuviera llevando a la ruina. La intuición era más poderosa que la lógica. ¿Y qué podía hacer él? Demostrar que era cierto. Así que únicamente necesitaba algunas fotos que pusieran en entredicho la gestión del restaurante y que sirvieran como

evidencias válidas para separar a los socios y que la Justicia se encargara del resto.

Comprobó la hora frente a la puerta del local y sospechó que llegaba tarde. Cuando abrió la puerta, reconoció a Berlanga al fondo del comedor, entretenido en la pantalla de su teléfono. El Buey era un restaurante de los de siempre, a los que se iba a llenar el estómago con una buena carne y un buen vino. A pesar de los años que llevaba abierto, la decoración seguía siendo la original, con el local revestido de madera y repleto de toques taurinos, con los manteles de cuadros rojos y blancos y un muestrario de botellas que llamaba la atención. Tanto a Berlanga como al detective le gustaba el lugar, ya no únicamente por el servicio, sino también por la proximidad que tenía a la comisaría Centro. Ese había sido uno de los muchos comedores en los que se habían celebrado los éxitos, los casos cerrados, los ascensos profesionales y la amistad. Por desgracia, tras la expulsión de Maldonado del Cuerpo, no volvieron por allí, al menos, juntos. De alguna manera, los ánimos se habían perdido y no había razón para rescatar un recuerdo manchado. Por esas razones, el detective sospechó de su amigo cuando lo citó allí. Sabía que existía una intención detrás y eso era lo que más le inquietaba.

A la entrada lo recibió uno de los camareros, a quien le explicó que ya lo esperaban. Atravesó el salón, lleno a esa hora, debido a la demanda de los empleados públicos de los alrededores. Las miradas se clavaron en él, algo a lo que el expolicía estaba acostumbrado. En otros tiempos, entre los comensales era fácil reconocer las caras de muchos políticos que salían del Senado y aprovechaban para sentarse a la mesa. Ahora la mezcolanza se formaba por turistas, empleados y clientes habituales.

—Perdona la tardanza —se disculpó al acercarse a la mesa. En esta, Berlanga tenía un ejemplar doblado del diario El Mundo, una cerveza y un plato de queso curado de aperitivo. En ese instante, avistó el titular de la prensa—. Una cliente de última hora.

—Descuida, acabo de llegar… —comentó apartando el periódico de la mesa y dando un sorbo a la bebida—. ¿Te has enterado del suceso?

Maldonado supuso que se refería a la noticia.

—Uno menos.

—O uno más, según se mire.

—El mal no descansa, Miguel —respondió el detective y le hizo una seña al camarero para que le sirviera una cerveza como la del compañero—. Esa rata merecía estar en la cárcel. A nosotros se nos escapó por un fallo del sistema. Ha jugado con fuego demasiado tiempo…

—Un policía como tú no hablaría así —le reprendió, decepcionado—. Existen leyes y hay que acatarlas.

—Ya no estoy en el Cuerpo, así que creo que le ha llegado su San Martín.

—No sé, no me parece un ajuste de cuentas.

—Pues a mí, sí.

—Demasiado elaborado, mucha casualidad… Ya van tres.

—¿Tres? No sigo las noticias, he estado algo ocupado.

La mirada desdeñosa de Berlanga lo dijo todo.

—La Operación Valdivia, ¿la recuerdas?

—Como para olvidarla… Mi última investigación antes del despido. Reconozco que me lucí como inspector.

—Manolo Sepúlveda conocía a los dos hombres que detuvimos por matar a esa joven.

—Los mismos que quedaron en libertad gracias a ese juez.

—Y que han aparecido sin vida en los últimos meses.

«Quid pro quo», pensó en silencio para no alterar a su compañero. El sentido de la justicia era muy diferente entre ellos.

—En ese caso, algo me dice que el sistema está podrido y la gente muy quemada.

El comentario provocó un etéreo silencio entre los dos. Por algún motivo que aún no estaba dispuesto a contarle, Berlanga estaba más espeso de lo habitual. Por su parte, no necesitó más tiempo para saber que su preocupación era real.

—¿Qué tal te trata la vida, Javier?

—¿De verdad vamos a tener otra vez esta conversación?

—¿Qué?

—Olvídalo. Me gustaría empezar con buen pie.

El inspector entornó los ojos, confundido.

—¿Otra noche sin dormir?

—Ya veo que tú también.

—Perdona, estoy algo cansado…

—¿Cómo van las cosas por la comisaría?

Berlanga resopló.

—Como siempre… Cambios de personal, traslados, caras nuevas y más trabajo. Suerte que Ledrado está poniendo de su parte.

—Vaya, el inspector ha cubierto mi plaza con creces…

—No seas bobo. Ledrado tendrá sus cosas, como todo el mundo, pero sabe coordinar un equipo.

—Nosotros éramos el equipo.

—Pero nada es para siempre, Javier. Ni siquiera para los que están arriba.

Maldonado tomó un pedazo de queso y se lo echó a la boca. Estar allí lo ponía nostálgico, pero no quería seguir removiendo los recuerdos. Sacar el tema se volvía pesado y desagradable.

—¿Qué me puedes decir del restaurante Fetén?

La expresión del policía se tensó.

—Últimamente, Clara y yo salimos poco a cenar fuera de casa.

—¿No te ha llegado ningún rumor sobre el sitio?

—Es la primera vez que oigo sobre él. ¿Qué tiene de especial?

—¿Te dice algo el nombre de Claudia Rodríguez?

—¿Debería conocerla?

—Venía recomendada. Comprende que mi agenda es limitada.

—Le hablo de ti a mucha gente. Y esa gente le habla a otra gente.

—Aun así, son pocos los que llaman.

—Ya sabes cómo funciona esto. La ley de la oferta.

—Lo sé… Las agencias de detectives se reproducen como esporas… —comentó y ladeó el rostro. A Berlanga le costaba llevar el ritmo de la conversación—. En fin, ¿a qué viene esa cara?

—Llevo unas semanas trabajando arduamente en un caso. No he dormido casi nada.

—¿Qué sucede?

El inspector tragó saliva y desvió la mirada.

Por sus gestos, vacilaba a la hora de hablar y eso ponía de los nervios al detective.

—Ya sabes que no puedo hablarte de ello.

—No, sí que puedes, pero no te da la gana.

—Relájate, ¿quieres?

—¿Para eso me has citado?

—¿Qué mosca te ha picado hoy?

Maldonado se mordió la lengua y prefirió tragarse la bilis. Con tanto secretismo, el excompañero comenzaba a ponerle de mal humor y eso que no habían llegado a los entrantes.

—Será mejor que pidamos. Tengo un hambre voraz.

—¿Carne?

—Por supuesto. Y la ensalada de ahumados.

—Tú siempre lo mismo…

—Los médicos recomiendan comer pescado una vez por semana.

Berlanga abrió mucho los ojos a modo de reacción y negó con la cabeza. Discutir la elección de los platos era una pérdida de tiempo.

—Me encargo del vino —decidió y cerró la carta.

Sorprendido, Maldonado entendió que el favor iba a ser importante. Berlanga nunca bebía y si lo hacía, era porque iba a invitar a la comida. Si el detective era predecible con sus gustos culinarios, el inspector lo era con sus acciones.

Pidieron y les sirvieron los platos mientras la conversación tocaba los temas superficiales habituales con los que templar el encuentro: la familia, el trabajo, la situación en el Cuerpo, las subidas de precios y la crisis económica que azotaría el invierno. Cuando llegó la carne a la piedra, la botella de vino había bajado ya un cuarto y Maldonado se sintió lo suficientemente cómodo como para ir directo al grano.

—¿Tengo que esperar a que vaciamos la botella o me vas a contar qué carajo te ocurre? —preguntó y masticó el pedazo que había pinchado con el tenedor—. Soy tu amigo, te conozco al dedillo y sé que me ocultas detalles… Hay un asunto que te concierne… y no soy yo, ni el trabajo, ni siquiera tu familia.

Los ojos de Berlanga se clavaron en su rostro y después bajaron hasta el plato de comida.

—Y no te falta razón… —reconoció, finalmente—, pero no quiero implicarte en ello.

—No me jodas, Miguel. Ya lo estás haciendo.

—No de ese modo.

—Sabes que te voy a ayudar, aunque no me lo pidas, por eso estoy aquí.

El inspector dio un trago a la copa y se mostró apurado. Necesitaría más vino para calmar los demonios internos.

—Todavía no te he pedido nada.

—Mírate —dijo y señaló a su alrededor—. ¿Crees que soy idiota?

—Precisamente tú, no.

—No puedes prender la mecha y apartarte. Soy como un cartucho de dinamita.

—Por eso no quiero meterte en esto precipitadamente. Prefiero estar seguro antes de hablar más de la cuenta.

—No eres ningún descuidado… ni yo un bocazas.

El inspector sopesó las palabras con detenimiento.

Después buscó en el bolsillo interior de su gabardina y sacó una nota doblada que puso sobre el mantel.

El detective colocó la mano encima y la arrastró hacia él.

—¿Sigues teniendo mano en Tráfico?

—Sí, claro. Pili me debe varios favores.

Berlanga se limpió la boca con la servilleta de tela.

—Necesito que investigues esa matrícula, que localices al propietario del coche y que hagas guardia por si notas algo extraño.

—Eso me costará una llamada.

—No —intervino con brusquedad—. Cuando sepas de quién es, localizas el domicilio y averiguas quién vive allí.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Somos amigos desde hace muchos años.

—Así es.

—Y nos hemos visto envueltos en toda clase de fango…

—Uno más que el otro, pero sí.

—He estado cuando lo has necesitado.

—Nunca te he pedido nada.

—Lo sé, pero yo sí te pido ahora que confíes en mí, nada más —respondió, exigente—. Es un favor personal. Te contaré lo que ocurre cuando lo considere oportuno.

—¿Y si no lo haces?

—Significa que habré hecho lo correcto.

—Vete al infierno, Miguel.

—¿Tengo tu palabra?

—Esto que me pides, apesta por donde lo cojas.

—Eres el único en quien confío.

—¿Sabes qué es lo peor?

—Lo sé, no es justo.

—El sentido de la justicia me importa un bledo… Me molesta que no sueltes prenda.

Maldonado frunció el ceño y se llevó la nota al bolsillo del pantalón. No entendía nada, pero tampoco tenía excusas. Berlanga era una de las pocas personas en las que podía confiar plenamente. Así y todo, había algo en su forma de hablar que le causaba recelo. Identificar un vehículo era algo que podía hacer él sin su ayuda, lo cual significaba que su amigo temía que lo estuvieran vigilando o, por el contrario, podía ser que estuviera saltándose las normas. Pero Berlanga nunca rompía el código. ¿Por qué le costaría confesar en qué andaba metido? Intuyó que debía de ser grave.

Detestaba los secretos, pero, por encima de todo, odiaba que lo manipularan.

El desasosiego se apoderó de él, provocándole un ardor en el estómago. De repente, no quería seguir ahí y los nervios comenzaban a apoderarse de su persona. Berlanga tenía razón. Era su amigo, quizá el único y también el compañero que había estado a su lado en los momentos más duros. No podía negarse, por eso se disculpó y se puso en pie.

—¿A dónde vas? —preguntó, desconcertado—. Ni siquiera hemos tomado café.

—Te agradezco la invitación, pero acabo de recordar que tengo que ocuparme de un asunto —se excusó y se puso el abrigo. Después sujetó la nota con los dedos y se la mostró—. Te llamaré en cuanto averigüe lo que me has pedido.

—Gracias.

—¿Puedo reclamarte algo a cambio?

Berlanga lo observó desconcertado.

—Yo invito.

—No te metas en líos.

Los ojos del inspector lo miraron con agradecimiento.

—Te debo una, Javier.

—Las deudas matan más rápido que una bala, pero los amigos de verdad nunca se deben nada… No lo olvides.

8

La ensalada de ahumados no le sentó del todo bien. Lo único que había sacado en claro del encuentro era el número de la matrícula de un vehículo y que su amigo le ocultaba las intenciones. Ese era el cebo que Berlanga le había puesto para que lo mordiera. Sabía de sobra que la mente del detective era incapaz de dejar una ventana sin cerrar.

Abandonó el restaurante y callejeó por el casco antiguo para subir hasta la plaza de Santo Domingo y alcanzar la Gran Vía. Se sentía irritado, necesitaba un trago limpio y un poco de calma para pensar con claridad. A esas horas y debido al poco trabajo que tenían, esperó que la secretaria ya se hubiese marchado a casa. En más de una ocasión, cuando los encargos escaseaban, le producía reparo que la pobre secretaria ahogara sus horas entre esas cuatro paredes. Era joven y tenía toda una vida por delante. Una edad en la que conseguir un trabajo mejor remunerado y con más dinamismo, pero lo cierto era también que nadie la obligaba a permanecer allí, aunque él lo lamentaría el día que se marchara para siempre, una fecha que tarde o temprano llegaría. Por alguna razón, Marla ocultaba con ingenio sus motivos para seguir trabajando con él. Y él sabía que no tenía relación con los roces, ni con las tensiones sexuales que en algún momento se habían alzado a causa del compañerismo y de la adrenalina.

Existía algo más, un motivo oculto y bajo llave.

Pero todas las personas tienen derecho a esconder un monstruo bajo la cama.

De camino a la oficina, compró una botella de segoviano en una tienda de ultramarinos y un café para llevar, en una franquicia. Aquello le ayudaría a lubricar los pensamientos y a mantenerse templado en el despacho, sobre todo, tras el atardecer, cuando el sol se apagaba y el aire gélido de la ciudad se colaba por las cristaleras.

Con el café humeante en una mano y el cuello de la botella en la otra, abrió la puerta de la oficina y supo que ella seguía allí.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó la secretaria, de refilón, junto al archivo metálico en el que guardaban todas las carpetas.

—Sí —respondió, decepcionado—. Pensaba que no estarías.

Ella llevaba una falda que ensalzaba sus curvas y tenía unas piernas largas y hermosas, unos detalles en los que el detective no se había fijado durante la mañana. Tras cerrar el cajón, se giró y observó a su jefe.

—Pues ya ves que no —comentó y fijó la vista en la botella—. ¿Y eso? ¿Algo que celebrar?

—No, exactamente. —Cerró la puerta y dejó el café sobre el escritorio de la chica—. Te vendrá bien un poco de cafeína.

—Eres todo un detallista.

—Por cierto, necesito tu cámara de fotos.

—¿Para qué? Ni siquiera sabes encenderla.

—Tendré que aprender. Berlanga me ha pedido que le haga un favor…

—En ese caso, lo haré yo.

—No seas dramática, es un caso particular.

—Es mi cámara, Javier.

Él entornó los ojos y le regaló una sonrisa.

—Te la devolveré.

—¿Lo juras?

—Como que fui policía. ¿Ha llamado alguien?

—No, pero, ahora que lo dices… sí.

—¿En qué quedamos?

—Ha venido una mujer diciendo que ha estado contigo.

—¿Claudia Rodríguez?

—¿Te has acostado también con ella?

Maldonado percibió el mosqueo en su tono de voz.

—Es una cliente potencial. Está preocupada por su negocio.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero… no es tu tipo.

—Marla…

—Disculpa. No debería opinar sobre tu mal gusto.

—No, no debes —respondió, molesto por el comentario—. Tampoco está tan mal, ¿no? Quizá demasiado conservadora para mí…

—Siempre has tenido una atracción fatal por las burguesitas de la ciudad.

—No saques conclusiones erróneas. Es dinero fácil.

—Hasta que desaparecen sin abonar la factura.

—Esta vez es diferente.

—Siempre lo es.

Cansado de oírla, guardó silencio, se acercó al escritorio de su despacho y buscó un vaso de cartón usado. Lo agarró, regresó a la habitación de la secretaria y vertió el café de esta en el suyo para repartirlo en los dos recipientes.

—Tus argumentos comienzan a ser repetitivos. Lo siento, pero me obligas a ser franca contigo.

Maldonado destapó la botella de DYC y roció un chorro en su café.

—Los cuernos son una fuente inagotable de dinero —contestó y pegó un trago al mejunje, sintiendo cómo el alcohol quemaba su garganta. El primero siempre rascaba como una sierra—. Sin ellos, no seguiríamos aquí.

—Bravo. Hoy estás sembrado… Toda una oda a la infidelidad.

—Pero, de verdad que esta vez es diferente, Marla. Es un asunto de empresarios, de puñaladas entre socios, de dinero negro… ¿Has oído hablar del restaurante Fetén?

Ella frunció el ceño e intentó localizar el local en su memoria.

—Me suena. Está cerca del auditorio. Tiene fama de ser un lugar caro y de famosos.

—Tú lo has dicho. Dinero fácil.

—¿Qué vas a hacer? Lo tuyo es engañar y seducir.

—No me infravalores, no parece tan complicado… Esta mujer sospecha de su socio y de los trapicheos que lleva dentro, nada más. Quiere pruebas que lo justifique para sacárselo de encima y evitar que la fama se derrumbe.

—¿Para eso quieres mi cámara?

—Debo espiar al personal.

—No sé, Javier… Hay algo perturbador que me hace desconfiar de ella.

—Me encanta la gente perturbada. Es la clase de clientes que más dinero deja.

—¿Y qué piensas hacer después? Te conozco y sé que irás hasta

el fondo…

—Cobrar, como siempre —explicó y le regaló una sonrisa—. Lo vigilaré, tomaré algunas fotos y esperaré a sorprenderlo en acción. Si dices que es un lugar de encuentro de más de un rostro famoso, quizá eso me dé algo.

—Puedes meterte en un problema serio. Faltar a la intimidad de las personas…

—Uno más, uno menos… ¿Dónde está la diferencia?

Ella arqueó las cejas y encogió los hombros, antes de coger el vaso de cartón y darle un sorbo al café.

—Tú sabrás… Pero ya te digo que hay algo que no me gusta de esa mujer.

—No te pongas celosa. Tus ojos también son bonitos.

—Ni en tus mejores sueños… —comentó, arrogante—. Solamente digo que ha pagado por adelantado.

—¿Y desde cuándo es el problema?

—Desde que estoy aquí, no he visto tanto dinero junto en un sobre.

9

La secretaria le indicó cómo utilizar la cámara fotográfica, a pesar de que él no pusiera mucha atención a las instrucciones.

«No sé qué de una tarjeta de memoria», repitió, mirando el aparato como si sostuviera un objeto del futuro.

A Marla no le hacían gracia según qué clase de clientes y, normalmente, solía tener razón, pero terminaba rindiéndose a los argumentos del detective. Por el contrario, él no sentía ningún complejo de clase, ni tampoco mostraba empatía alguna por quienes contrataban las tarifas más altas. Las matemáticas salían solas para él: a más patrimonio, mayores problemas, mejor factura. La agencia se mantenía gracias a las peticiones de los clientes y los servicios por los que pagaban. Los años en el Cuerpo lo habían curtido lo suficiente como para darse cuenta cuándo alguien intentaba manipularlo. Mientras que la secretaria creía en la bondad y en la justicia, Maldonado únicamente buscaba el modo de hacer frente a los pagos de final de mes.

Pese a todo, debía darle la razón a la empleada. Era la primera vez que alguien soltaba el dinero antes de tener la liebre. Sin embargo, no le sorprendió. Era un modo de forzar al detective para que trabajara más rápido.

Lo sabía de buena tinta. Lo había visto de cerca. Berlanga se relacionaba con gente pudiente, debido al círculo de amistades de su esposa y eran numerosas las ocasiones en las que mencionaba las historias que oía sobre coacción remunerada. A diferencia de Maldonado, el inspector supo aprovechar el salto social en algún momento de su carrera, manteniendo los pies en el suelo y haciéndose respetar, pasando de ser un mero inspector a un inspector jefe con residencia en la zona noble de la ciudad.

Otros, como el detective, no habían tenido la misma fortuna.

Con la cámara de fotografía bajo el brazo, regresó a su barrio,

bordeó los Jardines de Sabatini y tomó la cuesta de San Vicente hasta la calle de Ilustración. Desde la oficina, había telefoneado a su contacto de la Dirección General de Tráfico para que le diera el nombre del propietario de la matrícula que Berlanga le había entregado. Prefirió no pensar en las razones de su amigo para que él lo hiciera y se limitó a cumplir con la promesa. En cuestión de un cuarto de hora tenía el nombre del propietario, un tal Joaquín Ulloa, el modelo del coche y una dirección registrada en la calle de Cartagena. ¿Fin del asunto? ¿Y para qué diablos buscaba un Volvo S40 de color azul marino?, se preguntó, sintiéndose como si aquello no tuviera pies ni cabeza.

«Ulloa, Ulloa… Un apellido familiar, pero nada cercano, como el Santiago Bernabéu».

Aplazó la visita al domicilio para más tarde, pues aún le quedaban algunas horas por delante y debía pensar en ponerse con el trabajo serio. Las directrices que había dejado la señora Rodríguez eran concisas. Su socio terminaba la regencia del restaurante a las nueve de la noche, aunque el restaurante siguiera funcionando. Comprobó la dirección del establecimiento y observó que ambas direcciones no estaban muy separadas la una de la otra. Visto de esa manera, volvió a cambiar de idea y decidió aprovechar la excursión para matar dos pájaros de un tiro: primero, atendería la petición de Berlanga y, cuando acabase, visitaría el restaurante, tomaría algunas fotos y pegaría un vistazo en busca de sospechas.

«En fin. De todo se cobra, hasta de lo aburrido».

Conduciendo por el túnel de la M-30, en el radiocasete había una cinta vieja de Los Rodríguez y por los altavoces, Calamaro cantaba Especies que desaparecen. Había encontrado una bombilla de repuesto para el faro agujereado por el disparo, pero el plástico se veía destrozado debido al impacto. Era consciente de que no podía circular en esas condiciones, pero las reglas no estaban hechas para él.

«Somos los últimos en la Tierra, en nuestra clase».

Escuchar las guitarras roqueras del Salmón era rememorar otros tiempos, quizá mejores o quizá simplemente más estables. Días en los que el trabajo se hacía en equipo y las horas muertas quedaban suspendidas entre paquetes de tabaco, cafés de gasolinera y bocadillos de calamares. Guardias en las que Berlanga confesaba

aún su miedo al futuro en aquellos días, la incertidumbre por no ser capaz de llevar una vida en familia, mientras se hacía cargo de esta. Noches en las que Madrid era un poco más segura gracias a ellos.

Bordeó el río Manzanares por el cinturón metropolitano, arropado por el parque, por las ruinas del viejo estadio del Calderón y atravesó el tráfico de la avenida de la Paz, hasta llegar a la plaza de toros de Las Ventas, que quedaba a un lado de su campo de visión. Durante el trayecto, no puedo evitar pensar en el interés de Berlanga por el propietario del vehículo. A esas alturas, estaba más que convencido de que su amigo iba detrás de un asunto turbio, lo suficiente como para asignárselo a él. Abandonó el cinturón por la salida del tanatorio y cruzó el frondoso parque de las Avenidas para llegar al distrito de La Guindalera. De pronto, como si estuviera en otro territorio, los bloques de ladrillo y las largas vías de asfalto daban lugar a un barrio satélite con alma de pueblo y edificios de poca altura, que habían sido absorbidos y cercados por el monstruo de la gran ciudad.

Después de varias vueltas por el laberinto de calles que formaban el barrio, localizó el domicilio del propietario del turismo y aparcó en batería.

Con cada segundo que pasaba, más sentía que perdía el tiempo.

Tras varios minutos de espera frente al portal y notar que allí no pasaba nada, salió del vehículo y se acercó para comprobar el listín de los timbres. Cuando estaba husmeando entre ellos, la puerta del edificio se abrió, sorprendiéndolo por la espalda.

—¿Busca a alguien? —preguntó un hombre con aspecto de portero, que empujaba un contenedor de basuras y sujetaba un cigarrillo entre los labios.

—Joaquín Ulloa. ¿Lo conoce?

Al pronunciar su nombre, el portero irguió el cuello, desafiante.

—¿Quién es usted?

Maldonado lo miró y vaciló en insistir al encontrar una silenciosa y hostil respuesta que no parecía estar dispuesta a cambiar.

—¿Eso es que sí o que no?

—¿Es policía?

—Lo fui. ¿Le sirve?

Con el gesto serio e inquebrantable, movió la cabeza hacia

ambos lados.

—Aquí no vive ningún señor con ese nombre… Y, aunque lo hiciera, no se lo diría a un extraño.

—Estoy convencido de que mantiene peores conversaciones con los vecinos.

—¿Busca un problema?

—No, ya entiendo… Me he equivocado de edificio —respondió quedándose quieto.

—Sí, eso me parece. ¿Me permite salir? —dijo, echando el humo hacia la calle—. Esto apesta a pescado.

—Claro —contestó y se apartó para que el portero sacara las basuras.

En ese momento se dio cuenta de que su misión allí había terminado. Pensó que podía quedarse en el coche, a la espera de que ese menda terminara su turno y con la esperanza de sorprender al sujeto que buscaba. O podía largarse y regresar en otro momento más tranquilo.

Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Berlanga.

Un tono.

Dos tonos.

—¿Javier?

—Escucha, Miguel. He conseguido lo que me has pedido.

—Ah, ¿sí?

—Joaquín Ulloa, calle de Cartagena, número cincuenta y tres…

—¿Estás de coña?

—Créeme que no.

Berlanga chasqueó la lengua.

—Joder, Javier…

—¿Qué? Escucha, estoy en la zona de este tipo y no hay manera de…

—Está bien, gracias… —comentó con apuro. De fondo se oía el ruido del tráfico de la calle y el sonido de sus zapatos al caminar—. Es suficiente, no tengo tiempo ahora para refrescarte la memoria…

—¿Suficiente?

—No puedo hablar.

—¿Dónde estás?

—Ya te he dicho que no puedo hablar… —respondió y oyó un zumbido silencioso. Intuyó que iba en el interior de un vehículo—.

Te llamaré cuando termine.

—Está bien… Adiós —dijo y colgó, lanzando el teléfono sobre el asiento del copiloto.

Malhumorado por la contestación, se sintió como un idiota. Detestaba los cabos sueltos y la falta de información. Arrancó el motor con rabia, puso la primera marcha y salió disparado hacia el restaurante de su cliente.

10

Pasadas dos horas, estaba aburrido de merodear por los alrededores del Fetén, el selecto local de Rodríguez y su socio. No le sorprendió que fuera uno de esos modernos lugares en los que las raciones son escasas y la clientela ríe a carcajadas para que la escuchen los demás. Muebles modernos, espacios diáfanos y mucha luz en un local amplio y con aspecto de bar neoyorquino. Un sitio en el que su presencia llamaba la atención. Finalmente, decidió hacer guardia mientras el cielo se hacía más y más oscuro hasta cerrar la noche y la hora de salida del encargado llegaba. Con el automóvil estacionado a escasos metros de la puerta principal, notó una presencia masculina que se aproximaba a la salida. Al verlo, lo reconoció en la distancia. Era el mismo hombre de cabello rizado y corto que la cliente le había mostrado en su teléfono. Salió de la modorra en la que se había sumergido durante la espera y agarró la cámara de fotos para guardar constancia de su trabajo. El socio de la empresaria caminó en dirección al vehículo que había unos metros delante del detective. Este salió del viejo Golf y se acercó, sin llamar la atención, para capturar la matrícula y su figura. De repente, sin saber muy bien lo que tocaba, pulsó el botón y la cámara provocó un destello que alarmó al empresario.

«Mierda, el maldito *flash*».

El rostro de aquel tipo no podía ser otro que el del asombro.

—¡Eh, tú!

Maldonado se giró y caminó de regreso a su utilitario, pero notó cómo los pasos se acercaban a él con rapidez.

Sin esperarlo, una embestida lo empujó hacia delante, haciéndole perder el equilibrio y provocando que la cámara cayera al suelo.

—¿Qué haces fotografiándome?

Desconocía si el aparato había sufrido daños irreparables, pero,

por el aspecto que presentaba, no auguraba muchas esperanzas en su funcionamiento. Lo primero que pensó fue en Marla. Ese imbécil se había cargado su cámara y eso le provocó una rabia que empezó a contagiarse por todo el cuerpo.

—¡La has roto! —exclamó, dándose la vuelta y encarando al hombre—. ¿De qué vas?

—¿Tú quién te crees que eres?

Uno.

Dos.

Apretó los puños e intentó reprimir las ansias.

No quería que el caso terminara tan rápido. Fuera cierto o no que estaba manipulando a su socia, consideró que no solucionaría nada si le rompía la mandíbula.

—Será mejor que me largue.

—¿Cómo? —preguntó, desafiante y le empujó por segunda vez, esta vez en busca de una confrontación—. No irás a ninguna parte hasta que me expliques por qué me estabas fotografiando.

Tres.

Cuatro.

—Ya me has oído, colega.

Otro zarandeo aumentó su malestar.

Los ojos del detective ardían de furia.

—No me vuelvas a tocar… Te lo advierto —respondió, acompañando sus palabras con el dedo índice, pero el aviso no sirvió para nada.

Tan pronto como volvió a darle la espalda, el hombre lo golpeó, esta vez con una mano, para provocarlo nuevamente.

Por desgracia, aquel memo no sabía con quién trataba.

Antes de que parloteara, Maldonado apretó el puño y le clavó los nudillos en la cara. El golpe, certero, desplazó al oponente varios pasos hacia atrás, provocando un estrépito crudo y desagradable. Con el puño todavía en alto, vio la sangre que había dejado en el suelo y, sin esperarlo, avistó la presencia de los dos guardias de seguridad que velaban por el restaurante.

—Diablos, lo que me faltaba…

—¡Desgraciado!

—¿Está bien, señor? —preguntó uno de ellos, ayudándolo a levantarse—. Está sangrando por la nariz… Debemos llamar a una

ambulancia.

Maldonado se acercó a la cámara y la recuperó.

El segundo gorila lo miró y se aproximó a él, pero este retrocedió para alcanzar su coche.

—¡Que no se vaya! —exclamó el empresario—. ¡Llamad a la policía!

—Acabas de cagarla hasta el fondo, desgraciado.

El guardia lo sujetó con una mano y se apoyó en la otra para agarrarlo del cuello, pero este se resistió. De pronto, un fuerte porrazo lo alcanzó en el costado, dejándolo sin respiración.

—Ya te tengo… —musitó el guardia, reteniéndolo con una mano —. Vas a dormir caliente esta noche…

Sin margen de reacción, entendió que solamente podía salir de allí por una vía.

«Lo siento, Marla».

Antes de que aquel tipo le partiera el brazo, sacó fuerzas y le golpeó en la cabeza con la cámara fotográfica, dejándolo aturdido y sin fuerzas. Después aprovechó el momento de confusión para largarse. Corrió hacia el coche, se metió en él y huyó por la carretera.

11

Cerca de la medianoche, sobre la bancada de la cocina había un pincho de tortilla de patatas sin acabar, un cenicero lleno de colillas y una barra de pan reseco. Junto al plato, un bote de cerveza ya caliente. Apoyado en un taburete de madera y con la televisión del salón-comedor encendida, Maldonado sujetaba una bolsa de guisantes congelados que apoyaba en su torso para que menguara la inflamación de la zurra. «Ese cabrón me había dado con fuerza», se dijo, notando cómo el frío agudizaba el dolor, cada vez que rozaba la piel. Encima de la mesa de salón que había entre el sofá y el televisor, descansaba el símbolo del fracaso o, lo que era lo mismo, los restos de este. La cámara de Marla estaba hecha añicos. Aunque él no era un entendido de esos aparatos, sabía que la vida útil de ese había llegado a su fin.

Suspiró, dio un amargo trago a la cerveza mientras el ruido de la televisión le hacía compañía y partió un pedazo de la tortilla con el tenedor. Debía cambiar de hábitos, reflexionó, pues, en los últimos años, su dieta se basaba en el menú del bar de la esquina.

Terminó el pincho, acompañándolo con el pedazo de pan y dejó el plato en el fregadero, sin ánimo de enjuagarlo esa noche. Después cogió el bote de cerveza y caminó con dificultad hasta el sofá para acomodarse. Recostado, frente a la pantalla y alumbrado por el resplandor que esta desprendía, se dio cuenta de que Berlanga no había telefoneado, cuando el presentador del programa del corazón anunció la hora que era.

Le resultó atípico, pero también comprensible. Después de todo, el inspector era un hombre ocupado, con una familia y unos compromisos. Una vida normal, al fin y al cabo. Poco a poco, comenzó a entender que su amigo tenía otras prioridades en las que él no figuraba. El tiempo cambia a las personas y Berlanga no era una excepción. Tal vez no fuera así para Maldonado, que se había

quedado anclado en una época pasada, antes de que todo se fuera al olvido y su carrera quedara archivada en una caja llena de folios. Pero lo cierto era que la rutina seguía, con nuevos desafíos y otras complicaciones. Porque todo el mundo buscaba la manera de progresar, en un espacio lleno de personas dispuestas a meter la zancadilla.

Pegó el último trago al caldo de cebada y dejó la lata sobre la mesa, antes de deshacerse de la bolsa de guisantes descongelados.

—Qué desastre eres… —lamentó en voz alta, al notar el agua de la bolsa empapando su camisa.

Se incorporó con dificultad para dejar la bolsa descongelada en el fregadero y sintió una vibración procedente de algún lado. Era el teléfono y estaba en el bolsillo de su cazadora. Por un segundo, desistió de atender a la llamada.

Esa noche no estaba de humor.

Agarró el aparato y comprobó la pantalla, pero no reconoció el número.

—¿Diga?

Al otro lado, escuchó el profundo sollozo de una mujer.

—Javier… —contestó finalmente y este hizo un esfuerzo por reconocer su voz—. Es Miguel…

«Diablos», pensó al identificar a la mujer de Berlanga.

No eran buenas noticias.

—Clara, ¿qué sucede?

—Ha sucedido una desgracia… Miguel… está en el hospital…

Un fuerte latigazo lo sacudió por la espalda, acelerándole el ritmo cardíaco, sintiendo los latidos del corazón en la garganta.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—Javier… tienes que venir, por favor… No sé a quién llamar…

—Está bien, Clara… Tranquila. Dime dónde estás e iré enseguida.

La mujer le dio la dirección.

Este tragó saliva con dificultad y colgó. Después cogió el abrigo, se puso los zapatos y salió del apartamento.

«Diablos, Berlanga, dime que ha sido una maldita casualidad».

12

La noche era fría y la calefacción del viejo Golf no obraba milagros en el interior del vehículo. Tenía los pies fríos, la frente caliente y el corazón destemplado.

Dejó atrás el distrito de Argüelles, cruzando el paseo de Camoens, en la soledad de un jueves invernal y la mirada gélida y desesperada de las meretrices que hacían su turno de noche. Continuó por la M-30 hacia el barrio del Pilar, guiado por las luces de los edificios de oficinas que sobresalían del resto de los bloques de viviendas y de la iluminación permanente que el hipódromo tenía. Estaba más preocupado que nervioso y podía notarlo en el pulso de su mano izquierda, que le temblaba al agarrar el volante. A esas horas, a pesar del cansancio y de los palos que había acumulado, su cabeza funcionaba con absoluta lucidez. Intentaba dar una explicación a lo sucedido, pero necesitaba escuchar una primera versión de los hechos. Berlanga no era la clase de personas que buscaba problemas, ni siquiera como inspector, y tampoco tenía enemigos capaces de hacerle daño. A pesar de ser un buen amigo y compañero de fatiga, el inspector pecaba de disciplinado. Toda su vida se había basado en el código, en las reglas, en respetar la ley y en no meter las narices donde no debía. Caviló que quizá aquella fuera la causa por la que sus caminos llegaron a separarse en algún momento, pero también la misma que los había mantenido unidos durante tantos años. El detective sabía de sobra que el inspector no era un bobo. Más bien, tenía un sentido de la protección familiar y de la responsabilidad de los que él carecía. Por eso, que estuviera ingresado en Urgencias no era una buena señal. Se convenció de que habría una explicación para dicha noticia, que la mala suerte habría tocado a su puerta y que, tal vez, su esposa hubiera exagerado la situación. Pero lo cierto era que al detective le costaba creer un cuento como ese. La pregunta no tardó en llegar a su

cabeza como el estribillo de una canción de verano que parecía olvidada: ¿qué le habría hecho cambiar de parecer para acabar así?

Aparcó en las proximidades del Hospital Universitario de la Paz, bajo las luces de las oficinas de las enormes torres que tenía enfrente y que formaban el más reciente distrito financiero de la ciudad. Se dirigió a la puerta del departamento de Urgencias y no tardó en avistar la presencia de dos agentes uniformados del Cuerpo Nacional de Policía. La visita no le produjo buen augurio y se limitó a pasar como si fuera un visitante más. Dio un vistazo a su alrededor, en busca de un rostro conocido y palpó la desgracia reciente, en mayor o menor medida, en quienes no esperaban que la noche acabara en tragedia.

—Javier… —musitó una voz de mujer.

Cuando inclinó la vista, advirtió a Clara, la esposa de Berlanga, caminando hacia él, con el maquillaje corrido por las lágrimas y un pañuelo con el que se limpiaba los ojos. La mujer lo abrazó con fuerza, derrumbada por el disgusto y la incomprensión sobre lo que le había sucedido a su marido. Él no supo cómo reaccionar. Su relación con Clara había sido cordial, aunque hacía años que no se veían. Siempre le había parecido una mujer atractiva y con estilo, con ese aire altanero a clase media-alta castiza que desprendían las mujeres de Chamberí y Salamanca. Pese a todo, Clara era una buena esposa y una madre que se preocupaba por su familia y él siempre le decía a su amigo que era un hombre afortunado por haberse casado con ella. No obstante, ese no era el problema. Llevaba demasiado tiempo sin abrazar con sinceridad a una dama y sentía que había olvidado lo que significa aquello. Los brazos de Clara lo apretaron con fuerza y su rostro se hundió en el pecho del Barbour. Maldonado le cubrió la espalda con las manos y se limitó a permitir que se desahogara.

La recepcionista les indicó que no podían permanecer allí y que debían salir del edificio. El detective asintió con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido, Clara? —le susurró al oído mientras la acompañaba a la salida.

—Javier… Miguel está muy grave…

—Cálmate…

—Muy grave… Ha perdido mucha sangre…

—Saldrá de esta, ya lo sabes… Miguel no os va a abandonar…

—le dijo al oído, intentando creerse sus palabras, buscando la manera de hacerla confesar—, pero tienes que contarme con detalle lo que ha pasado.

Los cuerpos se separaron y ella se quedó frente a él. Se alejaron unos metros del edificio para hablar en privado. Después, la mujer se limpió la nariz con el pañuelo y el frío la calmó. Él le ofreció un cigarrillo y ella lo aceptó.

—No sabía que fumabas —comentó, acercándole la llama del mechero.

Ella encendió el *light* y le dio una calada profunda, exhalando el humo y formando una nube blanca en la oscuridad.

—Lo dejé hace quince años, cuando me quedé embarazada —comentó y miró al interior—. Le prometí a Miguel que lo haría.

Por encima del hombro de la dama, él vigilaba a los dos policías que custodiaban la entrada.

—¿Y esos?

Ella se encogió de hombros y fumó. Tenía estilo.

—No lo sé. Compañeros de Miguel, supongo.

Maldonado se fijó en sus caras. Demasiado púberes para ser íntimos del inspector. No los había visto en la vida.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo. ¿Qué ha sucedido?

—Lo han asaltado en plena calle… a cuchilladas… ¡Malditos salvajes!

El grito despertó la atención de la pareja de agentes, que se giró para mirar.

—Cálmate, por favor… —dijo, sujetándola por los hombros—. ¿Sabes dónde o quién lo ha hecho?

—No, no lo sé… —contestó y fumó con ansia—. Esta mañana ha sido la última vez que he hablado con él. Me ha dicho que comía contigo y que después volvería a casa pronto…

—¿Se lo has contado a la Policía?

Ella lo miró a los ojos y asintió, consciente del error que había cometido.

—Lo siento…

—Está bien, Clara. Es lo correcto. Al menos, ¿te han dicho dónde lo han encontrado?

De repente, la mujer cambió su postura corporal, dio otra calada, esta vez más intensa y observó fijamente al expolicía.

—Tirado por los alrededores del parque de las Avenidas. Su coche no estaba muy lejos…

Maldonado frunció el ceño.

—¿Algo más?

—¿A qué viene esa expresión?

—No sé de qué hablas.

—¿Qué hacía por esa zona, Javier? ¿Qué hacía Miguel a esas horas por allí?

«Mierda», pensó. ¿Había ido Berlanga tras la pista de ese coche?

—No tengo ni idea. Quizá intentaran robarle…

Ella negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que mi marido está muriéndose…

La colilla de la mujer cayó al suelo y su cabeza regresó al pecho de la chaqueta del detective. El llanto era tan doloroso y desesperado que hasta a él le generaba mal cuerpo. No podía entender nada de lo que sucedía, pero lo cierto era que la mujer tenía razón. Desde que Berlanga había sido ascendido a inspector jefe, rara vez abandonaba el distrito Centro y sus rutinas siempre eran las mismas.

—¿Has notado algo raro en él durante las últimas semanas?

—No…

—Si recuerdas algo…

—Tienes que ayudarme, Javier. Tienes que encontrar a la persona que le ha hecho esto, por favor…

En ese instante, se sintió incapaz de responder a las súplicas y entendió que su influencia, sin Berlanga, era inexistente. Ya no era policía, pero la mujer que le lloraba encima seguía confiando en él.

—Clara…

—Te lo ruego… Por mí, por él, por nuestra familia, por vuestra amistad… Es tu amigo, él habría hecho lo mismo por ti, no me cabe la menor duda…

—Ya…

—No quiero que mi hija se quede sin padre tan pronto…

Las palabras lo ponían en un apuro aún más enrevesado.

De pronto, un Peugeot 307 irrumpió en la entrada del hospital, desviando la conversación hacia el silencio. Del interior apareció la figura de alguien que no tardó en reconocer.

«Cojonudo. Llega el *sheriff*».

Los ojos de Ledrado se clavaron en él y ambos mantuvieron la mirada durante unos segundos.

El inspector, recto y con el semblante tieso, como era lo habitual en él, iba acompañado de otro agente, bastante más joven, con el cabello oscuro y corto por los laterales. Por su aspecto, intuyó que era una de las muchas caras nuevas que habían llegado a la comisaría. La pareja de policías se acercó a ellos.

—Clara, quieren hablar contigo —comentó, separándola de él y advirtiéndole de su presencia—. No te preocupes por nada. Te llamaré más tarde.

—Buenas noches… —saludó Ledrado y se dirigió a la señora, para después regresar al detective—. En realidad, con quien quiero hablar es contigo, Maldonado.

—¿Conmigo? —preguntó, después apuró el *light* y entornó los ojos, observando con incomprensión a la pareja, intentando descifrar sus intenciones—. Sé cortés. Las damas van primero…

—¿Nos acompañas a comisaría?

Clara sintió la tensión del choque y él le guiñó un ojo para demostrarle que todo estaba bajo control.

—Si me disculpan… —se excusó la mujer y se alejó del trío.

—¿No nos vas a presentar, Ledrado?

—Inspector Del Hierro —respondió el otro, sin más detalles y sin mostrar un ápice de empatía—. Ahora, ¿viene con nosotros?

—¿Es una orden?

—No seas bobo, detective, o en dos minutos tendrás a los municipales revisando tu coche.

Marla, la cámara de fotos, el coche, el alquiler… La deuda se hacía más grande.

—Ya veo… —comentó y se encontró acorralado en un callejón sin salida. Por supuesto, podía negarse, pero su insolencia agravaría el estado de la cuenta corriente—. Deberían contratarte como negociador. —Corta el rollo y sube.

Los tres se dirigieron al vehículo.

—A todo esto, Del Hierro…

—¿Sí?

—¿Puedo ir delante?

—No.

Ledrado lo miró avergonzado.

—Tenía que intentarlo, inspector —dijo, aplastando la colilla con la suela del zapato. Después subió en la parte trasera del Peugeot y juntos pusieron rumbo a la comisaría Centro.

13

Se cercioró de lo mucho que habían cambiado los tiempos desde que ya no era policía. Ahora era él quien iba detrás, como los delincuentes, aunque sin esposas y le sorprendió que el coche desprendiera un olor agradable, a pulcritud.

Observó la ciudad por la ventanilla y se fijó en las luces de las torres de viviendas, de los edificios públicos, de los ministerios y de los bloques residenciales que ocupaban el largo paseo. Madrid no descansaba un jueves por la noche, ni siquiera a esas horas y a nadie le sorprendía notar el movimiento de los taxis, de un lado a otro, a gran velocidad, ni tampoco el trajín de la estación de trenes de Nuevos Ministerios, que funcionaba como una máquina perfectamente engrasada. Pero toda esa normalidad guardaba un poso extraño para el detective. Si bien era cierto que las desgracias sucedían a cualquier hora y en cualquier lugar de la gran urbe, seguía sin entender qué hacía su amigo fuera de la rutina habitual y esperó que los dos inspectores que lo acompañaban aclararan sus dudas.

El viaje hacia la comisaría de la calle de Leganitos se le hizo más largo de lo esperado. Entró en la comisaría y notó las punzantes miradas de los policías del turno de noche. Ledrado notificó que iba con ellos, demostrando que ahora era él quien mandaba allí dentro.

—Veo que te has hecho respetar, finalmente… —comentó Maldonado, avistando de reojo a los recién llegados. Jóvenes sin experiencia, salidos de la academia y pagando el servicio de los novatos, haciendo guardia a las puertas de la comisaría como soldados pretorianos. Él recordaba vagamente sus días como aprendiz. Era otra época, más convulsa, en la que las agallas venían con el cinto.

La comisaría Centro necesitaba una buena reforma y la sensación al pasear por allí nunca era agradable. Los últimos

rumores decían que pronto la cerrarían para trasladarla a otro lugar y derruir el edificio. Un runrún que nunca se cumplía. Allí dentro había años e historia del país.

Subieron las escaleras que llevaban a la segunda planta. Por delante de él caminaba Del Hierro, que se adelantaba firme, como un robot, acompasando las pisadas con el movimiento de brazos. Sospechó que practicaría algún tipo de deporte de contacto. No le convenía llevarse mal con él, pensó, pues aquel Robocop, como ya había bautizado en su cabeza, no parecía ser de la clase de personas que preguntan antes de agarrarte por el cuello.

Cuando llegaron al piso, el inspector se dirigió a un escritorio con ordenador. El resto de las mesas estaban vacías.

—¿Un café? —le ofreció Ledrado, antes de ir a la máquina.

Maldonado echó un vistazo y reconoció la dispensadora del pasillo.

—No, gracias.

El inspector alzó las cejas y negó con la cabeza.

—Como gustes —dijo y señaló al compañero—. Ve con él. Os alcanzo enseguida.

Aceptó la orden y marchó con paso lento hacia la mesa. De camino, estudió el entorno y le sorprendió ver la cantidad de tecnología desconocida para sus ojos que había por allí. Para él, eso era, cuando menos, curioso. «A mayor número de máquinas, mayor ineficiencia», se dijo con sorna, sin compartir el comentario y se preguntó en qué momento aquel sitio se había modernizado.

—Siéntese —ordenó Del Hierro y señaló la silla que tenía delante—. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Mucho tiempo aquí? No me suena haberte visto antes.

—Es obvio.

—Aquí lo único obvio es que te falta calle.

Del Hierro llenó los pulmones y contuvo la respuesta.

—Lo expulsaron hace años. Simplemente… no coincidimos.

—Me fui, que es diferente.

—Llámelo como quiera —respondió y sonrió—. ¿Comenzamos?

—¿Así que conoce mi historia?

Él inspiró hondo y puso las manos sobre la mesa.

—Por supuesto.

—Puede tutearme si quiere.

Del Hierro alzó la mirada y se la clavó como una estaca.

—Prefiero no hacerlo.

Maldonado hizo una mueca y le mostró las palmas de las manos, aceptando las reglas del juego. Tenía curiosidad por saber lo que Ledrado le habría contado de él.

—¿Le has puesto al día? —preguntó el inspector, acercándose al escritorio con dos vasos de plástico humeantes. Uno era para él y el otro para el compañero.

No lo podía creer.

«Ledrado siendo agradable con alguien».

Se sentó en la silla y se recostó, mirándolos desde su posición.

—Vosotros diréis.

—No queríamos hacerlo delante de su esposa. Espero que lo entiendas.

—Lo que no entiendo es qué hago aquí.

—Ha sido ella quien nos ha contado sobre su encuentro con Berlanga —añadió Del Hierro—. Ha sido la última persona que lo ha visto, antes del ataque.

Maldonado entornó los ojos y miró a ambos.

—La última, tampoco.

—Déjate de juegos —respondió Ledrado—. ¿Te ha contado algo que nos pueda interesar?

El detective notó una ligera tirantez en la conversación. Como sospechaba, a ellos tampoco les parecía común lo que Berlanga había hecho.

—No.

—¿Por qué motivo se han reunido?

—Esto es absurdo. Hemos quedado para comer en El Buey del centro, hay testigos… —dijo y se dirigió al inspector conocido—. A Berlanga le gustan estas cosas.

—Lo sé.

—He sido el primero en largarme.

—¿Algún motivo? —preguntó el otro, sujetando el bolígrafo para tomar notas.

—Trabajo. ¿A qué viene esto?

—No te estamos acusando de nada.

—Me quitas un peso de encima —respondió con sorna.

—Pero sé que esas reuniones no son para poneros al día.

—¿Qué insinúas ahora?

El inspector carraspeó.

—Conmigo… no.

Maldonado miró al segundo.

—Ya os lo he dicho, no me ha contado nada que os pueda ser de utilidad.

—¿Está seguro?

—Berlanga es mi amigo.

Los dos policías suspiraron.

—Verás, Maldonado… No quiero alargar esto más de lo necesario —intervino, rascándose el mentón y buscando las palabras adecuadas para no perder más tiempo—, pero nos parece sospechoso lo que ha sucedido.

—Es la vida privada del inspector… Hay quien pregunta por mí y yo intento echarle una mano. No hago nada que vaya contra vosotros…

—No, no me refiero a eso —rectificó—. El inspector lleva unas semanas comportándose de una manera… inusual.

—Lo sé. También lo he encontrado un poco distante conmigo. ¿Qué tenéis sobre el asalto?

—Un testigo.

—¿Qué ha visto?

—Una silueta masculina corriendo en dirección opuesta a la víctima —aclaró el más joven.

—¿Sabes qué hacía el inspector en el parque de las Avenidas a esas horas?

—¿Me lo preguntas a mí, Ledrado? No soy su jefe.

—Lo conoces bien. No es habitual en él…

—Define que es habitual para ti…

A modo de retomar su posición de poder, el policía dio un golpe en la mesa y tomó aire.

—Está bien, está bien… —dijo el detective, bajando los humos —. Retiro lo dicho.

—¿Dónde ha estado el resto del día?

—Trabajando, ¿y vosotros?

—¿En qué?

Carraspeó. Necesitaba fumar.

—He ido a hacer unas fotografías a un restaurante… Un trabajo

para una cliente.

—Espero que nada ilegal —añadió Ledrado.

—Puedes dormir tranquilo. Me han destrozado la cámara de fotos…

Del Hierro anotaba en el cuaderno y lo miraba extrañado.

—¿Cómo que destrozado? ¿A qué se refiere?

Ledrado le hizo un gesto para que obviara la respuesta. El detective lo miró como si se dirigiera a un niño.

—Vas, haces unas fotos, cabreas a alguien, te parten la cara… Que pareces nuevo, Del Hierro.

—¿Vas a denunciar? —quiso saber Ledrado.

—No. Seguramente, se me adelanten… Ahora solo me preocupa saber qué le diré a Marla. Es probable que el aparato no tenga ni seguro de daños…

—¿Quién es Marla, su cliente?

—Su secretaria —aclaró Ledrado.

—¿A qué viene tanta pregunta?

—Nos alarma lo sucedido y también debería preocuparte a ti.

—¿Corro peligro?

—Es el último con quien se ha reunido —comentó el nuevo.

—¿Ahora te preocupo, Del Hierro?

—Si tienes algo que ver con esto… —prosiguió Ledrado, con una amenaza entre líneas—, lo averiguaremos.

—Suerte con ello.

—Iremos a por ti.

Las palabras le ofendieron.

—Sabes que no es así.

—Siempre tramas algo.

Hastiado de sentirse insultado, captó que no tenían nada y que, por tanto, él tampoco conseguiría respuestas. Conocía la ley, el protocolo, las reglas y no lo retendrían sin más. Se puso en pie y carraspeó antes de despedirse.

Uno.

Dos.

Las ganas por golpearle aumentaron.

—Ledrado, nunca te lo he dicho, pero eres más idiota de lo que todos piensan.

Del Hierro se levantó de la silla.

—Es usted un valiente. Podríamos detenerlo por lo que acaba de decir.

—No lo hará. Sabe que tengo razón.

—Deja que se marche. Le jode no poder mandar sobre nosotros.

Tres.

Cuatro.

Sabía lo que el otro hacía y no le iba a dar ese placer.

Cinco.

Descompresión.

Respiró y aguantó, antes de propinarle un puñetazo.

—Sea lo que sea en lo que se haya metido… —comentó el detective, con el entrecejo arrugado, notando una extraña vibra en el interior de esa planta—, encontrad a quien lo ha hecho.

—¿Es una advertencia al Cuerpo? —cuestionó Ledrado, desafiante.

—En absoluto… Esto es cosa vuestra —contestó y les dio la espalda para caminar hacia las escaleras—. Pero, recuerda el dicho… Si cae un madero, puede caer otro… porque, en ocasiones, vale más la seguridad que la Policía.

14

Viernes.
Día 1.

La visita a la comisaría no le había dejado buen cuerpo y las malas noticias lo removieron por dentro. No logró dormir más de tres horas seguidas y despertó con la fatiga en el cuerpo, un malestar al que no se acostumbraba. Algo olía a podrido alrededor del ataque a Berlanga y, lo peor de todo era que Ledrado y Del Hierro no parecían estar a la altura de la situación. No obstante, se dijo que seguiría firme con su decreto y delegaría el asunto a la Policía.

A las siete y media de la mañana, tomó una ducha y salió del edificio para desayunar en la Taberna del Príncipe. El ambiente era el habitual de los viernes, la última jornada laboral de la semana. Entre la clientela encontró rostros que se repetían a menudo, ya fuera porque coincidía con el inicio del día o porque eran frecuentes en aquella barra. Demandó un café solo bien cargado y un par de churros para desayunar. El ruido de la máquina tragaperras se mezclaba con el de la televisión y con el bullicio de los parroquianos. Se abrió un hueco en la barra y cogió el periódico de la mañana, que ya había sido manoseado y que mostraba algunas manchas de aceite. Leyó la portada de un vistazo, en busca de una noticia que llamara su atención. Algo en su interior rastreaba un titular que mencionara el asalto al inspector. Ansioso, pasó las páginas, pero no encontró ni una muestra de interés por el evento.

«Para una vez que acontece un suceso importante», lamentó para sus adentros, recordando el rostro de Ledrado. Después del primer sorbo a la taza, se figuró que la Policía habría silenciado a los medios para que la agresión a Berlanga no fuera noticia.

Tras el desayuno, abonó la cuenta y caminó hacia la Gran Vía. Sentía una pesada nube mental, producto del cansancio y del poco

tiempo que había tenido para asimilar las últimas horas. Entonces se acordó de Marla, de la cámara de fotos y de esa cliente que lo había metido en el lío con su socio.

De llegada al despacho, elucubró cómo parchear el drama. A la secretaria no le haría ninguna gracia recibir la noticia sobre el estado del aparato. Le compraría otra, sentenció, aunque todavía no tuviera el dinero para hacerlo.

En la puerta del Starbucks que había en Gran Vía con San Bernardo, hizo una parada obligatoria, a regañadientes, para agasajar a la muchacha con un buen desayuno y compensar los percances de su torpeza.

Minutos más tarde, con una bolsa de papel en la mano, giraba la cerradura del despacho.

—¡Javier! —exclamó ella, sentada frente a la pantalla, como cada mañana—. ¡Por Dios, qué susto!

Él entró y cerró la puerta con un elegante golpe de talón.

Los ojos de la chica se dirigieron a la bolsa de papel.

Luego entornó un ojo y ladeó el rostro.

—¿Qué celebramos? —preguntó, intrigada.

Maldonado se acercó al escritorio y dejó el paquete encima. Después se quitó el abrigo mientras ganaba tiempo para darle una explicación que sonara elocuente.

—Pensé que te vendría bien un café.

—¿Javier?

—Sí, Marla…

—¿Qué ha sucedido?

—¿Por qué tiene que ocurrir algo para tener un detalle contigo? —preguntó dejando la prenda sobre la percha—. Come y bebe. Aún está caliente.

Ella abrió la bolsa, sin disimular la sospecha. Cuando vio el contenido, se dirigió a él:

—¿¿Javier??

—Si no te gusta el bocadillo, me lo zamparé yo.

—Cuéntamelo.

—¿El qué, Marla?

Ella sacó el café de la bolsa, lo puso junto al teclado y cruzó los brazos.

—Habla.

Su mirada comenzaba a removerse como la de un toro.

—Verás… Es acerca de tu cámara.

—¿Qué has hecho con ella?

—Ha tenido un accidente.

La pálida piel de Marla se sonrojó.

—¿Qué?

—Sí, destrozada. No se puede reparar… —detalló—, pero te compraré otra, lo prometo.

—¡Javier!

—Fue un percance.

Ella bufó. Ni siquiera era capaz de articular palabra.

—Ni un día, Javier…

—Lo sé, lo sé… Tuve que defenderme de un matón de discoteca y, bueno… una cosa llevó a la otra… Puedes imaginar lo que sobrevino después.

Lo hiciera o no, estimó que sería mejor no contarle el final de la historia.

—Está bien, me da igual… —dijo, decepcionada, intentando enmascarar el enojo. Después de todo, no podía esperar demasiado de un tipo como él—. Por cierto, la nueva cliente… Ha llamado por teléfono esta mañana.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad —contestó, fría.

—Marla, por Dios. Dame un respiro.

—Le he dicho que vuelva a llamar más tarde. Con suerte, te encontrará aquí.

Pero la explicación no le convenció.

—No, ni hablar. Si llama, dile que no estoy.

—Esa mujer es capaz de telefonear muchas veces.

—Al menos, dile que no estoy hasta que se me ocurra algo creíble.

—Como siempre, tú mandas…

El detective suspiró. La jornada no empezaba con buen pie. Quizá había llegado el momento de añadir algo más fuerte al café que había comprado.

—Por cierto…

—¿Sí, Marla?

—Han llamado del depósito.

—Oh… Demonios…

—¿Qué hacía tu coche en el Hospital de la Paz?

Maldonado guardó silencio, sacó el café de la bolsa y caminó a su escritorio. Ella lo observaba con asombro y expectación. Cogió la botella de segoviano del cajón, roció un chorro en el café y pegó un trago, notando cómo la mezcla le quemaba la garganta.

—Se supone que es viernes —musitó ella.

—Hasta la medianoche.

—¿Te encuentras bien?

Al terminar el trago, dejó el vaso sobre la mesa de la secretaria y respiró hondo.

—Anoche intentaron matar a Berlanga… y lo peor de todo es que presiento que necesita mi ayuda.

Después de explicarlo lo ocurrido, el asunto de la cámara quedó en un segundo plano y Marla se interesó por el estado del inspector. Entonces entendió qué hacía el coche en el depósito y también por qué su jefe tenía aquel aspecto. No podía creer que le hubiera ocurrido una desgracia así al pobre Berlanga.

—Quieren hacerme suponer que ha sido un golpe de mala suerte… pero no son capaces de disimular.

—Pobre, hombre. No merece que algo así…

—Nadie lo merece, Marla.

—Pero unos se meten en más problemas que otros, ya me entiendes.

—Si lo dices por mí…

—No seas bobo, Javier. No lo digo por nadie. Es una manera de hablar —explicó, dolida—. Su mujer debe de estar pasándolo muy mal…

—Por supuesto.

Al mencionar a la compañera de vida del inspector, la secretaria le proporcionó una brillante idea. A diferencia de la Policía, la esposa de Berlanga aún confiaba en él. Al fin y al cabo, era uno de los mejores amigos de su esposo y estaría dispuesta a ayudarle con tal de atrapar al agresor. El planteamiento lo animó. Con un poco de fortuna, Clara podría darle alguna pista sobre las últimas semanas. Si Berlanga estaba metido en algo, ella lo sabría o, al menos, lo intuiría.

—Conozco esa cara, Javier. Sé lo que estás cavilando…

—No sé de qué hablas, Marla. Tan solo estoy cansado.

—No te metas en esto, por favor. Berlanga es policía.

—Berlanga es mi mejor amigo.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Él sonrió. Ni las advertencias de la empleada podían frenarlo.

—¿Cuántos chicos te han dicho que tienes unos ojos preciosos?

Ella arrugó el ceño y respondió con silencio e indiferencia. Era la mejor respuesta para que la dejara en paz. A veces, sus conversaciones podían convertirse en una partida interminable de tenis de mesa.

Maldonado se puso en pie y regresó al escritorio. Abrió el segundo cajón, encontró el sobre con el dinero que le había pagado la futura exmujer del señor Cáceres y se lo llevó en el bolsillo. Pensó que bastaría para pagar la multa y el arrastre del coche hasta el depósito, pero tendría que renunciar a la cámara de Marla hasta que ingresara más dinero.

«Te prometo que lo haré», se dijo en silencio, a pesar de que la chica se encontraba a escasos metros de él.

Después salió disparado hacia el perchero, se puso el Barbour y se dirigió a ella:

—Si llama esa mujer, no le digas dónde estoy, ni que he venido.

—Ni siquiera sé a dónde vas.

—Hazle saber que la contactaré más tarde.

—¿Javier?

—Es hora de que el viejo Golf regrese a casa.

—¿Qué hay de mí?

—Aliméntate y márchate cuando creas conveniente.

—Prométeme lo que te he dicho —espetó, con tono maternal—. Necesitas descansar… y alejarte de ese asunto.

—El mal nunca descansa, Marla… Por ende, yo tampoco. Te llamaré más tarde.

—Adiós, Javier.

15

La multa le costó más de lo esperado. Por si no había sido suficiente, el agente del depósito le advirtió que circular en un estado como el que tenía su coche, no le traería más que enfados.

Salió de allí contento por haber recuperado el viejo Golf y puso rumbo al barrio de la Guindalera, siguiendo su intuición. Necesitaba comprobar la escena del crimen con sus ojos, a pesar de que, a esas horas, la Policía ya habría barrido todas las huellas.

Marla tenía toda la razón del mundo, pues la chica era una santa y la única de los dos que podía reflexionar con claridad en los momentos más críticos.

Pero la ciudad se volvía un lugar oscuro, lleno de mugre, con tres chorizos en la fiambrera y un inspector en el hospital.

¿Tendría algo que ver la muerte de aquellos tres criminales con el asalto a Berlanga? ¿Sería la razón por la que había mencionado la Operación Valdivia?, quiso saber, sin una respuesta clara, llenándose la cabeza de pájaros.

Difícil de averiguar, sentenció, pues las posibilidades eran infinitas.

Lo único que tenía claro era que no lloraría por la muerte de esos tres desgraciados.

De camino a la escena, pensó en el dinero. Después del palo municipal, no podía hacer otra cosa que darle largas a la pesada de su clienta, aunque era cierto que el efectivo comenzaba a escasear en su bolsillo. Intuyó que querría más información sobre los tejemanejes del socio en el restaurante, pero no le entusiasmaba la idea de regresar por allí. Por desgracia, sospechó que las insistentes llamadas tenían otras intenciones más severas. ¿Se iba a retractar la señora, prescindiría de sus servicios?, tanteó sin demasiado acierto. Todo se iba al carajo por enésima vez. Su vida personal, el trabajo, todo. Para él, era como si la vida nunca le diese un respiro.

A esas horas de la mañana, el tráfico era casi inexistente por los alrededores de la avenida de América, aunque pronto comenzarían los embotellamientos, la sinfonía de bocinas de los conductores desesperados y el entusiasmo humano de una muchedumbre que abandonaría las oficinas en busca del elixir del fin de semana, el único bálsamo existente para afrontar un nuevo lunes.

Salió de la avenida y rodeó la carretera que lo llevaba al parque de las Avenidas. No había rastro de la policía, ni tampoco había ninguna señal que prohibiera la circulación.

Aparcó próximo al supuesto lugar del asalto y caminó para asegurarse de que había sucedido allí. No tardó en encontrar los restos de sangre que habían quedado incrustados sobre el asfalto. Flexionó las rodillas y estudió las manchas, que no eran del todo visibles, aunque sí lo suficiente como para hacerse una idea del ataque. No necesitaba el análisis de un especialista de la Unidad Científica para reconstruir la escena: Berlanga había caído hacia atrás, por lo que dedujo que había sido atacado de frente. De alguna manera, se figuró que no lo vio venir, por lo que tenía aún menos sentido. Llevaba demasiados años en la profesión como para pasar por alto un cuerpo a cuerpo.

«¿Conocía al atacante? Es una posibilidad… Sobre todo, si este vino de frente, a esa hora y en ese punto».

Debía existir una explicación. Se puso de pie y dio un giro visual completo, observando cada una de las salidas del recinto. La calle conectaba la entrada al parque con el área residencial. Dio un vistazo a su alrededor, imaginando cómo sería el entorno de noche y por dónde habría huido el asaltante. Hasta donde sabía, un testigo había confirmado la silueta de un hombre que corrió en dirección contraria a la víctima. Siguiendo la dirección en línea recta, curiosamente, no tardó ni un minuto en conectarla con un punto concreto: el domicilio del propietario del vehículo que Berlanga le había pedido buscar, estaba a un par de calles de aquel paraje.

«El domicilio de Joaquín Ulloa».

Tal vez fuera a encontrarse con ese hombre, deliberó, o quizá hubiese sido víctima de una trampa. Lamentablemente, el último recurso que le quedaba era el de convencer a Ledrado para que le tendiera una mano.

«Ni harto de vino», se dijo, consciente de la tóxica rivalidad que

los unía desde hacía años. El inspector siempre había sido la mosca incómoda que zumba sin llegar a picar, pero que molesta hasta cuando está dormida.

Sin embargo, no tenía más alternativa. Guste o no, en ocasiones, la vida es capaz de enfrentar a las personas en busca de redención y parecía que este era uno de esos casos. Con Berlanga en la UCI, Ledrado era su único comodín para trabajar más rápido y así enterarse de lo que ocurría dentro de la comisaría.

Desde su salida del Cuerpo, Ledrado se había tomado la revancha en cada ocasión que había tenido para frenarlo. La amistad con Berlanga lo convertía en un blanco fácil y la relación entre los dos era como la del ratón y el gato.

Pero, ahora, la situación era diferente, como si algo se hubiese roto para siempre. No tenía tiempo para pensar en los desquites. Por mucho que le pesara, la realidad era que carecía de influencia, más allá de la protección de su amigo y Ledrado disfrutaba vigilándolo de cerca.

«Al infierno con todo».

Debía ayudar a Berlanga como fuera y estaba dispuesto a renunciar a su orgullo.

Pero… ¿sería el inspector capaz de dar su brazo a torcer?, se cuestionó. Consciente de que no podría saber más sobre Ulloa sin la ayuda policial y de que sus indagaciones no aportarían luz, decidió retirarse y continuar con sus pesquisas, antes de que el parque se llenara de las miradas de los ojos anónimos que merodean en la oscuridad.

Sin tirar la toalla, recordó la conversación con la secretaria y también a la esposa de Berlanga. Pensó que, con un poco de suerte, ella le daría lo que necesitaba.

Subió al Golf, encendió el motor y el radiocasete disparó la cinta quemada de Los Rodríguez. Reticente a escuchar música, apagó el estéreo del botón y permitió que el sonido ambiente pusiera la banda sonora a su jornada. No estaba de humor para cantar.

16

Berlanga seguía ingresado en la unidad de cuidados intensivos del Hospital de la Paz. La continua presencia policial hacía evidente que la situación era preocupante. Tras un largo viaje hasta la otra punta de la ciudad, aparcó al otro lado del nuevo distrito financiero de la ciudad y atravesó el subterráneo que comunicaba con el hospital. Cuando entró en la planta del centro médico, primero reconoció a la pareja de agentes. Eran los mismos que estaban allí la noche anterior. Después distinguió a Clara en el pasillo, con el mismo abrigo.

—No puede estar aquí —dijo la enfermera.

—Lo sé, lo sé… —contestó, indiferente ante la advertencia y se dirigió a la esposa del inspector—. Clara, ¿tienes un momento?

La llamada la sacó del trance en el que se encontraba desde hacía horas. Al darse la vuelta, observó el rostro de una persona consumida, ya no por el descanso al que había renunciado, sino por el estrés y la fatiga del desconocimiento. Hay algo peor que la muerte y es la incertidumbre de cuándo nos vamos a morir. Él le hizo un ademán para que se acercara y la mujer accedió en silencio. Después fueron juntos al exterior.

—Hola, Javier.

—Te vendrá bien un poco de aire. —La invitó a dar un paseo, pero ella se mostró reticente—. Vamos, Clara. Serán unos minutos. Necesitas salir de ahí.

Ella lo miró, desesperada y temerosa de abandonar a su marido y perder sus últimos minutos de vida. Él pensó que, de ocurrir una desgracia, no se lo perdonaría.

—Estará bien, créeme.

Habría sido un paseo placentero, si no se hubiesen encontrado bajo las extrañas circunstancias que los unían. El sol calentaba el bulevar y el aire soplaba de manera agradable. La mujer pestañeó,

se cerró el abrigo y salieron del perímetro, caminando hacia el nuevo paseo de la zona de oficinas. Con los agentes bien lejos, ahora podía hablar con transparencia, sin tener que limitar sus palabras. Podía sentir el lamento de la mujer y también su alta sensibilidad, por lo que decidió ir al grano, con tacto, como le habría dicho su secretaria, sin presionarla más de lo debido. En el fondo, era la esposa de su mejor amigo y merecía tratarla como tal.

—¿Cómo está? —preguntó, rompiendo el hielo.

—Parece que se ha estabilizado… —explicó, con la voz áspera y agotada—, pero necesitan observarlo unas horas más.

—¿Ha hablado ya la Policía contigo?

—Sí. Me han hecho preguntas, pero no sé nada, Javier.

—¿Esos dos?

—¿Quiénes? —preguntó, confundida.

—No importa… Ya conoces el procedimiento. Tienen que hacerlo así.

—Ahora mismo soy incapaz de concentrarme en nada más que en él… Pensar en que vuelva a casa, en que todo sea como antes… Pero sé que eso no ocurrirá.

Él la sujetó del brazo para que no se rompiera en pedazos.

—Todo volverá a la normalidad cuando llegue el momento oportuno. Estas cosas llevan tiempo… No es la primera vez que pasáis por un bache así. Miguel es una persona fuerte.

—¿Y si no despierta?

—Lo hará por vosotros.

Aguantó el temple ante la mirada de una mujer desesperada. Ella se rindió y siguieron caminando.

—¿Has averiguado algo ya?

—Todavía no, aunque estoy trabajando en ello.

—Por favor, no me trates como a una de tus clientes. He oído eso muchas veces.

—Te digo la verdad, Clara, aunque debes saber que esta vez es diferente.

—¿Qué lo hace diferente?

—Ya no soy policía, ni tengo los mismos contactos que antes… Pese a todo, no pienso abandonar a mi amigo.

—Ya…

—Tienes mi palabra. Por eso necesito que hagas algo por mí.

—¿Por ti?

—Sé que prefieres no involucrarte y te comprendo, pero debes confiar en mí y contarme lo que te guardas.

Ella se separó unos centímetros, demostrando cierta contrariedad en su rostro.

—¿Cómo osas?

—No seas ahora la que me trata como hacen ellos… —espetó, marcando el tono de la interacción—. Miguel es un hombre con principios y tú eres su esposa. Os conozco desde hace muchos años y me hago una idea de los pactos que tenéis acerca del trabajo. Tal vez no te contara nada, pero tienes dos ojos y dos oídos.

La respuesta fue tan contundente que ella no esperaba escuchar algo así. Por un momento, vaciló a la hora de decidirse a hablar, pero la mirada del detective era la de un lobo a punto de devorar a su presa. No podía mentirle, no era capaz.

—Sé que estaba metido en un caso, aun así, no sabría decirte cuál.

—Es un comienzo que intuía. ¿Tiene algo que ver con la muerte del «niño de la navaja»?

—¿Por qué dices eso?

—Lo suponía… Ayer sacó el tema, ya sabes… Ha pasado un tiempo desde aquella operación —explicó, dándole lo que ella quería. No podía contarle todo lo que pasaba por su cabeza, pero llegaría a un acuerdo si le sacudía una de cal y otra de arena—. Después me encargó algo poco habitual por su parte. Normalmente, me remite a un cliente, a una tercera persona que necesita un servicio, pero esta vez era él quien me lo pedía personalmente.

—¿Un favor gordo?

—En realidad, no. Una tarea que podía hacer él desde su despacho. Y eso fue lo que más llamó mi atención.

—¿De qué tipo?

Él se dio cuenta de que estaba a punto de irse de la lengua. No es que Clara tuviera la boca muy grande o que fuera a usarlo en su contra, pero Maldonado sabía que el mejor modo de guardar la información era no revelándola.

—Una comprobación rutinaria. Quería que chequeara el domicilio de una persona.

—Entiendo… ¿Y sabes para qué?

—Ulloa, ¿te suena?

—No.

Esperó un segundo eterno para comprobar si seguía hablando, pero no lo hizo.

—Ya… Pues sé lo mismo que tú, Clara —dijo y zanjó el asunto para retomar el rumbo de la conversación—. Tengo la sensación de que existe una relación entre esta persona y lo que le ocurrió.

—¿Tú crees?

—Es una corazonada.

—Lo siento, soy médico.

—Ya, ya lo sé. No crees en esas cosas.

—¿Qué puedo hacer por ti, Javier?

La pregunta llegó y titubeó en ser directo con ella, sin paños calientes, a pesar del rechazo. No tenía tiempo ni más cartas que jugar.

—Conozco bien a mi amigo y sé que lo anota todo por miedo a olvidar los detalles…

—¿Y? —preguntó, intrigada.

—Me pregunto si podría echar un vistazo a su despacho privado.

—¿En mi casa?

—Sí.

La mujer no esperaba una proposición como esa y lo manifestó con toscos movimientos. Con los agentes de policía alrededor de la UCI, levantarían las sospechas.

—Pero…

—No te preocupes por ellos. Tengo el coche aparcado al otro lado. Les dirás que vas a tu casa a por ropa y que regresarás en breve.

—No son ellos los que me inquietan.

Y entonces se dio cuenta de que todo ese tiempo había estado pensando en la pérdida su marido.

—Si pudiera, él te diría que lo hicieras. Es la única manera de ayudarlo.

En silencio, maduró la respuesta unos segundos que se hicieron eternos para el detective. Una vez que tenía tan cerca la ocasión, el miedo que se le escapara se hizo eterno.

—Está bien, tú ganas, pero prométeme que no moverás nada de su sitio.

—Conociéndolo y por el bien de mi integridad, Miguel nunca sabrá que estuve husmeando entre sus cosas.

17

Condujo hasta Chamberí y aparcó en una de las estrechas calles limítrofes a Martínez Campos. No era la primera vez que visitaba el piso de Berlanga, pero sí la primera que entraba sin que él estuviera. Con los años, el investigador se había labrado una carrera de renombre y Clara también había alcanzado sus metas en el mundo de la medicina. A diferencia de él, Berlanga había conseguido el estilo de vida que muchos querían: uno cómodo y en uno de los mejores vecindarios de Madrid. Comprar una casa en esas calles estaba al alcance de unos pocos privilegiados. Por suerte, Clara provenía de una familia pudiente de la capital y aquel piso había sido parte de una herencia que había recibido más tarde.

Salieron del coche y anduvieron hasta un portal en el que un conserje saludó a la mujer y le preguntó por el estado de su esposo. Maldonado ya había visto antes al tipo, pero este no se acordaba del detective. No le juzgó por ello. A su parecer, tenía un trabajo aborrecible en el que nunca acontecía nada y donde su mera tarea era la de controlar quién entraba y salía del edificio. De pensarlo, al detective le entraban ganas de colgarse de un árbol.

—Manuel, este es el inspector Maldonado —explicó ella, señalándolo—. Es un buen amigo de Miguel y ha venido a echarme una mano.

El sujeto lo acechó con detenimiento, mostrándole una ojeada suspicaz y escrupulosa, como si no creyera lo que decía la mujer. En ese cruce de intenciones, el detective notó el aprecio que el tipo le tenía a Berlanga.

Después tomaron el ascensor y subieron hasta la tercera planta.

—Supongo que mi presencia no le ha hecho mucha gracia.

Ella se encogió de hombros, completamente despreocupada en torno al comentario.

—Tranquilo. No le pagan por opinar.

Al salir del ascensor, Clara se detuvo ante una puerta lustrosa de color blanco, con un arco en la parte superior. Sacó un juego de llaves y abrió, dejando que el aroma a ambientador saliera.

«Hogar, dulce hogar», rumió el detective al avistar el corredor de madera y las paredes de color vainilla que daban paso al interior. Ella se adentró, dejó el bolso sobre el recibidor y se dirigió hacia el amplio salón que conectaba con la entrada. Él cerró con cuidado y dio un vistazo a los detalles de la vivienda, algo que no había tenido tiempo a hacer en sus visitas anteriores.

«Qué bien lo tienes montado, Miguelito», se dijo al escudriñar aquel lugar tan ordenado y limpio, parecido a un palacete a escala pequeña. El estado de la casa era una representación de la vida de quien la habitaba. Para él, todo encajaba en una armonía de orden, calma y felicidad. A diferencia de la suya, que era lo más parecido un a vertedero, el matrimonio había decorado el salón con muebles de diseño, óleos y estanterías con libros que el detective supuso que no habían leído. No importaba, se dijo, pues el fin justificaba el medio y habían convertido ese espacio en un hogar acogedor en el que vivir.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó ella, amable y frágil a la vez. Él negó con la cabeza, pues aún era pronto para sumergirse en un pelotazo.

—¿Dónde está el despacho?

—Ahí —dijo, señalando la puerta de una habitación que había junto a un dormitorio.

Después se dirigió a él, giró la manivela y se lo mostró.

Del interior salió un olor a colonia que desestabilizó a la mujer. Maldonado reconoció la fragancia e intuyó lo que podía evocar en ella. Sus sentimientos, en ese momento, eran un cúmulo de esperanza, miedos y contradicciones. Él se colocó junto a ella y le agradeció el detalle.

Comprobó que la oficina de Berlanga era pequeñita, pero suficiente para tener un escritorio, un ordenador y unos cuantos libros fetiche. Al igual que las prendas que vestía, como su característica gabardina de color crema, cada objeto de ese cuarto tenía una razón por la que estar ahí. Los años en el Cuerpo habían dado para mucho más que unas cuantas guardias nocturnas, un puñado de discusiones pazguatas, decenas de casos resueltos y

algunas conversaciones profundas sobre la vida. Cuanto más tiempo pasaba Maldonado con él, más aprendía sobre sus manías interiores. Con los años se dio cuenta de que sus secretos residían en los detalles más profundos. En el fondo, pensaba, era inevitable no conocer a una persona con la que se pasaba la mayor parte de las jornadas. Si bien es cierto que nunca se llega a conocer a alguien porque siempre está cambiando, existen ciertos matices que hacen a cualquiera predecible y que sacan a la superficie sus características únicas.

Se fijó en las estanterías, en el orden de los tomos y también en el escritorio y en cómo el teclado, la alfombrilla del ratón y el pie de la lámpara formaban una línea recta. Todo estaba tan ordenado que no había nada que llamara la atención. Desconocía si Berlanga tenía alguna clase de trastorno, pero lo cierto era que le gustaba el orden y la perfección. Primero se fijó en el único cajón que había bajo el escritorio. Tenía una cerradura y cuando intentó abrirlo, descubrió lo que esperaba. Estaba cerrado con llave, por lo que no podría hacer mucho más. Siguió con su rastreo en busca de notas o de algún tipo de señal que lo llevara a alguna parte. Debía fijarse en lo evidente a los ojos porque allí residía lo oculto. Junto al teclado encontró una agenda de piel, del tamaño de una cuartilla, cerrada con una goma que sujetaba la cubierta. Le sorprendió que estuviera a la vista y, por otro lado, sospechó que la había dejado ahí por alguna razón. La abrió con cuidado y pasó las páginas con detenimiento, fijándose en las fechas marcadas. En ella solamente encontró tareas personales: citas con los médicos, revisiones del coche, el concierto de su hija en el auditorio… Pasó los meses, acercándose a las últimas semanas previas al trágico suceso. Era su última baza.

De pronto, aumentaron las reuniones para comer. No indicaba el lugar, pero sí la hora y siempre era a las 13, un poco pronto para él. El inspector había dejado un registro de su actividad hasta el día anterior de la comida en El Buey.

Con el dedo sobre la fecha, encontró dos citas escritas a mano. La primera llevaba su nombre, tal y como habían acordado. La segunda hacía referencia a Segarra.

«¿Qué diablos?», se preguntó, al reconocer el apellido del comisario.

En ese momento, Clara lo sorprendió por el umbral de la puerta, con un vaso de agua entre las manos.

Él levantó la vista y se apartó del cuaderno.

—¡Oh! Disculpa, yo… —expresó, excusándose—. Estaba echando un vistazo.

—Te he traído agua. He pensado que tendrías sed.

—Gracias —dijo él y cerró la agenda. Después accedió a tomar el recipiente y lo bebió de un trago—. Estaba seco.

—¿Qué estabas comprobando?

—Nada y todo, a la vez.

—¿Y has encontrado algo de interés en esa agenda?

—¿Es su agenda personal?

—Sí.

—Pues me temo que Miguel no es tan descuidado como yo.

—¿Has encendido el ordenador?

Maldonado arqueó una ceja. Ella parecía interesada en conocer en qué andaba metido su marido.

—No, pero puedo hacerlo…

—Inténtalo —ordenó la mujer con intriga.

Entendió que deseaba que alguien asumiera la responsabilidad.

Maldonado le devolvió el vaso y se acercó a la torre. Pulsó el botón, encendió el monitor y esperó a que el sistema se iniciara. Tal y como había esperado, la pantalla de bienvenida requería un usuario y una clave de acceso.

—Era de esperar.

—Y no conoces la clave…

Él negó con la cabeza.

—Demasiada información para mí.

—Tenemos ordenadores separados.

—En ese caso, no hay nada más que pueda hacer.

—Espera, déjame probar.

Ella lo apartó con la mano y se acercó al teclado. Después tecleó con rapidez una contraseña compuesta de letras y números, sorprendiendo al detective. Cuando pulsó la tecla intro, la consola dio acceso al escritorio virtual.

—Vaya. Qué suerte…

—Llámalo instinto, más bien. Es la fecha de nuestro aniversario.

Pero él sabía que mentía y por eso prefirió no comentar nada

sobre aquello. Que Clara conociera la clave de acceso al ordenador personal de Berlanga y que fingiera que no era así, resultaba, cuando menos, de lo más escalofriante.

—¿Puedo? —preguntó él, para que le dejara tomar el control del ratón.

—Todo tuyo. —Se colocó detrás.

El escritorio virtual estaba igual de ordenado y de limpio que el físico. En él no había nada más que una carpeta llamada «Mis Documentos», el icono de un ordenador y el de un navegador que daba acceso a la Red. Los ordenadores no eran el fuerte del detective, pero sabía manejarse lo justo entre las carpetas. Marla se lo había enseñado todo.

Abrió «Mis Documentos» y apareció una segunda ventana. En ella, había otra carpeta amarilla llamada «Trabajo». Pulsó dos veces sobre su icono y accedió a un listado de carpetas y archivos con nombres extraños.

—¿Qué es todo eso?

—No tengo ni idea —respondió él, intentando leer más rápido que ella—. Me imagino que serán investigaciones de la comisaría.

Intuyó que Berlanga utilizaba nombres en clave, tan absurdos e irrelevantes como «Camaleón», «Troya» o «Colchoneros». Sin embargo, podía reconocer lo que estaba haciendo. Eran nombres de operaciones que llevaba a escondidas. La lista era larga y no tenía tiempo para revisarla de principio a fin. Bajó la rueda del ratón para leer el nombre de cada una de las carpetas, hasta que dio con un término que le resultó familiar: «Valdivia».

Valdivia no era una abreviatura, sino el nombre real de la última investigación en la que habían trabajado juntos, poco antes de su marcha del Cuerpo y de que mandara su carrera al carajo.

Por aquel entonces, Maldonado vivía entre dos infiernos, afectado por el alcohol, por el desamor y por una agresividad que le hacía perder el control. Así que recordaba el asunto vagamente a causa de la bebida.

El nombre del caso hacía referencia a la famosa operación Valquiria, el intento fallido para matar a Hitler y desmontar las SS. Era una broma conjunta entre él y el inspector, ya que se les ocurrió después de tomar un café en el bar que había en la calle de Valdivieso.

En su caso, iban tras la pista de una manada de violadores que actuaban en los parques como lobos solitarios, en principio, pero que demostraron más tarde que no era así. Cuando encontraron el cadáver de uno de ellos, tirado en Aravaca, cerca del parque de la Golondrina, después de estar desaparecido durante tres semanas, el resto del grupo dejó de actuar. Era el segundo presunto violador que encontraban en menos de un mes y en el mismo distrito, por lo que el caso había llegado a la comisaría Centro, debido a las demandas del inspector jefe de la brigada y ellos habían tomado la investigación.

Mientras la policía se encargaba de dar con los autores de los asesinatos, él y Berlanga continuaron buscando pruebas para meter al resto del grupo en la cárcel. Por desgracia, los testigos fallaron, las víctimas no quisieron declarar en contra de los agresores y los tres presuntos culpables quedaron en libertad.

—Manolo Sepúlveda, el niño de la navaja —musitó, revisando los documentos.

—¿Qué? —preguntó ella, confundida.

Sepúlveda era uno de los acusados que había quedado libre y sin cargos.

Una extraña impresión lo inundó como si aquello hubiera ocurrido unos días antes. Le sorprendió que Berlanga aún guardara los informes.

«Hay recuerdos que no se olvidan y otros de los que no queremos desprendernos».

Guiado por la intuición, hizo doble clic en él y se desplegó otra ventana.

En ella aparecían tres documentos de texto.

—¿Qué es, Javier? ¿Qué significa?

—No lo sé… pero vamos a descubrirlo.

Abrió el primero, que se llamaba «Lista» y apareció un candado.

«Demonios, Miguel. ¿Después de haber llegado hasta aquí? No me hagas esto ahora».

—¿No se puede abrir?

—Parece que tiene un código de seguridad.

—Probemos con la misma contraseña —sugirió ella, pero no funcionó.

Lo intentó con los otros y tuvo el mismo éxito.

El nombre de Valdivia resonaba en su cabeza, aunque no podía encontrar la conexión del pasado con el interés presente de su amigo.

«Maldita sea, si tan solo pudieras responderme a esto».

Empezaba a hablar solo, aunque fuera en silencio y se preguntó si Clara estaría haciendo lo mismo. El tiempo, cuando se estira de más, saca lo peor de cualquiera. Y él llevaba muchas horas sin dormir lo conveniente. Necesitaba un respiro, pensar con claridad y hacerlo sin la presencia de la mujer.

Se apartó del ordenador e irguió la espalda.

—Será mejor que me vaya. Necesitas descansar.

—No te preocupes por mí. Voy a regresar al hospital. No puedo quedarme aquí.

—¿Te llevo?

—Gracias, pero cogeré un taxi.

—Como desees —dijo y suspiró, no sin antes desviar los ojos hacia la agenda—. Clara, ¿te importaría prestármela?

Ella se quedó pensativa.

—¿Le molestaría a Miguel?

Él no entendió muy bien la intención de la pregunta.

—Supongo que no.

—En ese caso… devuélvela antes de que regrese.

El desgarro de sus palabras le provocó un mal cuerpo tremebundo. Sonaban como un fino hilo de esperanza en un océano de desolación.

—Por supuesto que lo haré —respondió, buscando la manera de culminar el encuentro y agarró el cuaderno—. Gracias, Clara.

Después abandonó el despacho y atravesó el pasillo escuchando el eco de sus pasos en medio de un silencio incómodo y hostil. Ella se quedó atrás, junto a la puerta, observando cómo se marchaba. No podía verla, pero sí sentirla allí, perdida en el abismo de su vivienda. A pesar de la perfección del hogar, el apartamento se sentía frío y vacío, inundado de una profunda desolación.

«En el fondo, a nadie le gustan las despedidas».

18

Su cabeza funcionaba a toda velocidad mientras conducía de vuelta a los bajos de la cuesta de San Vicente. Pensativo, se preguntó qué estaría buscando su excompañero, detrás de qué pista iría y por qué guardaría tanto hermetismo. La vida de Berlanga era frágil y pendía de un hilo, por mucha esperanza que los médicos le intentaran vender a la familia. Habían pasado veinticuatro horas desde el ataque y el inspector seguía dormido, aunque estable y sin ánimos aparentes de despertar. En casos como ese, Berlanga siempre había sido su confidente, la voz que le proporcionaba un ángulo distinto desde el que observar la escena del crimen. Pero siendo él la víctima, no había manera de hacerlo hablar. Regresó a su barrio y aparcó en su misma calle, estimando que quizá ese sería su día de suerte. Después entró en el apartamento, caminó hacia el dormitorio y guardó la agenda del inspector en el cajón de la ropa interior.

Por muchas vueltas que le diera, no lograba relacionar las intenciones de Berlanga removiendo el caso Valdivia. Lo cierto era que jamás hablaron sobre cómo terminó la investigación. A él nunca le interesó, debido a su estado emocional y Berlanga prefirió no abrir el baúl de los recuerdos.

Ahora, el asunto era agua pasada y uno de esos cabrones ya estaba metido en una caja de pino.

Cuando salió a la calle, echó un vistazo a la taberna de la esquina y prefirió tomar una caminata hacia el paseo de la Florida y alejarse de las rutinas habituales. Le gustaba andar por esa zona. Era como si, dos calles más abajo, su cara se volviera anónima entre la muchedumbre.

Una vez que pasó la entrada de la vieja Estación del Norte, ahora convertida en una estación de trenes moderna con un amplio centro comercial en su interior, circuló por el paseo, hacia el puente

de los franceses, para hacer una parada en Casa Mingo. Durante años, el mesón fue el refugio de los muchos asturianos que habían construido la estación de trenes que quedaba atrás y, pese a que mantenía la misma esencia de antaño, se había convertido en un local turístico y de encuentros dominicales para las familias, debido a la fama de sus pollos asados y platos de cocido. A Maldonado le traía buenos recuerdos visitar ese lugar.

Entró en el amplio local, alto, de madera, en el que se podían observar las vigas del techo y los barriles que ocupaban el fondo del comedor y tomó asiento en un rincón, a la espera que lo atendieran. Pidió pollo asado, como buen animal de costumbres que era, unas croquetas de jamón y un tercio de cerveza. La comanda no tardó en llegar y engulló ansioso, en soledad, sintiéndose extraño, mientras divagaba y saciaba el hambre con un dilema que lo atormentaba por dentro: salvar la vida de su amigo y arrodillarse ante Ledrado, o hacer las cosas a su manera y esperar a que obrara un milagro.

Lamentablemente, su fe no estaba pasando por un momento fértil. Los milagros solo sucedían cuando tenía el respaldo policial. El caso iba más allá que la situación privada de un tercero. Le afectaba a él y lo hacía con todas las consecuencias.

Terminó la comida y pidió la cuenta. Cuando estaba con la panza llena y la cabeza abotargada por los pensamientos, el teléfono vibró en el abrigo. La dulce mirada de la secretaria apareció en su cabeza. Llevaba demasiadas horas fuera, por lo que Marla se preguntaría dónde estaría. Resopló al imaginar la situación. No tenía el espíritu listo para más trabajo. Después cayó en la cuenta de que esto último era poco probable.

Cuando sacó el aparato, comprobó la pantalla y leyó un número que le era desconocido.

—¿Sí? —descolgó, caminando hacia el paseo del Manzanares.

—Señor Maldonado…

Reconoció la voz al instante y sintió un ligero nudo en la boca del estómago. Se había olvidado por completo de ella.

—Señora…

—Rodríguez.

—Perdón —rectificó y se quedó extrañado—. ¿Cómo demonios ha conseguido mi número?

—Me lo ha facilitado su secretaria.

—Ya veo…

—Tras mucho insistir y viendo que usted sería incapaz de acudir a su puesto de trabajo, le rogué que me lo diera.

Maldonado resolló. No tenía nada para dar a esa mujer.

—Y no podía esperar unas horas.

—No.

—Supongo que se trata de una emergencia.

—Lo es. Mi socio y yo hemos discutido.

—No es la única con quien ha tenido un roce.

—¿Tiene lo que le pedí?

—Pero necesito más.

—Reunámonos.

—¿Ahora?

—No, ahora no —dijo, con un halo de misterio—. ¿Qué le parece a las 20 horas, en el Dry Martini del Hotel Meliá?

—¿El hotel de la plaza de Colón?

—Sí.

Aunque no era santo de su devoción por la estirada clientela que acudía por allí, consideró que no le vendría mal un buen trago. No era precisamente el lugar más discreto para reunirse, pero dio por hecho que la cliente se haría cargo de las bebidas.

—Entiendo que no tengo opción.

—Me gustaría mostrarle algo. Quizá esto le haga cambiar de parecer. —Detesto las sorpresas.

—Le veré más tarde, detective —respondió y colgó, dejándolo con la miel en los labios.

—Adiós, señora…

La situación se complicaba para Maldonado. Le hubiese gustado saber a qué se refería con aquello, pero debía asegurarse de que el trato seguía en pie.

De lo contrario, los problemas económicos regresarían a su vida.

O, mejor dicho, nunca se irían de ella.

19

La noche se encendía bajo un cielo oscuro y cerrado. El ambiente festivo del viernes se palpaba en las calles, que bullían de vivacidad por todas partes, en cada rincón, en cada bar. Maldonado estaba cansado, pero debía hacer un esfuerzo por mantener el temple y acudir a su cita.

Después de todo, era la única cliente que le quedaba.

Tras una breve llamada con Marla, esta le confesó que la señora había insistido en contactar con él, hasta llegar al extremo de poner en entredicho su pacto.

«Y parecía una mosquita muerta», juzgó para sus adentros, cuando la secretaria le detalló la manera en la que le había hablado.

La situación le resultó graciosa, pues sabía que todas las personas que fingían ser algo, en el fondo, eran lo contrario. La señora Rodríguez no iba a ser menos, detrás de esa fachada de no haber roto un plato y de haber seguido el decálogo de los buenos modales. A nadie le gustaba que le tocaran su dinero y la gente acomodada no era la excepción a la regla. Perfiló el carácter de la mujer para seducirla por su lado más sensible. Se figuró que sería probable que Claudia Rodríguez estuviera acostumbrada a que todo el mundo le diera la razón. Puede que fuese un síntoma que había heredado de cuna, o de algún trauma del pasado.

En cualquiera de los casos, él no estaba dispuesto a pasar por su aro.

Atravesó la ciudad en coche, bajo las luces del alumbrado y la mirada atenta de los edificios públicos. Por la salida de metro de Princesa salían hordas de jóvenes dispuestos a quemar la noche. Todo eran sonrisas a su alrededor y se preocupó al figurarse lo insignificante que era la vida de una persona en este mundo, cuando el resto podía vivir la suya sin importarle lo demás.

Cruzó la calle de Alberto Aguilera, sorteando el embotellamiento

y a los taxis enfurecidos que se abrían paso a golpe de claxon. Conducir por Madrid era lo más cercano a manejar por el infierno. Un caos de conductores amohinados, de despistados sin rumbo, de salvajes enloquecidos y de trabajadores con ganas de abrazar la almohada de la cama. Una amalgama de rostros hastiados, chulos, envejecidos y hartos de todo. Pero, sin aquel atrezo, sin la mala baba que le provocaba, la urbe se convertía en una más, sin identidad, sin gracia, sin anécdotas y sin un motivo por el que seguir en ella.

Avistó lo alto del hotel cuando llegó a la plaza de Colón, capitaneada por la escultura de piedra que había en lo alto y rodeada de vehículos que giraban alrededor de la glorieta y dio vueltas hasta que logró dejar el vehículo en un aparcamiento.

Llegaba tarde, pero no le importaba.

«Lo bueno siempre se hace esperar».

Su aparición no dejó indiferentes a los botones que custodiaban el acceso al hotel. El Meliá Fénix no era el Ritz, pero sí entraba en la categoría de un cinco estrellas, ubicado en una de las zonas más ricas de la ciudad y en el que se hospedaban numerosas celebridades internacionales.

Cuando alcanzó la entrada, el botones lo miró con recelo antes de abrirle la puerta.

Maldonado plegó el entrecejo y expresó el desagrado.

«Ya veo… Perro no come perro».

En ese momento, una mujer, procedente del interior, interrumpió el choque.

—Detective… —murmuró la suave voz de Claudia Rodríguez, al otro lado de la puerta.

El botones bufó.

Y él casi se queda sin palabras.

No la reconocía.

Su cliente se había transformado en un colorido cisne, lleno de maquillaje perfectamente puesto. Su larga melena oscura, antes ondulada y cuidada por un cepillo, ahora brillaba como la luna sobre el mar.

No le sorprendió el cambio. Sabía cuándo una persona podía sacar la mejor versión de sí misma, pero de ningún modo imaginó que aquella mujer recatada que se había plantado en el despacho,

una señora de falda larga y con voz inocente, fuera capaz de atreverse con un vestido negro que se ajustaba a cada una de las curvas de su cuerpo.

A modo de capa y por encima de los hombros, llevaba un abrigo de piel que la protegía de las miradas ajenas y la dotaba de un halo de intriga que la tornaba más cautivadora.

Entró, pasó al vestíbulo y se acercó a ella.

—Llega tarde —expresó la mujer su descontento.

—Y usted está espléndida —comentó, provocando el rubor—. Apuesto que esta noche tiene una cita importante y no es conmigo.

Fría e indiferente, siguió su paso. Después señaló al interior.

—¿Le importa si hablamos dentro?

—Por supuesto —afirmó, agachando la cabeza y señalando el camino con la mano—. Usted primero. Yo la sigo.

La mujer echó a caminar delante de él.

Entonces aprovechó para girarse y mirar de nuevo al botones, que lo observaba desde fuera con un cigarrillo entre los dedos.

«Perro no come perro… pero algunos sí que cenamos caviar».

Le guiñó un ojo, sonrió y siguió los pasos de su cliente.

20

El otro lado del vestíbulo daba lugar a un enorme salón de sofás Chesterfield, sillones de piel, mesas redondas, tapices y lámparas de araña. Con un vistazo, se dio cuenta de lo distinguida que era la clientela. Algunos de los presentes se movían con comodidad por el salón, como si fueran habituales. Otros tenían el aire de huéspedes forasteros que esperaban un taxi o que consumían las horas en el bar del hotel. El Dry Martini era una conocida coctelería y se encontraba a un lado del salón. Siguió los pasos de la cliente, que se movía sugerente hacia la barra. Claudia Rodríguez se apoyó en el mostrador de madera y el detective imitó sus movimientos.

—¿Qué va a tomar? —preguntó, educada.

Él comprobó la hora, dio un vistazo a la galería de botellas que había sobre los estantes y se cuestionó si era buena hora para empezar con algo fuerte.

—Un irlandés con hielo —indicó, sin excederse. El whisky le entraba bien y tampoco quería salir de la rutina.

—Para mí, un Martini seco —ordenó y observó la cara del detective—. ¿Sorprendido?

—No. Es la expresión que tengo siempre —contestó mientras miraba de reojo al barman que preparaba las bebidas—. No quiero parecer descortés, señora Rodríguez.

—Entonces, no lo sea.

—Pero soy un hombre leal al trabajo.

—¿Perdone?

Él arqueó las cejas.

—Parece que pretenda impresionarme, trayéndome aquí…

—¿Coquetea conmigo?

—Es solo cuestión de tiempo.

—Me sorprende la confianza que tiene en usted… —comentó con saña—. Como ya le he dicho, tengo una cita más tarde.

—Ajá. Era eso.

—¿Le molesta?

—Al contrario, me encanta —le respondió con sorna. Las bebidas llegaron y él cogió la suya para alzarla—. No soporto a la gente que anda con rodeos… Salud.

Dio un pequeño sorbo y notó el whisky quemándole la garganta. Sabía que, en unos minutos, se sentiría mejor y ella también. Para él, el alcohol era un desengrasante conversacional que ayudaba a llegar a lo más profundo de las personas.

Cuando la miró a los ojos, percibió un brillo extraño en ellos, una cortina de temor que ocultaba tras el brillo que la rodeaba.

—Supongo que tiene algo para mí —comentó ella, apoyando la fina copa ancha sobre la barra para ir directa al grano—. Le escucho.

—Le dije que necesitaba tiempo. Sigo necesitándolo.

—No es lo que esperaba escuchar —comentó con una ligera sonrisa nerviosa—. Pero ya no importa.

—¿Se encuentra bien, Claudia?

Ella dio un largo y sonoro trago y sonrió, esta vez, con más entusiasmo.

Él percibió que algo la perturbaba y que, sin embargo, su compañía la hacía sentir segura.

—Estoy perfectamente.

—Todo esto es una farsa, ¿verdad? —preguntó y notó cómo sus ojos se movían por el salón—. Ha acudido a mí por otra razón.

Al ver que no reaccionaba, la tocó por el antebrazo y ella se apartó de inmediato.

—Sé que necesita mi ayuda. Dígame qué es lo que ocurre…

—Ya le he dicho que estoy bien.

Lo más sorprendente para él era la frialdad con la que Claudia Rodríguez respondía a las preguntas. No podía juzgarla, pues cada persona tenía sus motivos para contratar sus servicios, pero no había sido honesta con él y la mentira era una de las pocas cosas que no aceptaba.

Ella sonrió, estirando los labios y bajó la mirada hacia el pequeño bolso. Maldonado se fijó en su boca, sugerente, seductora y nada que ver con la imagen que había proyectado en la oficina. Se preguntó si habría más mentiras y si en realidad era una

alborotadora jugando a los bailes de máscaras. Después puso atención en el discreto bolso, que tendría un valor de miles de euros en las tiendas y aventuró lo que estaba a punto de suceder. Los finos dedos de la mujer sacaron un sobre del interior. Era un envoltorio grueso, macizo, con una sorpresa que le haría olvidar todo lo anterior. Ella lo puso sobre la mesa, sin desviar los ojos de los suyos y él no vaciló al tomarlo y guardarlo en el interior del Barbour.

—Con esto, olvidamos lo ocurrido.

—Vaya. Esto sí que no lo esperaba. ¿A qué se debe el cambio?

—Supongo que está todo solucionado.

—¿Sabe? —preguntó, mirándola fijamente—. No la he creído ni un segundo desde que la vi.

—No sabe nada sobre mí —contestó con voz dolida—. Coja el dinero y olvídese del asunto.

—¿Cuál de ellos? —preguntó, arqueando una ceja y acercándose a ella—. Quizá quiera contarme algo que no sé…

—Es complicado.

—La vida lo es y aquí seguimos.

—No insista, de verdad que no quiere saberlo.

—Es un poco tarde, querida… ¿Así que esta era la sorpresa?

—Debo marcharme, me esperan. Que tenga suerte en la vida.

—Un momento.

—Es hora de irme.

—¿Ya hemos terminado?

Ella miró a ambos lados, desconcertada.

—Sí.

—No es manera de despedirse de un hombre…

—Coja el dinero, cómprele una nueva cámara a su secretaria y siga con su vida.

—¡Claudia! —dijo él, insistente, agarrándola del brazo. Ella se soltó, antes de llamar la atención. En el fondo, había algo de ella que lo atraía. Las mujeres complicadas eran su debilidad. Tenían vidas tan dispares que le provocaba un interés profundo por descubrir qué había tras la fachada. Ella lo era y él lo sabía. Ocultaba una verdad y él quería descubrirla—. ¿Cómo sabe lo de la cámara?

—Déjeme, se lo ruego… Si no llego puntual, perderé la oportunidad de mi vida.

—Tal vez la esté perdiendo al no quedarse.

Ella sonrió con tristeza.

—En serio, no insista, Maldonado.

—Tengo el coche cerca. La llevaré a donde me diga.

Se alejó unos pasos y se quedó mirándole.

Ella no contestó y asintió con la cabeza. Después le dio la espalda y se perdió por la salida que separaba el vestíbulo del salón.

21

Apuró el trago en la barra de la coctelería del hotel, sorprendido por la extraña respuesta que esa mujer le había dado. Como un conductor temerario, cambió de marcha, revolucionó el motor y zigzagueó por los carriles, ganándose los bocinazos de los otros que lo acompañaban en la travesía. Despistó al coche negro unos segundos, pero este se abrió paso, siguiendo su estela. Estaba metido en un problema.

¿Cómo lo sabía, se lo habría contado Marla?, se cuestionó, palpando el sobre en el interior del abrigo.

Esperaba algo más de esa mujer. Una mueca, un signo de lo que pudo ser y no sería. No entendía nada, pero lo cierto era que había cobrado y eso era lo que más le importaba.

Se fijó en la pared de espejo que había tras las botellas y observó a la gente que ocupaba los sillones del salón del hotel. Todos parecían felices. Todos, menos él, pero sabía que no era más que una falsa fotografía que veía a través de sus ojos.

«Nadie lo es… Tarde o temprano, llega la mañana en la que todos tememos enfrentarnos a la persona que hay al otro lado del espejo», se dijo, saboreando las últimas gotas del vaso.

Con los años, había dejado de creer en muchas cosas, pero jamás había renunciado a sí mismo.

Abandonó la barra del Dry Martini y marchó hacia la salida. En cuanto cruzó la puerta principal, la agradable temperatura del interior del hotel dio paso a una fría y oscura tarde. El auténtico frío mesetario llegaría en unas semanas y la ciudad se volvería gris y gélida. Para muchos, el invierno en Madrid era bello cuando encendían las luces de Navidad, aunque el detective detestaba todo lo que estuviera relacionado con los regalos y las reuniones familiares.

Encendió un *light* en cuanto pisó la acera y miró hacia ambos

lados, intentando recordar dónde había dejado su coche. Comprobó la hora y vio que era tarde, cayendo en la cuenta de que Marla ya no estaría en la oficina. Caminó cuesta abajo dando varias caladas hasta que alcanzó el paseo de la Castellana, lleno de transeúntes a esa hora, y se dirigió hacia Colón. No podía quitarse de la cabeza las últimas palabras de esa mujer, si es que significaban algo. Pensó que estaba rizando el rizo más de la cuenta. Llamó a Marla para asegurarse de que había sido ella, pero esta no descolgaba. Llegó al aparcamiento, pagó el tique de estacionamiento y subió al coche. El interior estaba helado y la calefacción tardaba en responder. Se frotó las manos, arrancó el motor y salió de allí para regresar a su distrito. Decidió evitar el recorrido que atravesaba Génova y así no caer en el atasco de esas horas. Condujo hacia Atocha, dejando atrás el Banco de España, el esplendor del paseo del Prado y a los turistas. A la altura de Atocha, salió por Delicias, notando cómo el flujo de automóviles bajaba y se dejó caer en dirección Madrid Río. De repente, notó un ligero movimiento de otro utilitario a escasos metros de él. Se había fijado antes en él, a la altura del Prado, pero no le dio ninguna importancia.

«Hasta un reloj roto da la hora dos veces».

Había sido policía demasiados años como para no reconocer cuándo alguien seguía a otra persona. Se fijó en el modelo, un Sköda negro, parecido al de los Uber. No logró ver el rostro del conductor, aunque intuyó que era un varón. Mosqueado, jugó a cambiar de carril para desorientarlo. En un primer giro, notó cómo el conductor reculaba y se mantenía en su sitio. Poco después, salió de dudas cuando este se movió para incorporarse al mismo que él. El tercer intento fue demoledor para cerciorarse de que las casualidades y los cuentos de hadas únicamente existen en la imaginación de los niños.

«¿Qué demonios?»

Primero cruzó un túnel y apareció al otro lado del río, apurando un semáforo que cruzaba con el puente de Segovia. Después giró a la izquierda, provocando que las pastillas de freno chirriaran y se incorporó a la entrada al túnel de la M-30, que lo llevaba directo a su barrio.

Maldonado frenó en seco, sintiendo cómo su cuerpo impactaba contra el rígido volante, libre de protección. La peligrosa curva

subterránea lo sorprendió cuando un vehículo casi lo arroya por no respetar el ceda el paso que había en su carril. Un susto que lo dejó sin aliento. Continuó por la cuesta y dio varias vueltas hasta que salió del cinturón subterráneo y condujo directo a la parte trasera de la Rosaleda. Allí ganaría el tiempo suficiente para despistar al otro vehículo. A esas horas, la cuesta que llevaba al paseo de Camoens era una exhibición de mujeres que hacían la noche en la más profunda y helada soledad.

Aparcó, bajó del coche, caminó entre las sombras y avistó el vehículo a la altura del paseo del Rey. Por desgracia, no logró identificar al conductor, ni anotar la matrícula a causa del desasosiego.

Esa noche, plantado junto a una loma de hierba, sintió un macabro escalofrío al recrear qué habría pasado si le hubiera dado el alto a ese coche.

Tal vez, su final no hubiese sido muy diferente a lo que le pasó a Berlanga.

22

A falta de unos minutos para alcanzar la medianoche, Maldonado apagaba la enésima colilla en un cenicero de cristal atiborrado de cigarrillos torcidos. Después roció un chorro de segoviano sobre los hielos casi desechos que llenaban el vaso redondo de vidrio. Con la camisa desabotonada, una camiseta interior de tirantes y los pies sobre la mesa, distraía las últimas horas de una larga jornada de trabajo. Necesitaba un respiro, dejar las ideas a un lado, aunque ningún pasatiempo era suficiente para olvidar lo que había encontrado en la agenda de su excompañero.

Desvió la atención a la televisión, con el fin de apaciguar las ideas y que estas reposaran en la mente, mientras brotaban otras nuevas. Era su modo de operar y siempre le había ido bien así. Miró a la pantalla y subió el volumen del aparato. Le gustaba ver películas de policías y asesinos. En cierto modo, las cintas americanas le ayudaban a recrearse en sus tiempos pasados, en lo que nunca fue, en lo que ahora moldeaba a su antojo para guardar un vestigio que mereciera la pena. Madrid poco tenía que ver con las calles de Nueva York y su trabajo nunca había guardado el glamur de los investigadores privados con gabardina que corrían las calles de Brooklyn en busca de los maleantes. En parte, era mejor así, se decía entre risas, medio beodo, dándole sorbos al fuerte brebaje. No añoraba su vida anterior, sino a su amigo. Cuando lo expulsaron del Cuerpo, se alegró de no volver a verle la cara al fiscal de turno, que solía pertenecer a un gremio de listos sin fin, ni tampoco al comisario, ni a los de la Científica. Su manera de hacer las cosas nunca encajó con los procedimientos que había que llevar a cabo.

«El fin no justifica los medios, inspector», le reprendía el comisario, cada vez que resolvía un caso, como si fuera la última vez que iba a hacer la vista gorda. En el fondo, sabía que lo hacía

cuando le interesaba, ya que Berlanga era el ángel de la guarda que no había pedido tener.

Siguió disfrutando la película, sorprendido por lo bien que se llevaban todos con todos en las dependencias, por cómo esas parejas de polis se parecían tanto a Berlanga y a él juntos, excepto cuando comían hamburguesas y resolvían los casos entre perritos calientes o puestos de comida china. A él no le hubiese importado resolverlos en las mesas del Óskar de Santo Domingo, pero Berlanga era un sibarita.

Cuando estaba fantaseando con su imaginación, a la vez que perdía el hilo de la película, el timbre del teléfono fijo lo sacó del trance en el que se encontraba. El timbrazo lo puso en alerta.

Apoyó el vaso en la mesa y se levantó para descolgar.

—¿Sí?

—Javier, soy Clara.

Pasmado, se preguntó si estaría más borracho de lo que imaginaba. Comprobó la botella, pero solamente llevaba un par de tragos en el organismo.

—Clara, ¿qué sucede?

—Es sobre Miguel. Lo han trasladado a planta.

La noticia le alegró. Era lo más parecido a un milagro.

—¿Aceptan visitas?

—Hoy, no —dijo la esposa—. Pero puedes venir mañana.

—¿Está despierto?

Notó cómo la pregunta la desestabilizó emocionalmente.

—No.

—Pero lo estará, Clara. Dale tiempo.

—Sí…

—¿Qué dicen los médicos?

—De momento, que se mantiene estable.

—Te dije que Miguel es duro de roer.

—Buenas noches, Javier.

—Gracias por llamar, Clara. Iré a primera hora.

—Perfecto.

—Una última cosa…

—¿Sí?

—No avises a nadie. Ni siquiera a la comisaría.

—No te entiendo.

—Confía en mí… y descansa.

Colgó y sintió una ligera preocupación que lo atravesó por dentro.

No era conveniente que la mejora de Berlanga se aireara. Algo le decía que no estaba a salvo. Si habían intentado asesinarle, era porque conocía algo que no podía largarse. El mayor peligro que existía era que el inspector despertara y volviera a hablar. De tener la razón, el detective comprendió que la amenaza no había hecho más que florecer. Debía apurarse y encontrar a la persona que estaba detrás de su intento de asesinato. De lo contrario, esta vez no habría más errores.

23

Sábado.
Día 2.

La Taberna del Príncipe abría sus puertas a las ocho de la mañana. El trasiego laboral desaparecía y los primeros clientes eran aquellos que paraban para almorzar, oliendo a alcohol y nicotina tras una larga noche o quienes madrugaban para sacarle tajada al día. Maldonado, que se sentía como un funambulista caminando por el ecuador que separaba los dos mundos, decidió romper el ayuno antes de visitar el hospital. El local aún estaba tranquilo y las camareras, con las habituales ojeras a causa del cansancio, respiraban calma, que ya era un decir.

—¿Me enciendes la máquina? Y ponme un café solo bien cargado, por favor —pidió, tras saludar al entrar, para que le activaran la máquina expendedora de tabaco. Después introdujo unas monedas y pulsó el botón de sus cigarrillos preferidos.

Antes de que cayera el paquete, las noticias de la televisión le hicieron desviar la atención. El informativo matinal abría el sábado con otro cuerpo sin vida encontrado en el polígono de Alcobendas, a las afueras de Madrid. Recogió la cajetilla de tabaco y se acercó a la barra con la mirada fija en la pantalla. Las imágenes capturadas por las cámaras de televisión mostraban el lugar donde la Policía había retirado el cadáver. La periodista no daba demasiada información, pero todo apuntaba a que había sido un ajuste de cuentas entre bandas criminales. Maldonado no se creía nada de lo que decían los medios. Ya no. Estaba seguro de que la Policía habría pasado el soplo para evitar que las moscas merodearan por allí. No era habitual que aparecieran dos muertos de manera tan continuada y con un modo de operar parecido. Madrid podía ser muchas cosas, pero no todos los días sucedía lo mismo. Acompañó el café con un

pincho de tortilla, con el fin de matar el hambre hasta que llegara el mediodía y siguió escuchando el noticiario, que se convertía en un ruido de fondo, vacuo y sin interés.

—¿Hoy trabajas, Maldonado? —preguntó la camarera, con ese acento latino que le parecía tan seductor.

—El mal nunca descansa, Sol —dijo y puso un billete de diez sobre la mesa—. Cóbrate y lo que sobre, para vosotras.

—Eres un encanto.

—Solo cuando madrugo.

—Deja que te invite a un chupito.

—Ni hablar. Estoy de servicio.

Ella sonrió y él se despidió hasta más tarde. Luego salió del bar, encendió un *light*, caminó hasta la cuesta en la que había dejado el coche la noche anterior y se dirigió al hospital.

El sol iluminaba el cielo contaminado de Madrid cuando llegó al Hospital de la Paz. Buscó la planta que Clara le había indicado y recorrió un pasillo silencioso y sombrío, lleno de tristeza y de desesperación. Por el rabillo del ojo podía ver a los pacientes críticos que ocupaban las habitaciones, a los familiares que los acompañaban, en busca de un milagro, de un minuto más en el plano terrenal. Maldonado había visto de todo en su vida, pero nunca se acostumbraba a las desgracias. Caminar por allí era como hacerlo por un corredor frío y desangelado, en el que la vida y la muerte se batían a duelo de manera constante.

Llegó la habitación de Berlanga y accionó el pomo de la puerta. Allí encontró a Clara, sentada en un sofá, y a su amigo, conectado a una máquina y a un montón de tubos y cables que lo mantenían vivo. Lo primero que le vino a la cabeza fue si aquel esfuerzo por encontrar un culpable merecería la pena.

Los ojos de Clara se iluminaron al verlo entrar y él sospechó que era la única visita en muchas horas.

—Solo un visitante por paciente —comentó la voz de una enfermera entrometida cuando el detective puso un pie en el interior.

Maldonado se giró y la encontró a sus espaldas. Era menuda, rozaría los cincuenta y no parecía haber pegado ojo esa noche.

—¿Sabe que este hombre es policía?

—Ya me ha oído. Una persona.

—Está entorpeciendo una investigación.

Ella entornó los ojos. Esa mujer parecía estar curtida en mil batallas.

—¿Usted quién es?

—Su mejor amigo.

—¿Es policía? No tiene la pinta.

—Ha visto pocos.

—Suficientes.

—Dice la verdad —comentó Clara, echándole un capote—. Estará un momento y se marchará.

La enfermera dio un respingo y se sorbió la nariz.

—Lo siento, pero no puedo hacer excepciones.

—No le pido que las haga —espetó el detective, esta vez mirándola con misericordia—. Por favor…

—Volveré en un minuto y le pediré que se marche.

Maldonado entró y cerró la puerta con cuidado. Berlanga descansaba con los ojos cerrados, cubierto con una manta hasta el pecho y ayudado por un tubo que le asistía la respiración. Dio un vistazo y se dio cuenta de lo absurdo de aquella postal: mientras allí dentro se abría el infierno, hacía un día maravilloso al otro lado de la ventana.

—¿Cómo está?

—Estable.

Arqueó una ceja y comprobó que no se movía.

—¿Cuándo abrirá los ojos?

Ella negó con la cabeza.

—No lo quieren decir, pero es obvio que pronto lo inducirán a un coma.

—Mal asunto.

—¿Has descansado? —preguntó la esposa del compañero, fingiendo que estaba bien.

—Menos que él —dijo y notó que no era el momento más oportuno para bromear. Tenía poco tiempo y mucho que averiguar, así que fue directo al grano—. Escucha, Clara. Esta vez, necesito que me cuentes la verdad.

—Ya lo hice —dijo y miró a su esposo.

—Es sobre la agenda —comentó y no evitó mirar al compañero,

como si estuviera allí presente, mudo, viéndolo todo. ¿Acaso no era así?, se preguntó—. Lo siento, tenía que husmear entre tus cosas, ¿vale?

—Javier…

Él se frotó los ojos. No sabía cómo comportarse.

—En fin, es igual… Encontré varias citas en las últimas semanas —dijo y ella se encogió de hombros—. También he visto que se iba a reunir con el comisario. ¿Notaste algo raro en las últimas semanas? ¿Algún cambio de rutina?

Ella negó con la cabeza.

—¿Te llevó a cenar a algún restaurante nuevo?

—No.

—¿Te suena algo el nombre de Fetén?

—No sé, Javier. No lo recuerdo.

—Haz memoria, por favor —comentó y suspiró—. Ayer me acosaron… Tengo muchos enemigos en esta ciudad, pero ninguno se toma la molestia de seguirme en coche…

De pronto, los dos notaron un ligero movimiento en la cama. Él ladeó el rostro y fijó la mirada en el compañero. Berlanga se había movido. ¿Qué carajo significaba eso?

Quiso saber si realmente escuchaba.

Lo que para él fue un atisbo, para ella se convirtió en una razón de esperanza. De repente, su frágil cuerpo se estremeció y se arrodilló ante la cama para sujetarle la mano.

—Cariño, Miguel, ¿nos oyes?

El detective se puso en alerta. Pronto aparecería esa señora con carácter agriado. Si era cierto que el inspector estaba al otro lado, atrapado en alguna parte y podía escucharle, debía intentarlo.

—Miguel… ¿Estás ahí?

Esperaron unos segundos y, de nuevo, el dedo índice se movió. Era como si todas sus fuerzas se concentraran para agitar la falange.

La mirada de Clara se volcó en el detective. Berlanga seguía vivo y no estaba dispuesto a marcharse.

—Tiene que irse —dijo la mujer, abriendo la puerta sin avisar.

—Ni siquiera me ha dado tiempo a despedirme.

—No me obligue a echarlo.

—Descuide, no le daré esa satisfacción.

—Se ha movido, mi marido…

La mujer dio un vistazo al cuarto y se abrió paso entre los dos.

—El paciente necesita descansar —argumentó y la invitó también a marcharse—. Debería volver a su casa, traer algo de ropa y darse un baño caliente.

—Pero se ha movido… Lo hemos visto, ¿verdad, Javier?

Él no dijo nada.

—Las reacciones nerviosas aleatorias son habituales en los pacientes que sufren un estado como el suyo —explicó la enfermera, acompañándolos al pasillo—. Siento decepcionarla, pero el médico se lo explicará mejor que yo.

Las dos mujeres echaron a andar afuera, cuando la enfermera se dirigió al detective, esperando que las siguiera.

—Tan solo un segundo.

La mujer resopló.

—Lo esperaré fuera.

Él asintió, agradecido y se acercó a los pies de la cama de su amigo. Berlanga no se movía, respiraba a través de la máquina y tenía la postura de un faraón antes de meterlo en un sarcófago.

Se quedó en silencio, incapaz de espetar palabra.

Sintió el peso de la vida igual de ligero que el de una pluma.

«Es curioso cómo intentando alejarme del problema… me has arrastrado hacia él. Encontraré a quien te ha dejado así, aunque sea lo último que haga».

Abandonaron el edificio, compraron dos cafés para llevar en una de las cafeterías que había en los bajos del hospital y Maldonado aprovechó para encenderse un *light* al aire libre.

—Dime que has visto lo mismo que yo, Javier. Dime que no estoy perdiendo la cabeza.

Él fumaba, intranquilo. No quería darle demasiadas esperanzas a lo ocurrido, ya que él también dependía de ellas.

—No soy médico, Clara. No me pagan por hacer diagnósticos. De hecho, casi no me pagan, en general…

—Déjate de bromas, por favor.

«Sé que necesitas aferrarte a algo. Todos lo necesitamos».

—He visto lo mismo que tú. Dos veces… pero no puedo darte una respuesta.

—Miguel nos estaba escuchando.

Él la miró fijamente. El brillo del sol se consumía en sus ojos hundidos.

—Quédate a su lado. No permitas que deje de hacerlo.

—No lo haré.

—Mientras tanto, yo me encargaré del resto.

24

Ledrado podía ser muchas cosas como inspector, pero no un despistado, ni un impostor. Nunca faltaba al trabajo ni buscaba la manera de hacer cambios en los turnos de fin de semana. No importaba que fuera sábado. Maldonado sabía que lo encontraría trabajando en la comisaría. A diferencia de él, había sido un buen discípulo de Berlanga, razón de peso por la que no dudaron en asignarle su puesto cuando los de Asuntos Internos lo invitaron a marcharse. Pero, a su parecer, lo que no sabía Ledrado era que los ascensos que importaban, no se los daban al más madrugador ni al que más oficina tragaba.

Regresó al centro, dejó el coche cerca de casa y caminó hasta la comisaría de la calle de Leganitos. Con el paso del tiempo, se había vuelto capaz de soportar el dolor, como quien camina con un chinarro en el zapato, consciente de que está ahí dentro, rozándole el pie con cada paso hasta hacerle daño, pero capaz de ignorarlo un paso más, sabiendo que la molestia llegará a su fin en algún momento.

Los sábados eran días fáciles, hasta que alguien aparecía y lo complicaba todo. Si no era por el fútbol, siempre se celebraba alguna manifestación y si era un festivo en el que la ciudad se quedaba desierta, nunca escaseaban los necesitados de atención, provocando algún disturbio en la vía pública.

Nadie notó su presencia al llegar, a excepción del agente que custodiaba la garita principal.

—Vengo a ver al inspector Ledrado —dijo, quisquilloso, sin mostrar demasiado interés.

—¿Su nombre?

—Javier Maldonado —respondió con altivez.

El agente, que era bastante más joven que él, le solicitó el documento de identidad.

—Vaya…

—¿Algún problema?

—Ninguno, agente, ninguno… —murmuró y echó mano a la billetera, cuando una silueta apareció por las escaleras que llevaban a la planta superior.

—¿Maldonado? —preguntó la voz del inspector. Él alzó la mirada y lo encontró vestido de uniforme, atlético, bien peinado e impoluto, sin rayas ni arrugas en la ropa.

Guardó la documentación, antes de que llegara a las manos del agente que lo había atendido y se giró hacia el inspector.

—Ledrado… —mencionó y después vio a su cachorro, en el pasillo—, y Del Hierro.

—¿Renovando el DNI, Maldonado? —preguntó el segundo.

—Qué gracioso… ¿También cobras por los chistes? —preguntó con desprecio y se dirigió al alto mando—. Quería hablar contigo. ¿Tienes un minuto?

El inspector arqueó las cejas y asintió.

—Sube.

Recorrieron las escaleras que llevaban a su despacho.

Maldonado tomó asiento y dio un vistazo a la habitación.

—Lo tienes muy limpio —comentó y cogió un cubo de Rubik que había sobre el escritorio—. Se nota que pasas poco tiempo aquí.

Se puso a jugar con él, moviéndolo de manera aleatoria, notando cómo sacaba de quicio a su excompañero.

—¿Qué es lo que quieres contarme? —preguntó y le arrebató el cubo de colores para devolverlo a su sitio—. No tengo todo el día.

—Es sobre Berlanga.

—Estupendo. Porque hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—¡Oh! Dispara… Soy todo oídos.

—No. Háblame de eso tan importante.

—Entiendo que llevas su caso.

—Tú entiendes lo que quieres.

—Ahora me dirás que figuro como sospechoso… —dijo y se rio. Lo suyo no era el humor, pensó y apoyó las manos sobre el sillón—. ¿Pruebas?

—Habla, Maldonado.

—Está bien, está bien… —dijo y respiró hondo—. Mira, no quiero meterme en tu trabajo, ya me entiendes…

—Entonces, no lo hagas.

—Pero, el otro día, no te lo conté todo.

Ledrado cruzó los brazos.

—¿Quieres cambiar la declaración?

—Al carajo —espetó y se acercó para hablarle de cerca—. Quiero que me escuches. ¿Tanto pido?

El inspector hizo un gesto con el índice, recordándole dónde estaba sentado.

—Soy yo quien da las órdenes y el inspector Berlanga no está aquí en estos momentos para hacer de canguro —matizó, aguantando la bilis, exprimiendo sus modales de colegio de pago—. Cuéntame eso de lo que quieres hablar.

—¿Por dónde empezar?

—Por el principio.

—Ya veo, ya… —dijo y chasqueó la lengua—. Durante la comida del otro día, Berlanga me hizo un encargo. Nada serio, al parecer.

—Uno de tus encargos…

—No me juzgues, me gano la vida como puedo, pero ese no es trascendente ahora… La cuestión es que él parecía preocupado por una reunión que tenía a la vez…

—Una reunión.

—Me comentó que iba a ver al comisario, si no recuerdo mal… —explicó y esperó a la reacción del otro. Por supuesto, aquel farol debía hacer efecto en la expresión de Ledrado, pero entendió que este no estaba al corriente de la dichosa cita—. ¿Sabes algo al respecto?

Apretó los labios y negó.

—¿Al comisario?

—Sí, Ledrado —dijo y le ofreció uno de los bolígrafos que había en el interior de un bote de aluminio—. Toma, anótalo antes de que se te olvide.

Indiferente, el inspector se echó hacia atrás y giró la butaca a un lado.

—A ver, Maldonado… Esta es una comisaría y Berlanga es un inspector de Homicidios. No veo nada extraño en que el comisario Segarra y él se reúnan.

—No sé a ti, pero, a mí, rara vez me citó.

Ledrado se guardó la opinión.

—Lo tendré en cuenta.

—¿A ti también te entrevista en un restaurante para cenar?

La exclusiva lo cogió por sorpresa, pero parecía tener preguntas en mente.

—¿Te dijo algo más?

—No. Eso fue todo.

Había mordido el anzuelo y no podía ocultar el interés, a pesar de que se escondiera en su coraza. En ese momento se cuestionó si podía confiar en él, o si estaba jugando con fuego. Acercó la mano a un plato con caramelos, para ganar tiempo.

—Bueno, sí.

—No empieces con tus juegos.

—Una matrícula de coche. Es un Volvo y pertenece a un tal Ulloa. Vive en La Guindalera, cerca del parque en el que atacaron al inspector. Eso es todo lo que sé.

—No me hagas reír.

—Eso es imposible.

—No tiene ninguna gracia.

—Hablo en serio.

—Haré como que no lo he oído o comenzaré a pensar que estás tomándome el pelo…

—Escucha, Ledrado.

El inspector se puso en pie, dispuesto a despedirlo.

—No, no… Mejor, escúchame a mí. No sé qué pretendes, pero no sigas por ahí.

El detective no entendía su reacción.

—No estoy aquí por gusto. Te recuerdo que Berlanga está conectado a una máquina —respondió y le entregó el número de la matrícula del Volvo. Esa era su última baza, pero no parecía ser útil —. Si he recurrido a ti, es porque no confío en nadie más.

Ledrado observó la nota arrugada y se quedó plantado ante él, aguantándole la mirada. En las distancias cortas, imponía bastante.

La súplica del detective despertó el interés del inspector, que parecía saber de quién hablaba.

Cogió el papel y la guardó en su mano.

—Vengo en son de paz. Quiero encontrar al cerdo que ha metido a Berlanga en el hospital.

—Déjalo ya.

—¿Qué carajo te pasa?

—¿Cómo te atreves a mencionar a Ulloa, crees que soy idiota?

—No me tires de la lengua…

—Me estás llevando al límite, Maldonado.

—¿Debería?

Ledrado tiró la toalla ante la actitud del detective. Puso los ojos en blanco y guardó la nota.

Después suspiró.

—Ulloa era un inspector de la comisaría de Carabanchel —explicó, harto de perder el tiempo—. Lo asesinaron hace un año y medio. Fue un caso muy sonado en el Cuerpo.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Me sorprende que…

—Pero, hace un año, yo…

—Sí, lo sé. No hace falta que te excuses para saber que estabas borracho todas las noches por los bares de Madrid.

El hormigueo de la rabia brotó en sus piernas.

Uno.

Dos.

Respira.

—No fue exactamente así —respondió y sintió la urgencia de pegar un trago. Por una vez, la ira se manifestó en forma de culpa —. Eso no importa ahora… Cuéntame qué le pasó a Ulloa.

—Fue una desgracia… —lamentó, como si le incomodara hablar del asunto—. Murió de servicio. Iba solo y no interesaba causar más revuelo social… En el fondo, ¿a quién le importa la vida de un policía?

—A su familia y a sus compañeros. ¿No te parece suficiente?

—Pero no a la prensa.

—¿Quién lo hizo?

—Nadie lo sabe… Una nueve milímetros, comprada en cualquier parte… y un balazo en la cabeza. Lo encontraron tirado en unos contenedores de Rivas–Vaciamadrid.

—¿Bandas?

—Es probable que se buscara algún enemigo.

—¿Quién lleva la investigación?

—Ni idea.

—Pasó hace un año. He visto casos abiertos más tiempo…

—No te puedo dar esa información.

—Venga, hombre…

—No pretendo hacerlo.

—¿Estaba metido en algo?

—¿Qué más da eso ahora? Nos podría haber pasado a cualquiera. Hay barrios en los que ya no somos una autoridad.

—Como sueles hacer, pones la atención en el ángulo equivocado.

—Vaya, me lo dice el ejemplo a seguir. ¿Y en qué debería fijarme?

—En qué carajo hacía Berlanga siguiendo el vehículo de un fiambre.

La respuesta lo dejó mudo.

—¿Ves? De nada.

—No te pases conmigo.

—Hay demasiadas irregularidades en todo esto, Ledrado, incluso para mí…

—Le echaré un ojo. No te prometo más.

—No, no me vale. Dame tu palabra.

El inspector suspiró nuevamente, esta vez, llenando sus pulmones hasta alzar los hombros y miró fijamente al detective.

—Esto no funciona así. No me puedes exigir nada.

—El honor y la lealtad está para algo. Berlanga te aprecia.

El policía guardó silencio.

—Márchate. Te llamaré cuando sea preciso.

El detective se levantó, aguantando la sonrisa.

En el umbral de la puerta vio a Del Hierro, acompañado de otro agente. La pareja esperaba a que la conversación terminara.

—No tardes —dijo, antes de clavarles la mirada a los dos cachorros. Estos lo observaban sin miramientos—. ¿Qué os pasa, habéis visto un fantasma o qué?

25

Maldonado fumaba impaciente en su oficina. La ventana del cuarto estaba abierta para que el frío de la mañana terminara con el olor viciado que habitaba allí. Apoyado en el alféizar, miraba a la infinita Gran Vía, que parecía un hormiguero desde allí arriba y daba largas caladas al cigarrillo, a pesar de que Marla le tuviera prohibido hacerlo en el interior del piso. Los nervios se habían apoderado de él. No conseguía pensar en otra cosa, que en la conversación con el inspector, ni dejar de cuestionarse cómo no había oído hablar del caso de Ulloa o por qué Berlanga no le había contado nada al respecto.

«Nos hemos reunido un montón de veces desde aquello… Seguro que lo mencionó en alguna ocasión, demonios… Deberías recordar algo sobre ese caso, Javier», se fustigaba. Se había comportado como un despojo humano sin perdón alguno. Un borracho pendenciero que buscaba una válvula de escape en la bebida, la manera de huir de los errores que había cometido. Cuando esta no funcionó, la abandonó, como hizo su pareja con él, agravando aún más el problema de su control emocional, llevándolo a un verdadero abismo. Un año entero de lagunas mentales que habían hundido sus recuerdos en la peor de las miserias y que lo mantuvo al margen del orden y de todo lo que sucedía alrededor de su vida. De todo se sale, pero las heridas dejan cicatrices. Una mañana despertó y una carta le informaba de que ya no pertenecía al Cuerpo.

La puerta de la oficina se abrió y vio las mangas del abrigo de la secretaria.

—¡Al fin llegas! —exclamó y lanzó la colilla por la ventana. Después cerró, dio un trago al vaso de café y caminó hacia la sala principal—. ¿Por qué has tardado tanto?

Marla presentaba un rostro cansado. No le hizo gracia que

fumara y prefirió no contestar. Dejó el bolso sobre el escritorio y cruzó los brazos.

—Tenemos un acuerdo.

—Tardabas demasiado. Debía matar el ansia de alguna manera.

—¿Por qué no te has dado un paseo? La Gran Vía es muy larga.

—Temía que te fueras.

—¿A dónde, Javier? ¡Dios! —exclamó, mirando al cielo—. Es demasiado para un sábado por la mañana.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—¿Desde cuándo te importa?

—Desde que te necesito despierta, Marla —dijo, con humor, le quitó el abrigo por los hombros y lo colgó en el perchero. Ella se dio cuenta del gesto y comenzó a sospechar de sus intenciones—. Ahora, siéntate y enciende el ordenador.

—¿Qué tramas?

—Necesito que me ayudes a buscar algo ahí —explicó, señalando la pantalla del monitor. Ella no evitó la risa.

—Tú dirás.

—Busca sobre Joaquín Ulloa. Eso bastará para que aparezcan noticias.

La chica tecleó intrigada en la barra del buscador y pulsó la tecla. Acto seguido, numerosos resultados aparecieron en la pantalla del ordenador.

De un vistazo, él leyó los titulares. La mayoría eran repetidos, como si hubiesen salido de la misma nota de prensa. Marla movía la rueda del ratón siguiendo las órdenes del jefe, hasta que este le indicó que abriera una noticia de un conocido diario digital. La página cambió y se desplegó una imagen a todo color del polígono de Rivas–Vaciamadrid, a las afueras de la ciudad, donde habían encontrado el cadáver del policía. La imagen no decía nada, ya que era una representación de la escena del crimen y la entradilla del texto mencionaba lo ocurrido aquella fatídica noche para el inspector.

—Ahora que lo pienso… fue una noticia impactante —comentó la chica, leyendo el artículo con él—. Hasta yo la recuerdo…

—¿Qué recuerdas?

—Los programas de televisión hablaron sobre la corrupción policial, los ajustes de cuentas, las organizaciones criminales… Los

periodistas se inventaron muchas cosas.

—¿Como cuáles?

«¿Y por qué Ledrado no ha mencionado ninguna?»

—Decían que Ulloa colaboraba con los narcos. Por eso lo mataron.

—¿Un inspector? Es absurdo.

—¿Por qué tanto interés por esto?

En ese momento, se dio cuenta de lo que sucedía. Desde su posición, miró de reojo al detective, que concentraba la furia en el puño, haciendo fuerza sobre el respaldo de la silla. Para entonces, aún no había abierto la oficina y ellos dos no se conocían. Maldonado nunca le había contado toda la verdad sobre su situación laboral. Sabía que había dejado el Cuerpo y que le habían invitado a marcharse, pero nunca había oído una versión que fuera diferente a la del detective. Por alguna razón, sintió que la noticia estaba relacionada con una época triste de su pasado.

—¿Puedes imprimir algunas de estas noticias? —preguntó, ignorándola por completo—. Me gustaría leerlas con detenimiento.

—Por supuesto. Si necesitas algo más, solo tienes que pedírmelo.

—Está bien. Eso es todo.

La tensión era incómoda. Ella respiró con alivio y cambió el tono de la conversación. La impresora comenzó a hacer ruido y a manchar de tinta las páginas.

—¿Cómo está Berlanga?

—Lo han subido a planta. Parece que se ha estabilizado.

—¿Te han dejado visitarlo?

—Más o menos.

—¿Y tú, Javier? ¿Cómo te encuentras? No tienes buena cara.

—¿Alguna vez la he tenido? —preguntó y recogió las páginas que habían salido por la bandeja—. La vida es compleja, Marla… Puedes marcharte a casa. No quiero estropearte el sábado.

—Ni yo a ti. Por cierto… Sobre la señora Rodríguez…

—¿Otra vez, Marla?

—Sé que no me vas a creer, pero juro haberla visto… actuando de una manera extraña.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó, recordando la noche del hotel—. ¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana. Iba acompañada de un hombre.

—¿De un policía? —preguntó, extrañado, antes de entrar en su despacho—. ¿Cómo era?

—No lo sé… Moreno, joven…

—No lo tienes claro… ¿Dónde la has visto?

—Estoy casi convencida de que era ella… Sé que me ha reconocido, pero ha mirado a otro lado. Todo ha pasado demasiado rápido, a la salida del intercambiador de Avenida de América. Después ha subido a un coche.

La explicación activó un mecanismo escondido en la cabeza del detective. No quería escuchar lo que la intuición le decía, e intentaba ignorar la vocecilla como fuera.

La pólvora había prendido su interés.

—Dame más detalles del vehículo.

—Largo, amplio, lujoso, aunque antiguo…

—¿Un Volvo?

—No sé nada de vehículos, Javier. Oye, hay algo más…

—¿Quién lo conducía?

—Ya te he dicho que…

—Y ella, ¿cómo iba vestida?

—¡Javier!

—¡Contesta, maldita sea! —bramó, generando una tensión violenta entre los dos. Se estaba dejando llevar por las ansias de conocer todas las respuestas. Cuando se dio cuenta del error, recapacitó y rompió el tenso silencio—. Perdona, Marla…

—Ayer llegó un burofax —respondió, en voz baja. Después puso los ojos en blanco, abrió el cajón de su escritorio y le entregó una carta—. Ahora sé qué le sucedió a mi cámara.

La carta que llevaba en las manos procedía de un bufete de abogados. Podía intuir su contenido.

—Oye…

—No vuelvas a mentir, por favor.

La secretaria le dio la espalda y regresó a su escritorio.

Maldonado abrió el sobre y leyó el contenido. Tal y como esperaba, el socio de la señora García estaba dispuesto a ir a los tribunales por violar su derecho de intimidad, además del acoso recibido en la puerta del restaurante. La noticia cayó como un jarrón de agua helada sobre su cabeza. Con la situación de Berlanga, lo último que esperaba era acudir a un juzgado. Desde el

umbral de la puerta, observó los hombros caídos de la chica, que seguía allí, frente a la pantalla, moviendo la rueda del ratón, buscando noticias sobre el asesinato de Ulloa. Sabía que era su manera de comunicarle que estaba con él, junto a él, aunque enfadada y decepcionada por su comportamiento.

«Amor propio, algo que yo no tengo».

Sacó el manojo de llaves y abrió el único cajón que tenía cerradura. Después tomó el revólver y se lo guardó en la cintura.

«Será mejor que soluciones este entuerto», se dijo y salió disparado hacia la puerta.

—Vete a casa. Estaré fuera un buen rato.

—¿Javier?

Después se oyó un portazo.

26

Se sentía encendido por dentro, colérico, no por él, sino por cómo Marla le había mirado. Maldonado era consciente de que tendía a decepcionar a todas las personas que se acercaban a él, pero Marla no lo merecía. Al menos, no de una manera tan baladí y clara. La experiencia le había mostrado que esa actitud nunca llegaba a buen puerto, siempre y cuando su vida no corriera peligro. No era el caso. Pensó que había acudido allí para encontrar la forma de solucionar aquel malentendido, sin llegar a los juzgados. No es que temiera pisar uno, pero no le agradaba la idea de costearse otro problema.

Un taxi lo dejó a escasos metros de la entrada del restaurante Fetén. Pagó en efectivo y caminó por la acera hasta que llegó a las inmediaciones del local. Cerca del mediodía, este se preparaba para un aluvión de reservas. Pronto, las mesas vacías se llenarían de comensales: amigos, familias, parejas consolidadas, amantes, primeras citas…

Decidió darse prisa. Se acercó a la puerta, que aún estaba libre de escoltas y entró en el local. Dos empleados vestidos con uniforme advirtieron su llegada.

—Aún no hemos abierto —le advirtió uno de ellos, que se encargaba de colocar los cubiertos—. ¿Busca a alguien?

—Al jefe.

La pregunta cayó en el vacío y el silencio inundó el salón. La mirada esquiva del chico lo delató. Maldonado entendió que no llevaba mucho tiempo trabajando allí y que no tenía la confianza suficiente como para facilitar esa clase de información.

La segunda empleada, que había advertido su puesta en escena, no tardó en trasladar el aviso a la oficina.

El sonido de unos zapatos retumbó en la sala.

—¿Usted? No puede estar aquí.

El tipo apareció por un pasillo que el detective no había visto. Este se giró para observarlo de frente. El socio llevaba el cabello engominado hacia atrás, unas monturas con cristales redondos y una barba fina y perfectamente perfilada. A ojos de Maldonado, era un hortera por cómo vestía, con esa camisa colorida y un chaleco de tela que le ayudaba a realzar el pectoral.

—¿Está sordo? ¿A qué ha venido?

—Deme un minuto para aclarar las cosas.

—No tengo nada que aclarar —sentenció y miró de reojo a los empleados.

El sabueso entendió la dinámica de roles. Si le presionaba un poco más, quizá accediera a conversar en privado.

—No es necesario que lleguemos a esto.

—Ya me ha oído.

—¿Cómo sabe quién soy?

La pregunta lo sorprendió hasta el punto de desarmarlo. Finalmente y de manera repentina, accedió.

—Vayamos fuera.

Lo guio hasta la parte trasera de las cocinas, junto a los contenedores de basura, para hacerlo sentir una porquería, pero no se lo iba a poner tan fácil. Pronto notó que su presencia le incomodaba. Tenía que averiguar quién le había hablado de él y por qué actuaba de esa manera. Sacó un *light* y le ofreció el paquete, pero este lo rechazó y buscó su propio tabaco.

—Nos dejamos las formalidades.

—No… Le daré un minuto. —Exhaló el humo—. Lo que tarde en fumarme esto.

—Será suficiente.

—Hay que tenerlos bien gordos para volver aquí… Esos dos de la puerta podrían darle una buena paliza.

Por un instante, reaccionó a las amenazas y pensó en enseñarle el revólver que llevaba detrás, pero reculó a tiempo, siendo más inteligente que sus emociones.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta.

—No sé de lo que habla.

—¿Cómo sabe que soy detective?

—Me lo acaba de decir usted.

Maldonado ignoró el comentario.

—Esa no es la respuesta.

Lo miró con desprecio y exhaló el humo.

—¿Hemos terminado?

En un último intento para bajarle los humos, descubrió el Barbour hacia un lado, mostrándole la culata del revólver.

El empresario se rio.

—¿Me va a disparar? Hágalo, si es que tiene coj…

La respuesta lo enfadó aún más.

Uno.

Dos.

Tres.

Sacó el arma y le apuntó a la pierna.

Vaciló a la hora de accionar el gatillo, pero el rostro de su interlocutor cambió por completo cuando lo vio tan decidido. Tiró el cigarrillo al suelo, se abalanzó sobre él y lo agarró de las solapas de la camisa, poniéndolo contra la pared. La mirada del hostelero se encogió de miedo, cuando vio el rostro del detective a escasos centímetros del suyo.

—Escúchame bien, pedazo de cretino… Más te vale decirme quién te ha dado la información.

—No puedo…

El detective tiró del cuello de la camisa, ejerciendo más presión.

—Ya lo creo que sí.

—De veras, ¿por qué no te largas y te olvidas de esto?

La mirada temerosa lo alentó a soltarlo. Maldonado respiró hondo y se alejó unos centímetros.

—¿Qué sabes de la señora Rodríguez?

El hombre lo miró de reojo.

—¿Es la mujer de algún cliente?

Algo no encajaba en su forma de hablar.

—Si me engañas…

—Te juro que no tengo la menor intención de hacerlo.

—Es tu socia. Claudia Rodríguez.

—Yo no tengo socios, te doy mi palabra… —balbuceó, aterrado —. Pensaba que ellos…

—Espera… ¿Ellos?

—Ya te lo he dicho. No sé quién es esa mujer.

El hombre se apartó asustado.

Los primeros clientes llegaban al comedor.

—Mira, no sé qué mosca te ha picado, pero hoy seré piadoso contigo… Márchate antes de que llame a los porteros.

—Vas a contarme quién te dio mi dirección…

Pero el empresario lo ignoró y cruzó la puerta trasera que llevaba a la cocina, para desaparecer tras ella.

Con la palabra en la boca, en un callejón iracundo y rodeado de contenedores de basura, el volcán interior del expolicía se calentaba cada vez más. A esas alturas, ya se había olvidado del burofax, de la cámara y de los abogados. Se sentía ofendido y, lo peor de todo, utilizado como una marioneta. Claudia Rodríguez lo había engañado como a un idiota.

Y eso era lo que más le preocupaba.

27

Regresó meditabundo, dando un largo paseo por El Viso. A su paso, dejaba atrás casas de gran tamaño y propiedades de lujo en el centro de la ciudad. El aire se respiraba distinto, sin la polución de los autobuses y de los taxis que cruzaban el centro, o las fragancias baratas de quienes salían a trabajar antes del amanecer. Llegó a los Nuevos Ministerios y, una vez allí, descubrió que no se encontraba muy lejos de la residencia de Berlanga. Dadas las horas, era poco probable que su esposa estuviera en casa, pero debía intentarlo.

—¿Dígame? —preguntó ella al descolgar el teléfono.

—Soy yo, Clara. Supongo que es mi día de suerte.

—Si tú lo dices, Javier.

—¿Alguna novedad?

—No. Miguel sigue igual.

—¿Te han echado del hospital?

—Antes tendrían que pasar por encima de mí —dijo la mujer, con la voz quebrada, intentando sonar afable, pero la angustia era superior a ella—. He vuelto a comer algo y a hacer la colada. El menú de la cantina es atroz. ¿Qué necesitas ahora?

—No llamo para pedir nada.

—Perdona, es una manera de hablar.

—Lo sé, existen muchas formas de hacerlo —dijo, quitándole hierro al asunto—. ¿Puedo hacerte una visita? Estoy por vuestro barrio.

—¿Vas a husmear entre sus cosas de nuevo?

—Me conformaré con una taza de café.

—En ese caso, eres bienvenido.

Quince minutos después, Maldonado entraba en la vivienda de su amigo. De nuevo, ese olor a hogar lo removió por dentro, sintiendo una nostalgia que le ponía los pelos como escarpias. Clara hervía unas verduras en la cocina, que desprendían un efluvio

fuerte que se pegaba a las paredes. El típico olor a comida casera, un aroma lejano en la memoria, que él había reemplazado por el aceite frito de los bares y el tufo del estofado de cerdo que salía de las cocinas de los bares que solía frecuentar.

—Deberías descansar un poco —le aconsejó, acomodándose en el sofá. Todo estaba igual que en su visita anterior. Aquel salón se había convertido en una estancia de catálogo—. Y también te vendría bien ingerir algo consistente.

—Gracias por los consejos, pero somos adultos. ¿Cómo quieres el café?

—Solo, sin azúcar y bien fuerte.

Ella fue a la cocina para bajar la intensidad de los fogones y él la miró de perfil. La piel de la mujer se hundía cada vez más en los huesos de su rostro. Por su aspecto, dedujo que pronto sufriría anemia o alguna enfermedad parecida. Él no era quién para juzgarla, ni tampoco un médico para darle un diagnóstico, pero sentía la responsabilidad de advertirla, consciente de que Berlanga hubiera hecho lo mismo.

Se recostó en el cómodo sofá de piel, muy diferente al que tenía él en su casa y dio un vistazo a la estantería de libros que había al fondo. Casi todo eran novelas policíacas, libros sobre el Cuerpo de Policía Nacional y algunos tomos sobre España y Europa. Los libros de historia siempre jugaban un papel en los domicilios de la gente. Era como si, al poseerlos, dotaran al propietario de un grado cultural que no tenía. Una careta para ocultar lo que no sabía. Por el contrario, la única historia que a él le interesaba era la de la calle, la de su vida y la del Metropolitano cuando jugaba su equipo.

Clara apareció con una taza y un platillo de cerámica. Después le ofreció una caja de pastas y galletas.

—¿No tomas nada?

—Estoy cansada de los brebajes.

—No es para menos —comentó y se fijó en la foto de familia—. ¿Y la niña?

—Con los abuelos… hasta que todo pase.

—Será pronto.

Ella se sentó en el brazo del sofá y lo observó desde lo alto. No parecía dispuesta a entretenerse con la conversación.

—¿En qué te puedo ayudar esta vez?

Dio un sorbo al café y dejó la taza sobre el plato que apoyaba en los muslos.

—¿Te suena el nombre de Joaquín Ulloa?

Ella miró hacia otro lado y él se percató del gesto. Lo que viniera a continuación, no sería más que un mal embuste.

—¿No era el policía al que mataron? —preguntó, extrañada y con molestia en la voz—. Dios, fue un suceso monstruoso…

—¿Conocía a Miguel?

Ella agachó la vista.

—No lo sé.

—Es importante, Clara —insistió.

—¿Y también relevante?

—Eso, depende.

—¿De qué, Javier?

—De si me cuentas la verdad o seguimos jugando al gato y al ratón.

La contestación la puso en pie. No le agradaron sus palabras, aunque él no conocía el motivo por la que se había erizado como un felino.

—Será mejor que te vayas. Estoy cansada y necesito cenar algo.

Dejó la taza sobre la mesa y regresó al pasillo. Ella lo acompañaba por detrás y él temía marcharse de allí sin una respuesta válida. Cuando llegó a la puerta, la abrió y salió al rellano. Luego llamó al ascensor y se dio la vuelta para encararla. La lámpara del pasillo hacía un contraluz curioso bajo la figura de la mujer.

—Gracias por el café. Te llamaré para preguntar cómo está.

Los ojos de Clara lo observaban con desdén.

—Él siempre estuvo ahí cuando lo necesitaste.

—Y ahora es él quien me necesita. Por eso hago todo esto.

—No, Javier… Ahora es tarde y es mejor dejarlo así, que todo pase, que nada vuelva a repetirse.

—No te entiendo, Clara.

—¿Dónde estabas cuando se le metió en la cabeza todo el asunto del inspector? Cuando decidió averiguar por su cuenta lo que había pasado con ese policía…

—Disculpa, pero me he perdido algo.

—¿Dónde estaba su mejor amigo para decirle que iba a cometer

un error que pagaría más tarde? Si tan solo me hubiera escuchado…

El ascensor llegó a la planta y emitió un pitido que provocó una pausa en la conversación.

Clara no le había dicho nada y, a la vez, se lo había contado todo. No necesitaba oír más, ni pasar más tiempo allí.

28

La jornada se apagó lentamente, dejando que el frío se apoderara de la ciudad. Detestaba los sábados por todo lo que representaban. Durante los años en el Cuerpo, el sábado era el peor día de la semana, para trabajar. Con las relaciones sentimentales, trabajar durante el fin de semana era un problema y tuvo que renunciar a cenas, cumpleaños, citas y revolcones que dejó a medias a causa de una llamada de madrugada. El sábado era el reflejo de lo que muchos querían y unos pocos tenían. Para disfrutarlos, había que escalar bien alto, como Berlanga, pero él nunca llegó a tener esa suerte. Ahora que ya estaba fuera de la Policía y que era dueño de su tiempo, el sábado se transformaba en un oasis de desidia y de anhelos que no llegaban a cristalizar del todo: las parejas que paseaban de la mano por la Plaza de España o se acercaban a ver la puesta de sol en el Templo de Debod, las mesas para dos en los restaurantes y los niños, sobre todo esos renacuajos que correteaban por el parque de la Bombilla por Pintor Rosales. El fin de semana lo avinagraba y lo único que quedaba a su alcance, igual que para otros muchos como él, eran los bares, las barras solitarias y las cafeterías de dos plantas. Con el estómago lleno y con ánimos de ponerse en pie para dar un ameno paseo hasta su casa, notó la vibración del teléfono móvil en el interior de su Barbour.

Al salir del barrio de Berlanga, tuvo la mala idea de tomar el metro hacia la Gran Vía. Pensó que sería la vía más rápida, pero olvidó que los vagones de la línea azul iban atestados de adolescentes en busca de un poco de diversión. Se abrió hueco entre los asientos y terminó cediéndole la silla a un pobre anciano al que todos ignoraban. Apoyado en un rincón, se recreó en sus elucubraciones, buscando una asociación entre la muerte de Ulloa y el intento de asesinato de Berlanga.

«Tal vez exista una conexión con todo lo que está sucediendo»,

sopesó, llevándole a creer en que ambos casos estarían relacionados con los últimos asesinatos de los violadores de la Operación Valdivia. Las reflexiones se vieron interrumpidas por el ruidoso cantar de un músico ambulante, al que silenció con una mirada que lo envió a otro vagón.

Bajó en Gran Vía y regresó al despacho con una idea fija en la cabeza. Tenía el presentimiento de que algo olía a podrido en la ciudad y no era precisamente él.

Cruzó la amplia calle, subió a la oficina y descubrió que la secretaria ya se había ido cuando giró la cerradura dos veces. El perfume de la chica seguía flotando en el aire del cuarto. Se dirigió a su despacho, abrió la puerta y encontró los artículos que ella le había imprimido. En la papelera estaba el ejemplar del diario de la mañana.

Con un gesto de satisfacción, salió de allí escaleras abajo.

Sentado a una de las mesas de la planta superior del Óskar, la emblemática cafetería de emparedados y hamburguesas que ocupaba uno de los locales de la plaza de Santo Domingo desde hacía décadas, bebía cerveza y repasaba los artículos, subrayando algunos párrafos. Aquel era un sitio singular, casi tanto como él, con una banda de camareros con la misma eficacia que la justa simpatía que desprendían a veces. Por la enorme cristalera podía contemplar la plaza, los transeúntes y las bombillas que iluminaban los locales contiguos. El olor a filete empanado, a hamburguesa de pollo, a patatas fritas y a sándwich con huevo, le hacía sentir como en los viejos tiempos.

Dando sorbos al doble de cerveza, pasó las páginas del diario hasta encontrar la noticia sobre la muerte que había llenado la sección de sucesos. No le había dado importancia al asunto hasta ese momento. Ahora que conocía la historia de Ulloa, la partida tomaba otro rumbo. Era demasiada casualidad que tanto Ulloa como esos violadores murieran de una manera parecida.

Él no creía en las casualidades.

«Solo un memo tiene un descuido así… o un aficionado que confía demasiado en sí mismo», sopesó, llevándole a plantearse qué tenía que ver aquel tipo con un policía.

Con Berlanga fuera de servicio, no existía manera de acceder al caso de Ulloa, ni a las razones que le habían llevado a terminar de

esa manera. Ledrado no era, precisamente, su mano de confianza. Existían demasiadas rencillas entre los dos y se conocían lo suficiente como para saber de qué pie cojeaba cada uno.

Pidió un sándwich de jamón cocido con queso fundido y siguió divagando sobre el caso, intentando encontrar un fallo entre los últimos acontecimientos. En la Operación Valdivia habían participado ellos dos, más un grupo de subinspectores y agentes en los que delegaban el trabajo. Ahora, dos de los acusados criaban malvas en un ataúd. Pasó las páginas. Dio otro bocado al emparedado y apaciguó la sed con la cerveza. Necesitaba más pruebas. Alguien estaba utilizando de manera ilegal el vehículo de un expolicía. Era un delito y uno de los graves. Pensó que quizá debiera regresar al domicilio en el que estaba registrada la matrícula. «Para averiguar ¿qué?» La única relación con el domicilio era el lugar en el que Berlanga había sido atacado. No tenía sentido nada de lo que decía, pero tampoco lo que estaba sucediendo.

«¿Qué diablos buscabas allí y por qué no me contaste nada sobre Ulloa?», se planteó, preguntándole a Berlanga en el comedor de esa cafetería, como si el inspector, desde la cama del hospital, fuera a responder. Hizo una nota mental para investigar a fondo al expolicía. Posiblemente, de ese modo se acercara a quien le había hecho daño a Berlanga. Acto seguido, un pensamiento se le cruzó en la cabeza, trasladándolo a las páginas de la agenda del inspector. Con las manos manchadas de grasa, agarró una servilleta y se limpió la barbilla. Luego dio un trago de cerveza para ayudarse a masticar los últimos bocados del emparedado y pidió la cuenta. Debía regresar a casa y revisar de principio a fin las notas de su amigo. También tenía que encontrar a Ledrado y hablar con él sobre ello.

El camarero le trajo el tique y este abonó la cantidad con un billete que superaba la cifra. Luego miró por la ventana. La plaza de Santo Domingo estaba colmada de gente y hermosa bajo el reflejo de una luna más blanca de lo habitual.

Nadie le llamaba a esas horas y menos durante el fin de semana, pensó cuando escuchó el timbre de su teléfono.

—¿Sí? —preguntó, curioso por el número que no había reconocido en la pantalla.

—Hay algo que quiero que veas.

—La gente cena, Ledrado.

—Otros trabajamos.

—Parece urgente. ¿Me paso por la comisaría?

—No, te mandaré la ubicación. Apresúrate.

La llamada se cortó y recibió un mensaje con la dirección del lugar. Al leerla, tardó varios segundos en situarla y tuvo un mal presentimiento de todo ello.

Ledrado no jugaba al escondite, ni era de gastar bromas. Fuera cual fuere la razón de la cita, estaba seguro de que presenciaría una desgracia.

Abandonó la cafetería y corrió hacia la plaza para alcanzar un taxi.

29

El taxi lo dejó a un trecho de la escena del crimen. El resplandor de las luces azules marcaba el lugar. Caminó bajo el frío y la noche cerrada, dejando atrás el estadio del Metropolitano, que surgía en la oscuridad como un cráter brillante y las colmenas de ladrillo que formaban el barrio de Canillejas.

—Vaya manera de profanar un templo —comentó acercándose a Ledrado, a quien reconoció hablando con otro policía, junto a un coche patrulla.

El cadáver se encontraba tapado, al otro lado del cordón policial. Echó un vistazo rápido. No había muestras de sangre, pero reconoció el crimen.

El inspector le lanzó una mirada precavida para que mantuviera la boca cerrada. Su presencia no era de buen recibo por esos círculos. Al terminar la conversación, se acercó a él y lo apartó del resto.

—¿Quién es? —preguntó, dejando vaho en el aire y metió las manos dentro del Barbour para resguardarse del frío.

El inspector sacó una bolsita de plástico transparente y le mostró el contenido. En ella había una de sus tarjetas de negocios.

—No sé, dime tú, detective… Estaba en el bolso de la víctima.

Maldonado miró por encima del hombro del policía.

—No te voy a negar que es mía —respondió y suspiró.

Sintió un ligero cosquilleo erizándole la piel y también la necesidad de encenderse un cigarrillo. Buscó el paquete de *lights* en su abrigo, le ofreció uno a Ledrado, a sabiendas de que lo rechazaría y se lo puso entre los labios para prenderlo. La primera bocanada le supo a gloria entre el helor en su rostro y ese olor a muerto, que no se percibía pero que estaba ahí.

Con los ojos, el inspector lo perseguía, a la espera de una respuesta.

En el fondo, el detective solo pretendía ganar tiempo.

Finalmente, le tomó la bolsita de las manos y observó la tarjeta, con detenimiento. Después sacó el teléfono móvil para alumbrar el trozo de cartón de cerca y se dio cuenta de algo.

—¿Habéis identificado el cadáver?

—Una mujer.

—Interesante.

—No me sorprende que fuera tu cliente.

—¿Por qué dices eso?

—Todo apunta a que ejercía la prostitución.

—¿Te resulta familiar?

—Muy gracioso… El contenido de su bolso es una buena pista.

Soltó la bolsa, dio una calada y sujetó el cigarrillo con los dedos.

—En cualquiera de los casos… esta tarjeta puede haberla conseguido en cualquier parte.

—Seguro que sí, Maldonado.

—¿Puedo ver el cadáver?

La expresión de Ledrado se arrugó.

—No creo que sea lo más apropiado.

—Un vistazo te ahorrará tiempo.

Por fortuna, el inspector era de esa clase de personas que necesitaba atar los cabos sueltos antes de irse a la cama. Le pidió que aguardara un segundo y después le indicó el camino para se acercara al cuerpo, que estaba protegido bajo una manta térmica.

—Te lo he advertido.

—A estas alturas…

Cuando le pidió que destapara el rostro de la víctima, encontró una cara desfigurada a golpes, hinchada, manchada de sangre e irreconocible. Los ojos se le abrieron como platos. Hacía años que no veía un horror como ese y sintió unas enormes ganas de devolver, a la vez que necesitaba con urgencia golpear algo. Entonces recordó por qué había terminado de esa manera. No era fácil sumar y guardar esas imágenes en la cabeza por mucho tiempo. Tarde o temprano, el subconsciente terminaba por devolver toda la broza que guardaba en él, como el mar hacía arrastrando la basura a la orilla de la playa. A veces olvidaba el mundo salvaje en el que vivía.

—Demonios, qué salvajada…

—Un repartidor ha avisado a la comisaría de San Blas. Se metía en la circunvalación cuando ha visto un bulto extraño en medio del descampado…

—A estas horas, casi sin luz.

—Siempre hay alguien observando.

Ledrado dio la orden para que ocultaran el rostro de la mujer, cuando Maldonado se dio cuenta de algo en la zona baja del cuello.

—Espera un momento —dijo, antes de que lo tapara del todo—. ¿Qué es eso que llevaba en el cuello?

El agente que estaba de rodillas, lo miró con asco.

—Una cadena, un colgante.

—¿Puedo verlo?

—No —dijo sin más—. Es una prueba. La Científica se encargará de…

—Muéstraselo, Ramírez —ordenó Ledrado, autoritario.

—Pero, inspector…

—El caso no es nuestro.

El agente bajó unos centímetros la manta y sujetó el colgante con los guantes de látex. La mirada de Maldonado cobró un brillo especial cuando vio aquella medalla dorada con una virgen tallada en ella.

—Carajo… No puede ser…

Ledrado reaccionó extrañado.

—¿Algo que destacar, Maldonado?

El detective palideció por unos momentos. Se alejó del cadáver y Ledrado le dio la orden al subordinado para que cubriera el cuerpo y se largara de allí. Después caminaron hacia el otro lado del cordón y dieron un corto paseo.

—Te veo más afectado de lo habitual.

—Los huevos con chistorra no me han sentado bien.

El inspector se paró de frente y lo agarró del brazo.

—¿Qué diablos te ha pasado?

—Conocía a esa mujer.

—Entonces, me das la razón.

Maldonado dio una calada, exhaló una nube de humo blanco que se quedó en el aire y le clavó los ojos al policía.

—No era una fulana y tenía un nombre. Se llamaba Claudia Rodríguez.

30

La realidad le dio de bruces. De pronto, las imágenes aletearon en su cabeza como el vuelo de una paloma. No tenía la menor duda de que era ella. Entonces echó la memoria atrás y recordó su encuentro en el hotel, las palabras de Marla. Esa mujer estaba en peligro y no fue capaz de advertirlo. Ledrado lo llevó a tomar algo, aunque tuviera cerrado el estómago. Necesitaban un respiro, alejarse del resto de la brigada y entablar una conversación en privado. El inspector condujo hasta el Burger King cercano al estadio. Minutos más tarde, sentados en unos sillones rojos con tapicería de piel falsa, Maldonado observaba al inspector devorando una hamburguesa y dando sorbos a un vaso de refresco de cola.

«Todos tenemos placeres prohibidos y secretos que nunca deberían ser públicos», pensó al verlo devorando la comida. Por su parte, se limitó a pedir un café bien fuerte para despejar la mente y asimilar todo aquello. No sabía qué le producía más asco, si el olor de un cadáver o la densa mezcolanza a carne de ternera y pepinillos que flotaba en el interior de ese local.

—Eres lo que comes, lo sabes, ¿no?

Ledrado masticó, tragó y dio un sorbo al refresco.

—No me des lecciones de nutrición. ¿No quieres nada?

Maldonado miró la bandeja con los restos de lechuga que habían caído del pan.

—No, gracias.

En ese instante comprendió que con él y con Berlanga terminaba una generación curtida en otros tiempos, que no era mejor, ni peor, sino diferente. Y esas pequeñas diferencias marcaban los cambios de ciclo y transformaban a la sociedad. Sucedía en todos los ámbitos profesionales. Él se había enfrentado a la vieja guardia también, una mucho peor y más restrictiva. En el fondo, le importaba bien poco lo que Ledrado comiera, siempre y cuando hiciera su trabajo

con eficacia. Eso era lo más importante, al fin y al cabo.

—¿Patatas fritas? No me las voy a comer todas —indicó. Maldonado arqueó las cejas y apretó los labios. Luego cogió una—. Háblame de ella, de esa mujer.

—La conocía, o eso creo… —expresó, melancólico, limpiándose los dedos—. Supongo que me mintió desde el principio.

—¿Mentir?

—Contrató mis servicios para un trabajo de espionaje…

—¿Y no verificaste su identidad? Es probable que no se llame Claudia, ya me entiendes.

Maldonado se encogió de hombros.

«¿Desde cuándo importa eso?»

—Vestía bien, con ropa cara y parecía legal. No cuestiono a quien me paga.

—No cuestionas al dinero.

—El encargo no era gran cosa.

—Sigue…

—Pero he descubierto que el socio no era su socio, que ella no tenía nada con él. Me he sentido como un idiota.

—¿Y no has hecho nada al respecto?

—¿Para qué? Tenía el dinero y había cumplido con mi parte. Ayer me citó en el bar del Meliá Fénix para dármelo… Debí insistir un poco más.

—¿Insistir?

—Estaba nerviosa. Me dijo que tenía una cita importante, pero, en realidad, parecía huir de alguien.

Ledrado se metió el último trozo de hamburguesa en la boca y se limpió las manos dando dos palmadas en el aire. Después se frotó la cara.

—Hablaré con el hotel. Revisaremos las grabaciones de las cámaras.

—No te darán las grabaciones por las buenas. Les importa más cobrar una estancia que colaborar con la policía.

—En tal caso, hablaremos con el personal.

—Suerte con eso.

—Por otro lado, necesito que me des el nombre de ese socio y del restaurante.

—No creo que tenga nada que ver con esto.

—Hay que comprobar cada vía. Si existe un hilo entre ese hombre y ella, hay que conocer la razón.

—Ya has dicho que el caso no es vuestro —respondió con una ligera sospecha—. ¿A qué viene tanto interés?

—Se lo queda la comisaría de San Blas-Canillejas. Sus hombres, sus reglas.

—Siempre y cuando no derive a la comisaría Centro.

—No me gusta agitar el avispero. Ya sabes las ampollas que levantan estas cosas.

—¿Crees que tiene algo que ver con lo que le ha pasado a Berlanga?

—Por eso te he traído aquí.

—Muy romántico para una cita…

Ledrado dio un vistazo a su alrededor y del interior de su abrigo sacó un sobre de burbujas arrugado, del tamaño de una cuartilla.

Maldonado agarró el bulto y comprobó el interior. Eran un montón de folios, doblados por la mitad.

—Alégrame el día, Ledrado.

—Es el informe del caso de Joaquín Ulloa —aclaró en voz baja —. Querías la verdad. Ahí la tienes.

El detective se sintió abrumado. No entendía la razón por la que Ledrado había tenido aquel gesto.

—No pareces muy contento.

—No confío en los informes, pero te lo agradezco —respondió y dio un sorbo al café—. Tú también crees que existe una conexión entre lo que le pasó a Ulloa y a Berlanga.

—¿Es una pregunta?

—Es una certeza.

—Quizá.

—¿Por qué?

—La matrícula del coche que me diste. Hay algo raro en el registro. Supuestamente, el coche quedó a disposición judicial. La noche en la que Ulloa murió, conducía ese Volvo… Hubo un forcejeo antes de que muriera. Él intentó subir al vehículo, pero no lo logró. La forense quiso analizar el interior, en busca de alguna prueba de tejido en la tapicería… No encontraron nada, más allá de un arañazo y de fibra de la tapicería bajo las uñas.

—Ulloa regresaba al coche y le atacaron por la espalda —matizó

el detective, recreando la noche de su muerte—. Siendo policía y en un lugar como el polígono de Rivas-Vaciamadrid, a esas horas de la noche, ¿no te parece extraño?

—¿Que regresara a su coche?

—Que lo estuvieran esperando.

Ledrado se frotó el párpado izquierdo. Tenía los ojos inyectados en sangre. El detective se preguntó si le estaría prestando atención.

—No lo sé, Maldonado… Lo tienes todo ahí.

—El vehículo sigue en circulación. ¿Cómo es que nadie hace nada al respecto?

—Ulloa estaba soltero, no tenía hijos, ni familia. Todo un caso. Supongo que nadie lo ha denunciado.

—¿Has averiguado algo sobre la reunión de Berlanga con el comisario?

El inspector negó en silencio.

—Son anotaciones de Berlanga, nada más.

—Hay que explorar todas las vías. Su agenda es una de ellas.

—No puedo presentarme ante el comisario Segarra y pedirle explicaciones. Imagínate qué sucedería…

—¿A qué viene tanto temor alrededor de Segarra?

El inspector carraspeó.

—Nadie quiere problemas con él. Dicen que se transformó en otra persona desde la muerte de su hija… Lo siento, no me gusta comentar las desgracias ajenas.

Maldonado prefirió no continuar en esa dirección. Ledrado no estaba dispuesto a arriesgar su carrera.

—¿Qué me puedes contar de Del Hierro? —preguntó, interesado. No le gustaba ese agente. Lo había visto demasiadas veces en muy poco tiempo.

—¿Qué quieres saber de él?

—¿Es de fiar?

—Todos lo somos.

—¿Trabaja contigo ahora?

—Está supliendo a Berlanga, hasta que todo vuelva a la normalidad.

—¿Quién lo ha asignado?

—El comisario Segarra.

La respuesta alimentó sus sospechas. Estaba acercándose a la

verdad y temía que esta fuera peligrosa.

Reprimió los pensamientos y se centró en el asunto.

—Mira, es tu equipo, pero creo que deberías alejar a Del Hierro de Berlanga.

—Dame un motivo para ello.

—Lo llamo intuición y nunca me falla.

—Claro… Eso lo tendrá que decidir el comisario.

—Porque tú te limitas a obedecer órdenes.

—Suena fácil desde el otro lado, ¿verdad? —preguntó, cambiando la distensión de la conversación hacia un escenario hostil.

La mirada de aquel hombre lo decía todo. Ledrado detestaba que cuestionaran sus principios.

—Tú ganas.

—No quiero jugármela. Considero que ya he hecho bastante por ti.

Ese era el miedo del inspector, tomar riesgos, dar un paso en falso y ser aplastado por un superior.

—Necesito un último favor.

—He sido claro.

De pronto, Ledrado se volvió frío y distante, como si hubiera olvidado lo que les unía y por qué estaban allí. Se puso en pie y se dispuso a marcharse del restaurante de comida rápida. Maldonado no entendió muy bien por qué actuaba de ese modo, aunque sospechó que el exceso de favores le hubiese activado las alertas.

—Lo dejamos aquí —señaló, limpiándose las manos con una servilleta y haciendo de esta una bola—. Me espera una larga noche por delante.

El detective buscó su mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ledrado se aclaró la garganta y miró desde lo alto, asintiendo con la cabeza, como si no hubiese sido claro con él.

—Me tengo que ir.

—Estamos en el mismo bando, Ledrado.

Una ligera mueca se dibujó en el rostro del inspector. Conocía aquel juego.

—Lee el informe y dime qué piensas. Valoraré tu opinión. Buenas noches, detective.

Luego caminó hacia la salida, dándole la espalda. Maldonado vio cómo llegaba a su vehículo, subía en él y desaparecía.

Le importó un cuerno que a Ledrado le preocupara todo aquello. Berlanga estaba en peligro y sus sospechas cobraban más fuerza. La lista de perjudicados aumentaba: los acusados del caso Valdivia, dos policías y una prostituta que ocultaba un secreto. A simple vista, la relación era impensable, ilógica, si no fuera por las migajas que cada sujeto había dejado por el camino: Berlanga y sus notas, el vehículo robado de Ulloa, la sospechosa aparición de Claudia Rodríguez en su vida y el misterioso asunto del restaurante, el comentario de Marla, que la vio subir a un coche junto a un desconocido y el modo en el que cada una de las víctimas había sido atacada. Su interior le decía que existía una relación entre todos esos elementos, como si tejiera una tela de araña. No era un trabajo solitario, como había llegado a determinar en un primer momento. Más bien, era una obra orquestada, aunque no sabía aún por quién. Terminó el café, abandonó el incómodo sofá y salió del restaurante de comida rápida. Era tarde, hacía frío y estaba lejos de casa.

Sacó un *light* y lo prendió en la soledad, quitándose el amargo sabor del café.

¿Qué haría con Ledrado cuando lo pusiera entre la espada y la pared?, se preguntó. Llegado a ese extremo, tendría tiempo para pensar en una solución. Por el momento, debía mover los hilos de aquella investigación sin que el policía se diera cuenta. De lo contrario, se las vería en un grave problema.

31

En la televisión había otra de esas películas criminales que tanto le gustaba ver. Morgan Freeman y Brad Pitt iban detrás de un asesino en serie que actuaba representando los pecados capitales. Ya la había visto anteriormente, por lo que la dejó de fondo, mientras preparaba un bocadillo de jamón serrano con queso y abría una lata de cerveza. Últimamente, sus cenas tenían una variedad limitada. No había más que observar el vacío que albergaba entre los estantes. En ese momento, cualquier chusco de pan era suficiente para matar los ruidos de sus tripas. El puñado de papeles que Ledrado le había entregado se apoyaba en la mesa del salón, a la espera de ser devorado.

Aplastó el pan para que se empapara de aceite por ambos lados y llevó el plato y la cerveza a la mesa baja. Después se sentó en el sofá, le dio un bocado al pan y cogió los folios. Sentía la urgencia de conocer la investigación a fondo, así como descartar las distintas posibilidades que albergaban en su cabeza. No obstante, iba sin expectativas. Sabía de buena tinta la cantidad de documentos importantes que se perdían al año en las comisarías y también la escasa relevancia que muchos de estos tenían para el futuro. En muchos casos, los informes de las investigaciones diferían mucho de los hechos reales. En el momento de redactarlos había demasiados factores externos que condicionaban el contenido. En ocasiones era la necesidad de quitarse de encima el asunto. Otras veces, quien lo escribía, escatimaba en detalles. Cuando el caso se complicaba, el informe se escribía en la dirección que los superiores dictaban y la objetividad quedaba entre las paredes del cuarto en el que se redactaba. Maldonado era el primero que había cumplido cada uno de los inconvenientes que tenía en cuenta. Así y todo, decidió darle un largo vistazo al asunto. No conocía a Ulloa, más allá de lo leído en las noticias y sobre lo que Ledrado le había contado de él, pero

admiró su valentía por echarle agallas y jugarse la vida a cambio de nada.

Abrió el dosier, leyó las actas por encima. Ulloa había cubierto dos asesinatos. Las víctimas eran procesados que habían vuelto a delinquir, al poco de salir de la cárcel. La historia se parecía al caso Valdivia. Las similitudes eran odiosas. La primera víctima fue Paquito «El Cables», un violento ladrón de bancos de Carabanchel, que había pasado quince años en prisión. Le sumaban dos condenas, una por robo y la otra por abuso sexual a dos mujeres. En el informe se especificaba que sus dos víctimas trabajaban como camareras en un club de alterne. Le sorprendió que las víctimas se atrevieran a declarar contra él, después de conocer cómo funcionaban los antros de prostitución. Lo más rápido habría sido propinarle una paliza a ese cretino, pensó y dio un trago a la cerveza. Poco más tarde, Paquito «El Cables» reincidió, abusando de una joven menor de edad. El asunto quedó en el absoluto silencio, ya que el acusado apareció ahorcado con un cable en los terrenos de una obra en construcción.

Cogió el bolígrafo y marcó la página.

La segunda víctima era otro varón, Miguel Lagartos, nieto de un conde y presunto violador y asesino de Miriam García, una joven burgalesa cinco años menor que él. Maldonado recordaba el caso, pues había sonado en todas las cadenas de televisión, pero jamás tuvo la repercusión de otros como el de las chicas de Alcàsser o Marta del Castillo. Tal vez porque Miriam García apareció sin vida en noviembre, un mes previo a las Navidades, una época en la que los medios de televisión prefieren calentar la parrilla con otros temas navideños. Para su fortuna, el aristócrata salió impune del juicio, gracias a una defensa costosa pero brillante y más tarde se escondió en uno de los muchos pisos que poseía en Madrid, alejado de las cámaras y del ruido mediático. Sin embargo, la suerte le duró poco y, aunque disfrutó de la cena de Nochebuena que la familia de la chica no celebró, su cuerpo apareció sin vida a principios de año, con un tiro en la cabeza y notables señales de tortura.

Agarró un folio y anotó el nombre de la chica.

Maldonado comenzó a inquietarse. Ulloa había dado con algo que él también podía ver. Dejó el bocadillo en el plato, dio un trago a la cerveza y se encendió un cigarrillo. Los asesinatos tenían

muchas semejanzas con los actuales, a diferencia de que todos eran hombres. El modo de operar, las razones, el perfil… El patrón era idéntico y por eso dejó fuera a los imitadores. Partiendo de la base de que operaban en equipo, todo encajaba a que podían ser los mismos.

En ese instante, el ruido de la televisión quedaba lejos, casi imperceptible para sus oídos y toda la energía estaba concentrada en sus cavilaciones.

Para él, era evidente que existía una relación entre los dos crímenes, por lo que alguien se estaba tomando la justicia por su mano. Comprobó las fechas. Por aquel entonces, todavía seguía activo en el Cuerpo. No entendía cómo nadie había oído hablar de ello.

Pasó las páginas, leyendo actas de denuncias de otros criminales, revisando las notas que Ulloa había dejado escritas entre medias. Algunos informes eran fotocopiados de otras comisarías, por lo que no todo sucedía en la de Carabanchel. Poco a poco, el inspector se estaba metiendo en un agujero sin saberlo. No podía leer su mente, pero sí interpretar sus pasos. De alguna manera, Ulloa tenía la certeza de que habría una próxima víctima, por lo que intentaba acercarse a ella antes de que fuera tarde.

«Algo se te escapa de las manos, igual que a Ulloa», pensó, casi en voz alta, sintiendo cómo las burbujas de la cerveza recorrían su garganta.

Quería saber cuál era la razón por la que Berlanga seguía sus pasos. Conocía bien a su amigo y era muy probable que hubiera descubierto lo que a él se le escapaba.

32

Lunes.
Día 3.

La claridad de la mañana se colaba por la ventana. Abrió los ojos, miró hacia sus pies y, desde la cama, vio el desorden de la noche anterior. Estaba tan cansado, que no había tenido tiempo a limpiar, pensando que sería una buena idea dejarlo para el día siguiente. Ahora se arrepentía de ello. Detestaba el desorden innecesario, aunque nunca lograba mantener el apartamento en armonía. Buscó los pantalones con la mirada y los encontró encima de una silla. Antes de apoyarse en el suelo, el teléfono móvil sonó. Se acercó a la mesilla y lo cogió.

—¿Sí? —preguntó con voz ronca.

—Parece que la situación no te quita el sueño.

—Estaba despierto.

Ledrado emitió un gruñido al otro lado del aparato y después suspiró.

—¿Le diste un vistazo al informe?

—Por supuesto.

—¿Y?

De repente, desconfió de la llamada.

—No con el estómago vacío. Invítame a desayunar y te lo cuento.

La intención de su respuesta no surtió efecto.

—Me viene mal hoy. Lo comentaremos en otro momento… —reparó y dio otro suspiro—. Maldonado, te llamo por otro tema.

—Espero que no sea por una multa.

—La mujer que encontramos ayer…

—¿Habéis averiguado su identidad?

—En su teléfono hay un par de fotografías contigo. Eso no es

bueno para ti.

El detective tragó saliva con dificultad. Tenía la garganta reseca a causa del humo del tabaco.

—No lo entiendo.

—Dos fotos. Estaban en la memoria del terminal. A los del departamento no les ha costado desbloquearlo.

Él no recordaba que ella lo hubiese fotografiado, pero los teléfonos se habían convertido en silenciosas armas de espionaje que lograban pasar desapercibidas y podían arruinarle la vida a cualquiera.

—¿Y dices que salgo en ellas?

—En el bar del hotel en el que os reunisteis. Alguien os las tomó de espaldas.

—Entiendo… —contestó, pensativo y cayó en la cuenta de que los estaban espiando mientras hablaban en la barra del Dry Martini. Quizá ella no lo supiera y por eso había decidido reunirse allí. Quizá creyera que estaba a salvo cuando, en realidad, ya estaba muerta. Sintió un profundo lamento, pero no podía hacer nada por cambiar el pasado—. No tengo nada que ver con eso, Ledrado. Es probable que la chantajearan.

—Nadie te acusa de nada.

—¿Habéis rastreado el origen?

—Lo siento, no puedo contarte más.

—Entonces, ¿por qué me llamas?

—Quería que lo supieras —señaló—. Es probable que te citen en Carabanchel para testificar.

—Para perder el tiempo.

—Para lo que sea necesario, Maldonado. No estás en una posición de poder.

Entendió lo que sugería.

Porque, era evidente para él, que esa llamada era a cobro revertido.

—¿Qué quieres a cambio?

—No menciones nada sobre Fetén, ni su relación con la víctima.

—¿Y por qué iba a protegerte?

—Despierta, era una prostituta… —dijo y chasqueó la lengua. Su tono de voz cambió—: Tengo que dejarte. Hablaremos en otro momento.

El inspector colgó sin despedirse, dejándolo con la miel en los labios.

«Era una prostituta», repitió para sus adentros con la voz educada del policía.

Detestaba que etiquetaran a las damas con ese desprecio. Él era un adalid de las causas perdidas.

Salió del dormitorio y se dirigió hacia la cocina. Preparó una cafetera moka y encendió el fuego. Luego se acercó a la mesa del salón, apartó el cenicero y los papeles que había desperdigado la noche anterior y cogió la agenda de Berlanga. Tal vez no se hubiera dado cuenta de ello durante la noche, ya que estaba abotargado, pero ahora podía pensar con más claridad. Pasó las páginas, en busca del nombre del restaurante. Algo le decía que lo encontraría allí. Cuando salió el café, apagó el gas y vertió el contenido de la cafetera en una taza roja. Buscó una caja de cigarrillos, pero se lo había fumado todo. El café humeaba casi tanto como su cabeza, que ya funcionaba a toda velocidad.

«Cena con V.S. en Fetén», leyó.

Después se fijó en la fecha, que correspondía al día en el que había sido atacado.

Miró al techo, descartando los posibles nombres.

—Es inevitable no pensar en él —murmuró en voz alta y dio un sorbo al café pensando en pronunciar el nombre del comisario. El aura que lo rodeaba tenía un tufo sobrecogedor. No necesitaba darle más vueltas.

La noche del asalto, el inspector Berlanga se había reunido con Segarra en el restaurante en el que esa mujer le había obligado a ir. Muchas coincidencias para una ciudad tan grande. Si era una prostituta, también era probable que conociera a ambos. ¿Por eso se había acercado a él? ¿Y Berlanga?, se cuestionó. No era un hombre de esa clase de ambientes. Las preguntas lo abrumaron. Tanta incertidumbre lo consumía por dentro como se consume una colilla. Lo peor de todo era que se sentía atascado, sin saber muy bien cómo avanzar.

Con la mirada clavada en el fregadero y las neuronas procesando información a toda prisa, sintió un pálpito que le aportó la luz que buscaba. Se pegó una ducha, se vistió con ropa limpia y salió de casa para ir al hospital.

En ese momento, toda esperanza residía en Clara.

33

Llegó al hospital y cruzó la entrada, esta vez sin preguntar a nadie. Cuando salió del ascensor, la enfermera que se había dirigido a él en los días anteriores, le detuvo el paso. Maldonado la miró desde arriba, a pesar de que él no era muy alto.

—Esto no es un patio de recreo, ya se lo dije —le reprendió la mujer, frente a la puerta de la habitación del inspector—. ¿Qué se creen?

—No vengo desde hace días.

—Aquí únicamente puede estar su esposa. El resto, encuentros cortos.

Maldonado no estaba al tanto de que Berlanga hubiese recibido visitas, aunque tampoco le sorprendía. Después de todo, era una figura querida en el Cuerpo.

—Cálmese, que es lunes.

—Ya me ha oído.

Se apartó de su camino y giró la manivela de la puerta. Berlanga seguía dormido, conectado a esa máquina, tapado hasta el pecho y vestido como un enfermo. Acto seguido oyó los tacones de unos zapatos que se acercaban a él.

—Hola, Javier… —dijo Clara, apresurada. Le faltaba el aliento —. Me he dado toda la prisa que he podido.

El detective miró a ambos lados del pasillo y la invitó a entrar.

Después cerró con sigilo.

—He pasado una noche horrible. He tenido unas pesadillas… —prosiguió la mujer, después se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero—. Esta situación me está dejando sin energía…

—¿Estuviste aquí ayer?

—Sí.

—¿Hasta qué hora?

Ella arqueó las cejas, confundida.

—No lo sé… Me fui un poco antes de las siete. Estaba derrotada, lo siento.

—¿Quién más ha venido a visitar a Miguel?

Él inquirió con la mirada. Ella negó con el rostro.

—Nadie más, que yo sepa.

—Demonios… —murmuró y miró a su amigo, que seguía con los ojos cerrados.

De repente, ella leyó más allá de su mirada. Podía sentir la preocupación.

—¿Qué ocurre, Javier?

—Berlanga necesita protección. ¿Por qué no hay policía aquí?

—Les pedí que no lo hicieran. Ya tengo suficiente, ¿comprendes?

Pero no era una cuestión de empatizar con ella.

Ocultó el malestar rascándose la cabeza. Necesitaba hablar con Ledrado para que alguien hiciera guardia en la puerta. Por supuesto, alguien de confianza y eso era algo complicado de conseguir en ese momento.

La miró a los ojos e intentó transmitirle la verdad, pero le faltaban las palabras. Por desgracia y por respeto al hombre que había delante, no podía explicarle que la vida de su marido corría peligro y que desconfiaba de aquellos para quien había entregado su carrera.

—Dame un minuto. Tengo que hacer algo —dijo y salió al pasillo. A lo lejos, reconoció la figura chata de la señora que le había llamado la atención.

Caminó hacia ella y la alcanzó por detrás.

—Usted, otra vez —dijo, mirándolo por encima de las lentes.

—Le pido una disculpa —comentó él, ganándose su simpatía. El rostro de la enfermera no se inmutó—. Necesito preguntarle algo… Ha dicho que el paciente ha recibido más visitas, además de la mía y de la de su esposa.

—Dos, para serle más clara.

—¿Varones?

—Sí. Uno era moreno y el otro tenía el cabello castaño. Han dicho que eran compañeros del trabajo… Han sido discretos, educados y solo se han quedado un par de minutos… Lo sé porque estaba como testigo.

—Gracias… —dijo y sintió la congoja del peligro.

—Oiga, ¿a qué viene este interrogatorio?

El detective la ignoró y corrió hacia las escaleras. Si se daba un poco de prisa, tal vez los alcanzaría en las inmediaciones del hospital. Sintió un mal presagio de aquello.

Uno.

Dos.

Corre.

Salió del edificio y miró a ambos lados. Entonces notó el rugir de un motor que se encendía a sus espaldas. A esas horas, el tráfico aún era ligero, pero el ruido de los vehículos llenaba la Castellana. Se giró y vio un coche alargado a lo lejos, que reconoció al instante. Era el mismo que lo había seguido días antes en Delicias. Corrió hacia él, sin pensar en las consecuencias, pero el vehículo aceleró para incorporarse a los cuatro carriles del paseo. El sol impedía reconocer el rostro de los ocupantes. Maldonado daba zancadas por el bulevar nuevo que había junto a las torres de oficinas, abriéndose paso entre la multitud de empleados que caminaban en dirección contraria hacia sus puestos de trabajo. Poco a poco, el vehículo se alejaba hacia la plaza de Castilla.

Se detuvo, con el corazón en la garganta, latiendo como una bomba hidráulica y el vehículo se perdió en el tráfico hasta que desapareció.

Con la respiración entrecortada, buscó el móvil y marcó el número de Ledrado.

—Hay que proteger a Berlanga —ordenó, antes de que el otro hablara—. Han venido a por él y sospecho quién está detrás de esto.

34

A Ledrado le gustaba reunirse en lugares de paso. Esta vez lo esperaba en la gasolinera que había junto al hipermercado de Pío XII. El detective se despidió de Clara y condujo hacia allí.

Aparcó en la gasolinera, llenó el depósito y vislumbró a Ledrado en el espacioso aparcamiento. De brazos cruzados y con las gafas de sol puestas, esperaba apoyado en un Seat León oscuro.

—¿Cómo está Berlanga?

—De una pieza, todavía. ¿Te has molestado en ir a verlo?

—No he podido.

—¿Por qué no tiene protección?

—Su mujer no la quiso. No podemos ir en contra de su voluntad.

—Lo hacéis a diario.

—Maldonado…

—Escucha, ¿quién más está al corriente del caso?

—Del Hierro.

—Mierda… Tenemos un problema.

—¿Qué? —preguntó y entendió por dónde iba la conversación —. No, ni hablar. Te equivocas con él.

—No, no lo hago. He visto el mismo coche dos veces. No es una equivocación. Del Hierro ha visitado a Berlanga. Tal vez deberías hablar con él y enterarte de qué cojones está pasando.

—Estás llevando el asunto demasiado lejos… Te recuerdo que no eres policía. El inspector obedece órdenes —dijo y sacó un folio doblado del interior de la chaqueta—. Esto es de su parte.

Maldonado lo tomó y le dio un vistazo.

Era el informe de la autopsia del inspector Joaquín Ulloa. Los análisis habían encontrado en su ropa restos de ADN, pertenecientes a Louis Baptiste, cabecilla de una banda haitiana que controlaba el tráfico de drogas en las zonas de Lavapiés y Embajadores.

Maldonado leyó estupefacto el resto del documento.

La prueba de balística resumía que la nueve milímetros había sido robada.

—¿Qué demonios es esto?

—A Ulloa lo mataron y a Baptiste lo cazaron meses después. Ahora cumple condena en Meco.

Maldonado arrugó la hoja y negó dos veces con la cabeza.

—Esto es una farsa. Ulloa trabajaba en Homicidios y Desaparecidos, no en Estupefacientes.

—Cuestionas el trabajo de toda una unidad.

—¿Por qué no hay nada publicado sobre este tipo?

Ledrado suspiró.

—Por entonces, el horno no estaba para bollos. Imagina el titular: narcotraficante, inmigrante y haitiano… mata a un policía. Las calles habrían ardido en todos los sentidos.

—Me parece un argumento deplorable.

—El informe deja claro que lo mataron, ¿qué más necesitas?

—Proteger a Berlanga. Tienes que poner a alguien de confianza ahí o no habrá segundo aviso.

—Dame una razón para escucharte.

—A Claudia Rodríguez la mataron porque sabía algo sobre el comisario… Seguramente, las fotografías fueron el último chantaje para que callara.

—¿Por qué una prostituta iba a molestarse en denunciar a un alto cargo de la policía?

—Era una persona, ante todo.

—Por supuesto —comentó desdeñoso.

—Berlanga se reunió con el comisario Segarra para cenar en el restaurante Fetén, la noche en la que fue atacado… —explicó y encendió un cigarrillo para calmar las ansias—. Por eso, esa mujer me buscó, me pagó con un dinero que no era suyo y me citó en ese hotel por alguna razón.

—No te sigo, ¿a dónde quieres llegar?

—Como Berlanga, Ulloa se dio cuenta de las incongruencias en los informes de los asesinatos de los violadores y decidió reabrir los casos. Fue entonces cuando descubrió la verdad y por eso lo mataron. Berlanga tomó el relevo, por alguna razón que aún desconozco. Casualmente, los últimos dos asesinatos presentan semejanzas con lo que sucedió hace un año.

—¿Y qué pasa con ella? Era una fulana.

Maldonado se rascó el mentón y prefirió ignorar la tiña con la que se refería a ella. Su intuición le indicaba que estaba cerca de descubrir algo.

—Su papel era clave en este meollo. Por eso sospecho que la mataron.

—Entiendo.

Un silencio de incredulidad se apoderó de la conversación.

—Conozco esa mirada, inspector. Me sorprende que, un año después de la muerte de Ulloa, se estén repitiendo los crímenes.

—Solo son conjeturas.

—No, no lo son.

—¿Crees que alguien se está cobrando la justicia por su mano y fue Ulloa quien lo descubrió?

—Te estoy diciendo que existe un patrón común entre las víctimas. Todos han maltratado o violado a una mujer. Una de las víctimas no declaró en contra del agresor. Las familias se abrazaron al miedo y los culpables salieron airosos. De un modo u otro, la justicia falló y no pagaron por lo que hicieron, pero todos han muerto de un modo parecido…

—De ser así lo que dices, si Ulloa está muerto, ¿por qué no han matado ya a Berlanga? No es tan complicado, no tiene protección.

Maldonado se quedó en blanco por un instante.

—No les hace falta… Es probable que no vuelva a hablar.

—Estás chiflado —respondió con desprecio—. Debes dejarte el segoviano.

—Existe un patrón, no lo quieres ver, como tampoco quieres aceptar que es muy jodido que no exista ni una maldita prueba de balística. Qué casualidad que lo mataran con un arma robada…

—No sé si quiero seguir escuchando lo que dices.

—Este es un trabajo meditado y de policías. Tienes un topo dentro de la comisaría y se llama Del Hierro.

—¡Basta ya! Será mejor que lo dejemos aquí —respondió, enfadado y decepcionado, como si estuviera escuchando a un demente—. Es suficiente. Tengo trabajo que hacer.

—Habrá otro muerto, Ledrado, te guste o no.

El inspector subió al coche y bajó la ventanilla antes de partir para dirigirse a él.

—Berlanga estará bien. Tómate un respiro de unos días hasta que se calme todo.

—Sigo sin convencerte, ¿verdad?

—Esa mujer no se llamaba Claudia Rodríguez… Lo siento, te mintió hasta en eso. Su nombre era Amalia Vilaplana, trabajaba de escort y la conocían como Cristal… Hasta donde hemos averiguado, era una persona conflictiva, tenía problemas de acciones, varios meses sin pagar el alquiler y a un proxeneta al que debía dinero.

—Me cuesta creerte.

—Tal vez tengas razón y quisiera que la ayudaras, pero dudo que juegue un rol decisivo en esto. Lamento ser yo quien te lo cuente.

35

Decidió jugar su última carta, regresando al último lugar en el que había visto con vida a su cliente. La puerta del hotel Meliá Fénix seguía custodiada por el mismo botones de la primera visita. Dada su experiencia con el personal de los hoteles, aquellas personas eran auténticas cajas de secretos, dispuestos a callar hasta que el dinero les obligara a hacer lo contrario. Todo dependía de la predisposición y de la lealtad que tuvieran a la empresa. El Fénix era un hotel de renombre, con buena fama y sospechó que la plantilla también contaría con buenos salarios, lo suficientemente altos como para silenciar las bocas de los más chismosos.

Entró en el hotel, bajo la mirada atenta del botones y fue directo al bar, fijándose en las esquinas del techo, en busca de las cámaras de seguridad. Probablemente, las cintas de esa noche ya estarían borradas, después del interés de la Policía por hacerse con ellas. No era ilegal retener las grabaciones, siempre y cuando no se presentara una orden para confiscarlas. Pero con los hoteles siempre existían problemas que hacían los procesos más lentos. En primer lugar, la política de la empresa, con tal de preservar la intimidad de los huéspedes, intentaba frenar la orden a todo coste. Cuando eso ocurría, no era para entorpecer el trabajo de la policía, sino para proteger a aquellos clientes que guardaban secretos y que, probablemente, estos habían sido filmados en algún rincón del edificio. Por otro lado, la Policía solía guardar las imágenes a su favor para emplearlas más tarde.

«Uno nunca sabe cuándo tendrá que ponerse esa corbata tan fea que le regalaron por Navidad».

Acudió a la barra del Dry Martini y reconoció al barman que los había atendido durante su encuentro.

—¿Qué desea tomar?

—¿Me recuerda?

—Un escocés con hielo.

—No tiene buena memoria, pero sabe fingir con elegancia —espetó tensando la mandíbula y se metió unos centímetros dentro de la barra. Después sacó un billete de cincuenta euros y lo dejó encima de la superficie—. Estuve aquí, acompañado de una mujer… Quizá esto le refresque la memoria.

—Ahora que lo dice, sí. Estuvo con Cristal.

—Veo que nos entendemos. ¿Qué me puedes decir de ella?

Los ojos del barman se entornaron. Estaba hablando más de la cuenta.

—Lo mismo que de todas las que son como ella —dijo y agitó la coctelera. Después sirvió el contenido en la copa de cristal—. Que les gusta el Martini bien seco y los tipos maduros.

Maldonado sacó el teléfono móvil y le mostró una de las fotografías que había tomado del dueño del restaurante.

—¿Como yo? —preguntó, fijándose en su rostro.

—Por aquí pasa mucha gente, pero no como usted.

—¿Y se acuerda de todos?

—De los que dejan buenas propinas.

—Entiendo —comentó, guardó el teléfono y dio un sorbo al trago, sintiendo cómo el alcohol atravesaba su garganta—. A Cristal la encontraron tirada en un descampado, como un trapo…

La fingida frialdad descolocó al barman. Maldonado hablaba como si la noticia perteneciera al resultado de un final de liga de fútbol. Sin embargo, obtuvo lo que esperaba: una sorpresa descontrolada.

—¿Es una broma de mal gusto? —reaccionó con torpeza, tirando un cubierto al suelo—. No, no le creo. Nos habríamos enterado por la Policía.

El detective seseó y le hizo un gesto para que bajara la voz. El salón del hotel estaba casi vacío y muy tranquilo. Lo último que deseaba era llamar la atención.

—Si esa chica te importaba algo, necesito que me cuentes con quién se veía aquí.

El barman vaciló por unos instantes. Era como si dudara entre la confesión y salvar su pellejo.

—Se reunía aquí con un hombre de cabello largo y gafas… —comentó, acompañando las palabras con un tono melancólico—. No

sé qué relación tenían, pero no era una pareja, no sentimental, ya me entiende…

—Te refieres a su chulo.

—Yo no he dicho tal cosa —aclaró, ofendido—. Le cuento lo que vi y ese hombre no se mostraba en actitud cariñosa, a diferencia del otro.

—¿El otro?

—La mayoría de las veces, Cristal venía sola al hotel. Tomaba algo, daba un vistazo y subía a las habitaciones cuando los huéspedes ya estaban en ella… Pero un día cambió su manera de actuar. De pronto, empezó a citarse con ese tipo del pelo largo… Hablaban, discutían. Querían llegar a un acuerdo y ella accedió… Entonces apareció ese hombre mayor con el pelo ensortijado y canoso.

—¿Conoces su nombre?

—No. Solo sé que era alguien importante. Vestía traje y desprendía un aura de autoridad.

La descripción encajaba con la del comisario Segarra.

—¿Te enteraste de qué hacía aquí?

—Glennfiddich con hielo para el hombre mayor, London Gin para el de la barba y un Martini seco para ella… —recordó, como si los tuviera delante, sentados en los sofás del salón—. Se reunieron tres veces. El hombre del cabello largo los presentó y después desapareció. Los dos se quedaban hablando hasta que terminaban el trago y posteriormente, el hombre mayor se iba. La relación era cariñosa, aunque no del modo en el que piensa… Era como paternal, algo extraño. Y eso fue todo… Se sentaban y hablaban. Él le mostraba algunas fotografías y ella atendía. Luego desaparecieron y no los volví a ver, hasta que ella regresó contigo.

—Soy detective y Cristal era mi cliente. Estábamos cerrando un trato —aclaró para disipar las dudas—. ¿Conoces el motivo de los encuentros?

—Ella parecía otra mujer después del segundo encuentro…

—¿Otra?

—A Cristal no le iban mal las cosas, pero todos sabíamos a qué se dedicaba. Ese cambio de indumentaria, sin más, no era lo que atraía a su clientela.

—Entiendo.

—Era una buena mujer. Nunca dio problemas y sabía comportarse. A veces estaba en el bar, otras en el Ritz o en el Palace. Tenía un gran atractivo, pero he visto mujeres más explosivas que ella… Sin embargo, no le faltaba demanda. Se adaptaba a los entornos como un camaleón y quizá ese era el valor añadido que todos deseaban.

—¿Y por qué crees que accedió a verse con ese hombre?

El barman lo miró y se encogió de hombros, como si la pregunta fuera obvia.

—Aunque lo desmintiera, la vida de Cristal no era fácil… Supongo que le ofreció una salida, un billete de ida, sin retorno… y esa fue la razón que la hizo cambiar de parecer.

36

Martes.
Día 4.

Esa mañana no había tiempo para cafés, ni desayunos. Cerró la puerta de un golpe y la secretaria dio un salto sobre la silla.

—¡Javier! ¡Por Dios! Me has dado un susto…

—Necesito tu ayuda —dijo, apurado, acercándose al escritorio —. Quiero que encuentres todo lo que puedas sobre el comisario Segarra.

Ella lo miró desconcertada. No entendía a qué venía tanto estrés repentino, aunque intuyó que el jefe iba detrás de una pista.

—Por cierto, la señora Rodríguez no ha vuelto a dar señales de vida…

—Y me temo que no las dará —respondió con tristeza y apoyó la mano en el respaldo de la silla. Ella notó el gesto. El interés crecía sobre el misterio—. Su cuerpo apareció anoche, tirado en los alrededores del Metropolitano.

Ella expresó la confusión arrugando el rostro.

—Pero…

—Era una prostituta. Yo tampoco lo hubiese creído… y mira que tengo el instinto afilado.

—No entiendo nada.

—Por favor, busca lo que puedas sobre el comisario Segarra. Necesito empezar por alguna parte. Presiento que hay algo que se me escapa y ese algo está relacionado con el ataque a Berlanga, el caso de Ulloa, la muerte de esa mujer y de los violadores que quedaron libres…

—¿Crees que el comisario tiene alguna relación con los asesinatos?

Maldonado echó un ojo por encima a los titulares de la pantalla.

Todos los enlaces hacían mención a su carrera o a actos públicos a los que había asistido. En ellos, Segarra aparecía repeinado, con el uniforme oficial cargado de galones, acompañado de otros altos cargos.

—No, debe de haber algo más. Busca noticias que ocurrieron hace un año o más.

La secretaria tecleó una serie de comandos en el buscador para cotejar la búsqueda para filtrar los resultados.

Mientras que ella buscaba, él comenzó a cavilar. Debía remontarse al inicio de los asesinatos. El primer acto le daría el motivo y la justificación del resto. Recordó el dosier que había leído. Ulloa intentaba resolver dos asesinatos. El primero era el de Paquito «El Cables». Tres víctimas. Las dos primeras eran camareras en un prostíbulo. La tercera, una menor de edad que no presentó denuncia. El segundo asesinato era el de Miguel Lagartos, el aristócrata. La razón, pensó, tal vez fuese la injusticia. Lagartos había usado su poder para librarse de la cárcel. ¿La venganza? Castigarlo desde una posición de autoridad superior.

Respiró hondo.

Regresó al caso de Paquito «El Cables», preguntándose quién sería la víctima menor de edad que había guardado silencio.

«¿Por qué? ¿Con qué motivo?»

—¿Quién es Eva Segarra? —preguntó él, al ver el nombre en la pantalla.

—No lo sé —respondió, extrañada—. Debe de haberse mezclado con los resultados, por culpa del apellido.

Él la miró por encima del hombro y se acercó a su cuello para ver de cerca la pantalla. Al leer el titular, le indicó que lo abriera.

De repente, notó cómo el cuerpo de la chica temblaba de los nervios.

La noticia hablaba de la muerte de una joven de veintidós años, estudiante de Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid. La causa había sido el suicidio. De un primer vistazo, Eva Segarra no tenía ninguna relación con el comisario, más allá del apellido, pero Maldonado sintió una pequeña corazonada.

—Busca más sobre esa chica.

Los resultados no tardaron en aparecer.

Eran noticias antiguas, aunque aún conservaban las fotografías

en el servidor.

Ninguno de los dos pudo evitar la sorpresa cuando vieron la única fotografía que circulaba por el ciberespacio.

La joven, morena y con la piel blanca, tenía un asombroso parecido con Claudia Rodríguez, tanto en su rostro como en su apariencia.

Eva Segarra se había quitado la vida años después de haber sido violada por el reincidente Francisco Quintana, también conocido como Paquito «El Cables».

Abrumado, se echó el pelo hacia atrás y sintió el peso del cansancio sobre su cuerpo. Le costaba respirar. Llevaba demasiados días durmiendo poco y mal y alimentándose peor. Lo que estaba a punto de hilar le producía vértigo contarlo en voz alta. Si aquello era cierto y sus pesquisas tenían sentido, su teoría era un disparate. Incluso a él le costaba asimilar que el comisario Segarra estuviera detrás de un escándalo así: buscar venganza para curar una herida que nunca cicatrizaría.

—Diablos… —expresó y se apoyó en el escritorio de la secretaria, tomando un respiro, sintiéndose pequeño, demasiado insignificante para hacerle frente a un aparato policial.

—Dime que no estoy alucinando… —comentó Marla, refiriéndose al asombroso parecido entre las dos mujeres.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Marla movió la pestaña a un lado y abrió una de las noticias en las que aparecía el comisario con otros policías. Padre e hija compartían un notable parecido facial.

—Espera… Creo que he visto a esta persona antes —dijo, señalando a un muchacho con el pelo ondulado que había en una esquina de la imagen—. Es él, Javier.

El detective, aún abrumado por el descubrimiento, se fijó en la pantalla. A él también le resultaba familiar y no descartó que fuera el hijo de Segarra.

—Se parece mucho a su hermana.

Ella lo agarró del antebrazo, con fuerza.

—¡No! Es el hombre que la invitaba a subir a ese coche…

Maldonado sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Estás segura de que era él?

—Tan segura como que te sorprendí fumando en el despacho.

Tocarle las narices al comisario era meterse en el ojo del huracán. Las palabras de Marla cobraban sentido. Se fijó en el chico de la fotografía y sintió haberlo visto en alguna parte, aunque la memoria no lograba aclararle dónde. Por desgracia, el ejemplo de Ulloa ya había sido suficiente como para repetirlo. Si estaba en lo cierto, sospechó que lo más probable era que Segarra blanqueara a sus cachorros, dejándolos actuar sin compasión. De ahí los informes falsos, la disposición del coche de un fallecido, las declaraciones impostadas, el asesinato de Cristal por miedo a que alzara la voz y el silencio de los medios de comunicación.

Lo más nauseabundo era la relación de Segarra con Cristal. Para él, había que tener una mente muy oscura para contratar los servicios de una mujer que se hiciera pasar por su hija fallecida.

«El dolor por la pérdida puede ser tan grande, que el hombre es capaz de aferrarse a una mentira, por miedo a no sanar nunca».

En ese instante, el detective comprendió que, si seguía actuando de esa manera, lo más probable es que él fuera el siguiente, tan pronto como supieran que estaba metiendo las narices donde no debía.

«Quizá ya sea tarde para hacerlo».

La paranoia y la desconfianza se hizo acopio de sus pensamientos, cuestionándose si Ledrado estaría involucrado en ello.

«No, él no puede ser uno de ellos».

Necesitaba pensar en algo y no disponía de tiempo.

La chica lo seguía observando, expectante a que hablara.

—¿De cuándo son las noticias?

Ella comprobó las fechas.

—Más o menos… recientes, de hace dos años.

Maldonado disipó las pocas dudas de la muerte de esa chica y la relación con los crímenes. Sin embargo, antes debía asegurarse de que su coartada era cierta. De lo contrario, pagaría demasiado por el error.

—¿Pone por alguna parte cuándo murió esa chica?

—Hoy…

—Maldita sea, Marla. No estoy para bromas…

—Quiero decir que murió tal día como hoy, hace dos años… ¿No es una casualidad?

—Nunca he creído en las casualidades. Hoy tampoco haré una excepción.

37

Bajo la presión del jefe, Marla telefoneó a las oficinas de registro de los diferentes cementerios de la ciudad hasta localizar el nicho de la hija del comisario, que estaba enterrada en el Cementerio de Carabanchel.

Cuarenta minutos más tarde, los dos viajaban en el interior del viejo Volkswagen, poniendo rumbo a la necrópolis del sur de la ciudad. No era lo más apropiado en un día tan señalado como ese, pero el detective temía no tener otra oportunidad para descartar la única hipótesis válida que guardaba. Si la corazonada no le fallaba, estaba convencido de que Segarra les había mentido a todos para cobrarse la justicia por su mano. El comisario no era tan estúpido como para mancharse las manos, con toda la responsabilidad que tenía a su cargo. Para llegar a él por la vía judicial, debía averiguar quiénes eran los que hacían el trabajo sucio. Un ligero miedo recorrió el cuerpo del expolicía. Sentía que esa era la misma conclusión a la que habían llegado los otros inspectores.

Atravesaron la ciudad con el ruido de las obras de fondo. Madrid era una ciudad sin terminar, en plena construcción y de manera intermitente. Maldonado no la recordaba de otra manera, igual que recordaba las palabras de su padre al decir que la capital quedaría hermosa cuando la terminaran. «Eso nunca lo veremos, padre», pensaba, riéndose hacia dentro, pero también sintiendo que no había manera de parar el crecimiento de una urbe que se encarecía, se apretujaba y devoraba a los que no eran capaces de adaptarse a ella.

La cinta de música se había quedado atascada en el radiocasete. Marla tenía frío y movía la palanca giratoria para subir la ventanilla, pero el cristal se atoraba cuando llegaba a la parte más alta.

—¿Cómo puedes conducir en invierno con este trasto?

Él sonrió y dio un golpecito al volante.

—Este coche no se achanta con el frío.

—Pronto prohibirán que circules con él.

—Y pronto prohibirán que pensemos con la cabeza —respondió, evitando la confrontación. Ella tenía razón, pero él no tenía el dinero para hacerse con un nuevo utilitario, ni las ganas de cambiar al viejo Golf.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? No es de buen recibo presentarte a la familia en un día tan señalado…

—Siempre me pides que te incluya en mis casos.

Ella puso los ojos en blanco y giró el rostro hacia el otro lado de la ventanilla.

—¿Qué pasó con esa mujer?

—Una desgracia.

Le hubiese gustado contarle que la realidad era mucho peor que la ficción. Los buenos no siempre ganaban y los malos caminaban impunes por las calles, buscando una víctima o planeando la siguiente fechoría. La Policía no era perfecta, así como tampoco lo eran quienes mataban por placer o por alguna razón que parecía loable para ellos. En el Cuerpo no estaban los mejores, sino quienes habían renunciado a otras vidas por dedicarse a esa, nada más. Y cada cual tenía sus motivos, unas ideas subjetivas que iban en paralelo a lo que dictaba la ley. En todos sus años, no había conocido a muchos policías de cuna. Ser hijo de uno o nacer entre galones tampoco te aseguraba el instinto. Había que poseer algo que iba más allá del talento. Una tara, un trauma o un deseo por cerrar los rompecabezas. Pero también había que poseer un estómago sin fondo para tragar todo aquello que la sociedad tiraba a la calle sin mirar atrás. La muerte de esa mujer era una más en un registro de víctimas que cada año terminaba en una estadística, en un informe policial redactado por un novato y en un archivo de cartón que acumulaba polvo en las dependencias policiales. Esa era la realidad.

Aparcaron cerca del cementerio y caminaron juntos al interior. Entrada la tarde, el frío se aguantaba mejor debido al sol de invierno que aún calentaba la piel. El detective nadaba en un mar de dudas, dándole la razón a la secretaria, que lo acompañaba en silencio. Tenía la esperanza de encontrarlo allí, junto a la tumba, o

de encontrar una corona de flores, un detalle que cerrara la conexión. Todo era una cuestión de fe que podía caer como un castillo de naipes si sus pesquisas lo llevaban a un callejón sin salida.

Tras un largo paseo, encontraron la tumba de la chica.

—Parece que llegamos tarde —señaló ella.

Alguien había depositado dos ramos de flores junto a unas velas encendidas.

—Tu familia te recuerda —leyó él en voz alta, rascándose la barba de varios días, que comenzaba a sentirse como una lija áspera —. Dicen que un padre es capaz de hacer cualquier cosa por una hija. Me pregunto qué pensará ella al respecto…

Cuando decidieron tomar el camino de regreso, sintieron unas pisadas sobre la grava que se acercaban a ellos. Maldonado se giró y el contraluz le impidió ver con claridad sus rostros.

—Segarra… —musitó, sin que el otro lo oyera.

—¿Le importaría alejarse de la tumba de mi hija? —preguntó el comisario, vestido de traje. A su lado iban dos hombres. Uno de ellos era el chico de la fotografía, el mismo que Marla había reconocido. El otro era el inspector Del Hierro.

La tensión era palpable entre ellos. Notó el nerviosismo de Marla al moverse, la tensión que petrificaba su cuerpo y al fin encontró la conexión con ese chico.

El hijo de Segarra era también un agente de policía. El mismo con el que se había cruzado anteriormente.

No entendía cómo había dejado pasar aquella señal. La había tenido delante todo ese tiempo.

Allí estaban, frente a él, los tres hombres encargados de limpiar la ciudad de maleantes.

—Buenos días, inspector… —le dijo a Del Hierro, que lo observaba con desprecio—. La ciudad es un pañuelo.

—Estábamos dando una vuelta —intervino la secretaria y agarró del brazo al detective—. Ya nos íbamos.

La expresión de los tres no se relajó, pero guardaron silencio, a la espera de que se marcharan.

Abandonaron el cementerio, sintiendo la mirada punzante del comisario en sus nucas y subieron al coche.

—Ya sabemos quién está detrás del ataque a Berlanga.

—Estás hablando del comisario Segarra.

Sacó el móvil y marcó el teléfono del inspector, pero no logró localizarlo.

—Será mejor que nos vayamos… Tengo que reunirme con Ledrado lo antes posible. Sabía que Del Hierro era quien estaba detrás de la investigación.

—La próxima vez, asegúrate de guardar la conversación en una nota de voz —dijo y le pidió el teléfono. Después le mostró un icono —. Esta aplicación registra el sonido y lo guarda en un servidor remoto. No lo olvides.

—Eso es ilegal. ¿Lo has hecho antes?

—Nunca sabes cuándo necesitarás esas conversaciones…

—¿Desde cuándo ha florecido en ti ese lado tan retorcido?

—Lleva cuidado, Javier —dijo con voz maternal y preocupada por la situación—. Sin Berlanga, presiento que algunas cosas están cambiando y puedes correr peligro…

—Sé cuidarme solito, Marla. Para bien o para mal, nos guste o no… la vida es un constante cambio.

38

Apoyado en una de las mesas altas de la calle, Maldonado esperaba a Ledrado con un botellín de cerveza en la mano, en la puerta del Río Nalón. Era un bar asturiano de los de siempre, con su bandera del Sporting de Gijón y las vitrinas llenas de chorizos a la sidra para saciar los estómagos de los estudiantes que se movían por los alrededores de Cea de Bermúdez y Quevedo. Mientras esperaba al encuentro, Marla trabajaba en el despacho, recopilando toda la información posible que relacionara a Segarra con el caso, a raíz de la muerte de su hija. Internet era un pozo de resquicios del pasado y de entrometidos que siempre tenían algo que opinar, por muy banal que fuera. Como un vertedero de información, con un poco de maña, se podía rescatar algún dato que fuese útil. Cualquier detalle les podría ser de utilidad.

—No son ni las seis y ya estás bebiendo… —le dijo Ledrado. Después se dirigió al dueño del bar, cuando este apareció por la puerta—. Una Coca-Cola, por favor.

—No sé qué es peor, si el alcohol o tu apatía ante la vida.

—¿Qué es tan urgente, Maldonado?

—¿Por qué no me hablaste sobre Eva Segarra?

—Ya te lo dije. No me gusta airear las desgracias ajenas. Además, ¿qué importa ella ahora?

—Importa y mucho. Fue la joven menor de edad de la que Paquito «El Cables» abusó. No presentaron denuncia y, poco más tarde, «El Cables» apareció ahorcado, aparentemente, por suicidio.

Ledrado se quedó perplejo.

—¿De dónde has sacado esa información?

—De Internet. Si yo la he encontrado…

A más datos, más desesperación.

—Es un asunto escabroso. Nadie lo ha comentado, ni siquiera cuando sucedió. El comisario no quiere oír hablar del tema y

supongo que tendrá sus razones para ocultar tanto dolor. No es un recuerdo agradable. Cada cual se cree la realidad que necesita para seguir levantándose cada mañana.

—Tampoco me dijiste que su hijo trabaja contigo.

Ledrado arqueó las cejas.

—Conmigo y con el resto del Cuerpo. ¿De qué va esto, detective?

—¿Has hablado ya con Del Hierro?

El policía negó con la cabeza.

—Te gustará saber que me he tropezado con Segarra y con su hijo, juntos, en el cementerio del sur, acompañados de Del Hierro… Créeme, no hay duda de que los tres están metidos en el caso, inspector. Estoy convencido de que son quienes mataron a esos hombres, además de manipular el informe de Ulloa, las pruebas de balística y silenciar a esa mujer.

—Echa el freno, sabueso.

—Pero sin tu ayuda, no puedo ir a ninguna parte…

A Ledrado le costaba digerir lo que oía.

—No lo harás, ¿te estás oyendo? —preguntó, avergonzado—. Es un disparate lo que dices. Lo de asesinato múltiple, incluyendo a un policía, así que déjalo estar y olvídate del asunto.

Pero el tono inquisitivo no podía frenar al detective.

—Un padre haría lo que fuese por una hija…

—Maldonado, no eres policía.

—Segarra pagó los servicios de Cristal para que esta se hiciera pasar por su hija… ¡Por su hija muerta! Y orquestó los asesinatos, uno a uno, poniéndolos en manos de Del Hierro y de su hijo… De ahí los fallos que cometieron. Por eso, Cristal vino a mí y por esa razón guardaba mi tarjeta en el bolso. De alguna manera, descubrió lo que estaban haciendo y vino buscando ayuda. Si aún no te parece retorcido el asunto, tienes un problema…

—¿Cómo sé que puedo creer lo que dices?

—He hecho mi trabajo.

—Esto no tiene sentido. No sé cómo te habrás informado, pero Segarra es el comisario. Nadie, con un cargo así, en su sano juicio…

—Berlanga sigue conectado a un tubo para respirar. Si te parece, puedes meterte tu código de lealtad por el culo…

Por primera vez en su vida, encontró a un inspector desarmado,

frágil y confundido. Imaginó la batalla interna que estaría librando en ese momento, contemplando cómo su ejemplo de conducta ardía como un hereje en su corazón. Tal vez él no lo viera, pero Maldonado era consciente de que Segarra no era el policía ejemplar, sino un bastardo dolido y con sed de venganza.

Tras el largo silencio, se fijó en el inspector, que no había tocado el vaso de refresco.

—¿Estás bien?

—No te metas, detective. Ya has hecho suficiente —dijo, sin más explicación y le regaló una palmada en el hombro—. Aclararé lo que ha sucedido. Seguro que existe una explicación diferente a la que cuentas.

—Ledrado, espera, carajo…

Pero no le dio opción para responder.

El policía dio media vuelta y desapareció por la esquina.

Regresó al centro, sorprendido por la reacción de Ledrado. No le extrañó que actuara de ese modo, pero sí que no fuera capaz de entender lo que sucedía. Se encontraban ante un caso de corrupción y el inspector no quería digerir la realidad. O tal vez se sentía traicionado por su nuevo compañero y eso era lo que más le había dolido.

Reflexionó sobre si haría bien contándoselo a la secretaria. La verdad era todavía más bizarra que lo que ella había imaginado. Sintió pena y asco por el comisario, que había perdido la cabeza por completo. Puede que a Cristal no le importara hacerse pasar por su hija, a cambio de un porvenir mejor, si eso contentaba al cliente. Después de todo, Segarra buscaba abstraerse de la vida que llevaba y reconciliarse consigo mismo. Para su desgracia, la pobre dama no fue capaz de avistar el final del túnel. Segarra era peligroso y tenía las manos manchadas de sangre, por lo que no iba a poner en peligro su larga carrera.

Debía mantener la calma. Sin Ledrado de su parte, de nada servía todo lo que había averiguado por su cuenta.

La tarde caía en Moncloa a ritmo rápido y casi sin percibirse. Encendió las luces y evitó el tráfico que rodeaba al intercambiador, con el fin de esquivar a las patrullas de municipales que manejaban el tráfico a esas horas y a la multa que le podían meter.

La vuelta al apartamento era larga, pero creyó que merecería la

pena. Necesitaba recoger el dosier de Ulloa y llevarlo a la oficina, junto al resto de documentos. Había llegado el momento de preparar un informe al completo.

Dejó atrás el Hospital Universitario y se metió de lleno en la avenida de los Reyes Católicos para bordear el campus de la Universidad Complutense. A esas horas, el tránsito era escaso, debido a los exámenes cercanos a las fechas navideñas y la presencia estudiantil era menor aún. Las luces de los edificios vacíos alumbraban como farolillos en la penumbra del terreno universitario.

A la altura de la facultad de Ciencias Políticas, un agente de Policía Nacional le dio el alto.

«Estupendo, la secreta», dijo, arrogante, y redujo la velocidad.

Lo habitual era que alguna patrulla circulara por allí en busca de camellos que trapicheaban con droga para vendérsela a los estudiantes, así que tan solo esperó que no le cayera una multa. El agente le obligó a echarse a un lado, bajo una farola de luz amarilla que iluminaba bien poco. La noche invernal volvía el campus todavía más oscuro, debido a los árboles del parque.

Por el espejo observó la silueta del agente acercándose a él con una linterna en la mano.

—Buenas noches, caballero —saludó, apuntándole con la luz en el rostro. Maldonado giró la vista.

—Baje eso, por Dios… No soy un criminal.

—¿Me enseña la documentación, por favor?

—Claro… —dijo y abrió la guantera—. No debe de andar muy lejos, espere…

—Lleva un faro fundido.

—Pues no lo sabía… Me lo acaba de decir usted.

—Ya…

Maldonado sacó toda la basura del salpicadero y los papeles arrugados que almacenaba en la guantera. Primero, aparecieron paquetes de tabaco arrugados y vacíos. Después, folletos de bares, periódicos, cajetillas de chicles… El policía comenzó a impacientarse.

—Le juro que la tengo en alguna parte.

—La documentación, si es tan amable.

—Por supuesto —contestó y le mostró el carné de identidad.

—Ábrame el maletero, si es tan amable.

—Si es por lo del faro, lo arreglaré…

—Ya me ha oído.

—Está bien, está bien… —murmuró, apagó el motor y bajó del Golf con las llaves en la mano. A unos metros divisó el otro vehículo en la oscuridad. En el interior esperaba un segundo agente. Siguió la orden y deseó que el control terminara lo antes posible. No quería más problemas con ellos.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta trasera.

—Como puede observar, no hay nada. ¿Puedo marcharme ya?

—Me temo que no —dijo y apagó la linterna.

El detective notó un extraño acento en su forma de hablar que le resultó cercano. Después se dirigió a él, bajo la oscuridad y reconoció esa mirada: era el hijo de Segarra. Rápidamente, sus ojos se dirigieron a la cintura del policía. Antes de que lograra darse la vuelta, un brazo lo sujetó por el cuello, inmovilizándolo y echándolo atrás. Luego un paño húmedo le tapó las fosas nasales y la boca. Canalizó la rabia en resistencia para deshacerse del segundo que lo sujetaba e intentó golpearle con el codo, pero el fuerte olor del éter volvió sus músculos más y más pesados, hasta adormecerlo por completo.

Lo siguiente que vio, fue el cielo estrellado, silencioso, rodeado de árboles negros y el resplandor de una luz amarillenta que se apagó lentamente.

39

Despertó por los agudos pinchazos de la jaqueca. Sintió las gotas de sudor frío bajo la camisa, empapándole el pecho y la camiseta interior de tirantes. Le dolía pensar, como también respirar y le molestaba la claridad al abrir los ojos. Aturdido, intentó moverse, pero las muñecas le rozaban con un plástico que se le clavaba en la piel. Llevaba el abrigo puesto. Reconoció su propia fragancia característica, formada por nicotina y colonia varonil. Intentó dar una respiración más profunda y llenar los pulmones, pero el aire estaba viciado y el olor a humedad era fuerte. La humedad no era propia de Madrid, siempre y cuando no estuviera a ras de suelo. Supuso que debía de encontrarse cerca del Manzanares. Intentó moverse con los pies, pero sufrió el dolor en los tobillos y comprendió que estaba atado de pies y manos.

Cuando logró abrir los ojos, avistó un tubo de luz en el techo, que parpadeaba, a punto de fundirse. No había ventanas, ni puertas, así que calculó que estaría en el sótano de algún edificio. La luminosidad le permitía alcanzar unos metros. Luego, todo se convertía en penumbra.

Si se agitaba demasiado en la silla, lo más probable era que diese de bruces contra el suelo, perdiendo así la poca movilidad que aún tenía.

Primero pensó que no lograría abandonar aquel zulo quedándose allí parado. Optimista, se alegró de que no le ataran las muñecas por detrás del respaldo de la silla, lo cual le permitía moverse hasta que la flexibilidad marcara los límites. Con fuerza, estiró los brazos hacia el bolsillo del pantalón donde guardaba el teléfono móvil. Lo sacó con maña, utilizando el dedo índice y encendió la pantalla. Comprobó la hora. Eran las dos de la madrugada.

«El éter debió de ser fuerte», musitó, recordando las últimas

imágenes antes de desmayarse.

Estaba convencido de que los cachorros de Segarra lo habían encontrado. Su final estaba cerca y Madrid amanecería con un nuevo titular en la sección de sucesos, siendo él esta vez el protagonista.

Desplazó el bloqueo con la yema del dedo y buscó el número de Ledrado en la agenda, pero allí abajo no había señal telefónica. Entonces oyó unos pasos que se acercaban desde lo lejos. Observó el menú de la pantalla y se fijó en un botón rojo que había junto al resto de las aplicaciones. Lo pulsó y abrió la grabadora que Marla le había instalado. Si le ocurría algo, aquel sería el único testimonio.

Activó la grabación y guardó el terminal en el pantalón.

Una puerta se abrió, una sombra se acercó a él y después la acompañó una segunda presencia. La luz alumbró sus rostros con debilidad.

Maldonado, que seguía aturdido, reconoció las dos caras que tenía enfrente. Por algún motivo, no le sorprendió encontrarse con ellas.

—Qué cosas, ¿verdad? —comentó el hijo de Segarra, vestido con una sudadera con capucha y unos pantalones negros. Poco se parecía al policía uniformado con buenos modales—. Dile a un hombre que no puede hacer algo, y moverá cielo y tierra para conseguirlo… Somos más predecibles de lo que creemos.

—Tu padre debe de estar orgulloso de ti. De tal palo, tal astilla.

El policía miró a Del Hierro, que era el tercero en discordia. Maldonado comprobó que, entre los dos, existía un juego de roles. Del Hierro supervisaba las acciones del novato, como si estuviera examinándolo.

—Esto se podría haber evitado. Ya no eres policía —respondió el inspector—. Este asunto no va contigo.

—Sabía que estabas en esto, desde que te vi —explicó. Debía medir las fuerzas y las palabras. Tenía la boca seca, necesitaba un trago de agua—. ¿Creías que no me iba a enfadar?

El joven se rio, pero el inspector no. Maldonado se preguntó quién de los dos sería el más descerebrado.

—Berlanga se metió donde no debía. Quiso remover el pasado y seguir los pasos de Ulloa… y, mira… Ahora tenemos un drama innecesario y una esposa infeliz. Parece mentira que no aprendieras

la lección.

—Me pregunto qué ganáis con esto.

El comentario les cambió la cara a los policías.

—Defender el honor de las mujeres como mi hermana, que han sido víctimas y a las que han destrozado la vida por completo —respondió Segarra, acercándose a él y mirándolo con asco desde arriba—. Aunque no lo comprendas, le hacemos un favor a la sociedad, limpiándola de escoria innecesaria. ¿Acaso eres consciente del daño que produce uno de esos hijos de puta cada vez que pisa la calle?

—Para esos sois policías, ¿no? Para detenerlos y que la Justicia haga su trabajo.

—¡No! —bramó furioso y lo señaló con el dedo—. El sistema es una mierda que los defiende y los cuida. ¡Tú lo sabes bien! Esa basura merece morir aplastada como lo que son, gusanos… Nadie los echará de menos, nadie llorará por ellos… En el fondo, a nadie les importa lo que sientan, pero a todos nos preocupa que sigan ahí fuera.

—Estoy de acuerdo contigo, pero sabes que esto no funciona así.

—Por eso les proporcionamos el derecho a sufrir como sus víctimas y la obligación de pudrirse en el infierno.

Presintió que el discurso enlatado del chico sería una reproducción literal de las palabras de su padre, aunque con menos énfasis y bilis acumulada. Entendía su dolor y sus motivos para hacerlo, pero matando a un criminal, se convertía en otro. Sin embargo, no le tenía ninguna clase de estima ni tampoco le daba pena. Ambos cargaban una lista de crímenes propia de un sanguinario profesional.

En silencio, echó un vistazo a Del Hierro, que no parecía conectar con la conversación y eso le preocupaba un poco. Era probable que fuera quien lo torturaría.

«El que menos habla, menos siente».

Debía ganar tiempo antes de que le arrancaran las uñas.

—Esto no saldrá bien. Habéis dejado demasiados cabos sueltos… Ulloa, Berlanga, ahora yo… Habrá más, ya lo creo. Si desaparezco, Ledrado me buscará.

—No vas a desaparecer.

—¿Os habéis puesto creativos?

Los dos se rieron. Era como si ya hubiesen oído esa frase antes. Tal vez el miedo era lo que hacía a las personas predecibles y repetitivas.

—Te tomaba por un tipo más inteligente.

—Suelo decepcionar.

—Es tarde —respondió Del Hierro, dándole un toque de atención al compañero—. Se acabó la conversación. Tenemos que movernos.

—Vaya, ahora eres tú quien da las órdenes…

El inspector respondió con un puñetazo que lo impulsó hacia atrás, haciéndole ver las estrellas y dejándolo en el suelo. El rostro le ardía y sentía el frío del pavimento en el otro lado de la cara. Movió la lengua y sintió el sabor metálico de la sangre y un incipiente dolor en la mandíbula. Por suerte, aún no había perdido ningún diente.

El policía lo incorporó del suelo sin ningún cuidado y volvió a sentarlo en la silla.

—Me vais a matar como a Ulloa.

—No lo dudes —respondió Del Hierro, sonriente, frotándose los nudillos—. Y como a Berlanga.

Las palabras removieron las tripas del detective que aún coleaba.

—Ese os costará más.

—Es probable que no vuelva a hablar —agregó Segarra.

—Maldito cabronazo…

Furioso, intentó levantarse de la silla, pero el joven agente lo sentó y le propinó un golpe en la boca del estómago. Se le escapó un grito seco, casi ahogado y cerró los ojos para contener el dolor.

—Ya me he cansado. Vamos a llevarlo directamente al coche. Duérmelo.

Segarra sacó el pañuelo y el bote de cloroformo con el que lo había dormido y se dispuso a noquearlo de nuevo.

—Yo que tú no lo haría… —murmuró, jugando su última carta.

—No le escuches y hazlo —insistió Del Hierro.

—Si no doy señales de vida en las próximas horas, se harán públicos una serie de documentos que relacionan a tu padre con la muerte de esa prostituta.

—No le hagas caso, Segarra. Voy a hacer que se calle de una

jodida vez. Me tiene harto.

—¡Espera! —gritó y le hizo un gesto con la mano para que se detuviera—. ¿Qué has dicho?

Maldonado suspiró y sus ojos cobraron un brillo diferente. El farol había funcionado y Segarra había mordido el señuelo.

—Antes quiero hablar con tu padre.

—Eso no sucederá.

—Entonces, puede que yo muera, pero será él quien ocupe las portadas de los periódicos. Créeme que os recordarán por lo que habéis hecho.

Jugar a ser los buenos bajo el capote y la protección del comisario, había sido divertido hasta ese instante. Pero la vida se podía complicar en cuestión de segundos, albergando la posibilidad de un futuro muy turbio. No había peor divertimento en una cárcel, que un policía con expediente criminal.

—Mi padre no va a venir aquí para hablar contigo —respondió, finalmente.

El otro no se inmutaba. Era como si no fuese la partida con él.

Maldonado asintió con la cabeza y suspiró.

—Los galones de papá no os servirán en el patio de la cárcel… Con suerte, os pondrán una placa en el pasillo de la fama.

—Estoy cansado de escuchar gilipolleces —dijo el inspector y sacó la pistola—. Déjame terminar con esto.

Parecía haber esperado ese momento toda la noche.

—A ti también te traicionará, Del Hierro.

—Cierra el pico —dijo y le apuntó a la cara. Después cargó la primera bala en la recámara y le clavó el cañón entre las cejas—. Nunca me has gustado, Maldonado. Ledrado dice que eres un jodido bocazas, pero yo pienso que tu problema es otro muy distinto…

—Ah, ¿sí? —preguntó, con el acero marcando su frente—. ¿Y cuál es?

—Que no sabes cuándo quedarte callado.

Antes de que disparara, Segarra lo mandó callar y le pidió que bajara el arma. Algo estaba cambiando dentro de él y Maldonado lo podía notar en su forma nerviosa de moverse. Después se acercó y lo miró fijamente.

Sacó el teléfono móvil, buscó un contacto y le mostró la pantalla.

En ella aparecía el nombre de «Papá».

—Él decidirá qué hacemos contigo.

—Que así sea… —murmuró, sin desviar los ojos de su rostro. Solamente rezó para que el aparato siguiera grabando la conversación—. ¿Tenéis un cigarrillo? Esta será mi última voluntad.

40

Maldonado daba caladas al cigarrillo que sujetaba entre los labios. Segarra marcó el número de teléfono y dejó el terminal en el suelo con el altavoz encendido. Expectantes, los tres hombres aguardaron varios tonos hasta que una voz ronca se escuchó al otro lado.

—Te he dicho mil veces que no me llames a este número… —reprendió el comisario, cansado, como si hubiera despertado de una pesadilla. Después hizo un silencio largo y se le oyó desplazándose de ubicación hasta que regresó al aparato—. ¿Qué sucede? Espero que sea urgente.

—Lo es…

—Comisario Segarra, no nos han presentado todavía… —comentó Maldonado, alzando la voz para que el aparato recogiera sus palabras.

El comisario reaccionó con un carraspeo y el detective intuyó que ya lo daba por muerto a esas horas.

Era su única oportunidad para sonsacarle una declaración irrefutable.

—¿Qué es esto?

—Lo sabe todo y amenaza con publicarlo si nos deshacemos de él —intervino el hijo, haciendo un esfuerzo por contener la ansiedad que acumulaba en su voz.

—Comisario, soy Del Hierro. Deme la orden y acabemos con esto de una vez. Este pringado no es una amenaza.

—Tengo un hijo más inútil de lo que imaginaba… —comentó, sin alterarse—. ¿No ves que ese idiota intenta confundirte? Jamás dejaría flecos sueltos. Recuerda quién soy, quiénes somos y por qué lo hacemos.

—Eso, no olvides tu linaje, chico… —añadió Maldonado, burlándose de los dos.

Antes de que terminara de reír, Del Hierro no dudó en

responderle con un sonoro sopapo que le picó hasta en la sesera. El cigarrillo cayó al suelo por el impacto y la ceniza se esparció por sus pantalones.

—Carajo… No sabéis aceptar una broma…

—¿Qué hacemos con él?

—Ya lo sabéis.

—Déjemelo a mí, comisario.

—¿Y si lo que dice es cierto? —preguntó el hijo—. Esa ramera se lo contó todo. Te dije que era una equivocación.

—¡Cierra la boca! ¡Te está confundiendo, tarado!

—Su hijo tiene razón… No debió intimar demasiado con esa chica. La conocía demasiada gente. Si me pasa algo, todo el mundo sabrá lo retorcido que es su cabecita, contratando a una dama para que se haga pasar por su difunta hija… Cuando menos, demencial.

—¿Por qué sigue hablando esa rata inmunda?

Maldonado miró a los dos hombres, que atendían la conversación con desconcierto.

—Podéis hacer conmigo lo que queráis, pero lo cogerán, Segarra… La muerte de Ulloa dejó demasiados cabos sueltos… y estos llevarán a su hija, a los asesinatos y a Berlanga… Lo que han hecho es injustificable.

El comisario reaccionó con una carcajada siniestra por el altavoz. Tanta confianza desalentó al detective.

—Hay que tener muchas agallas para decir eso en su situación, Maldonado…

—¿A cuántos policías está dispuesto a fusilar?

La pregunta cayó en un silencio perturbador. Segarra aguardó unos segundos antes de emitir una respuesta.

—No lo matéis… Este idiota tiene razón.

—Me alegra que lleguemos a un entendimiento…

—Se me ha ocurrido algo más brillante.

El hijo del comisario cogió el teléfono del suelo, desactivó el altavoz y se lo puso al oído. El inspector se acercó a Maldonado con una mordaza para taparle la boca.

—Entiendo… Perfecto —dijo el joven agente—. Te avisaré cuando haya terminado. Adiós.

Del Hierro le tapó la boca, impidiéndole hablar. Había subestimado al comisario, quien tendría siempre un plan de

emergencia a mano. La había pifiado, pensó, teniendo en cuenta de que no lograría salir de ese agujero por su propio pie. Callado, maniatado y amordazado, se convertía en un maniquí pesado. Lo peor de todo era que no tenía la más remota idea de cómo se iban a deshacer de él, y eso lo ponía en un grave apuro.

—Esta vez no habrá cloroformo.

Del Hierro desapareció de su campo de visión y una fuerte sacudida le golpeó la nuca, dejándolo inconsciente al instante.

41

El traqueteo del motor lo despertó. Al abrir los ojos, estaba amaneciendo y su camisa apestaba a whisky. El sol aún no había salido y le molestaba la luminosidad del exterior. De repente, se vio en la parte trasera del coche, con el Barbour manchado de sangre reseca y un ardiente dolor de cabeza que le impedía pensar con nitidez. Delante iban los dos policías. El inspector Del Hierro conducía y, a su lado, Segarra daba las indicaciones. Le habían rociado alguna bebida alcohólica por encima, con el fin de demostrar que estaba borracho. Tenía la boca demasiado reseca, llevaba horas sin ingerir agua y los pensamientos se entumecían en la mente. El final se acercaba. Esta vez parecía que el comisario les había dado una idea para deshacerse del cuerpo.

Giró el cuello con dificultad, sintiendo la tensión muscular e intuyó que se encontraba lejos de la ciudad. El entorno era árido y seco y había una laguna a la que se aproximaban. Después oteó el interior del coche y comprobó los detalles de la tapicería. Era un Volvo, igual que el de Ulloa, y tuvo un mal augurio de cómo terminaría aquello.

—Para aquí —dijo uno de ellos, cerca de una pendiente que se acercaba a la orilla de la charca.

El conductor echó el freno de mano y ambos se bajaron del vehículo.

El detective pensó que estaba perdido y no había manera de cambiar el rumbo de los acontecimientos. Antes de que abrieran la puerta trasera, presagió las intenciones de la pareja.

—Venga, hombre. No te pongas remolón ahora —dijo Del Hierro, cogiéndolo del pescuezo.

Maldonado intentaba resistirse, sin éxito. Ya casi no tenía fuerzas.

Lo metieron en el asiento del conductor y lo sujetaron con el

cinturón de seguridad. Después destensaron el freno de mano y cerraron la puerta con llave. Entonces sintió cómo el vehículo se movía lentamente hacia el agua. Por el espejo retrovisor los veía empujando desde atrás.

El vehículo tomó carrerilla. Intentó juntar los pies y cortar la cinta con uno de los pedales. Era inútil. Necesitaba algo realmente afilado. Cada bache le provocaba un fuerte latigazo en la cabeza, aumentando la jaqueca. La tensión comenzó a ahogarlo. Si no salía de allí, pronto estaría bajo el agua y moriría ahogado.

Poco a poco, los hombres desaparecieron del espejo retrovisor. Advirtió la primera embestida cuando el vehículo entró en el agua y comenzó a sumergirse en el pantano. La profundidad de la laguna hizo que el turismo se hundiera en cuestión de segundos. A lo lejos logró oír unas sirenas de Policía, pero el ruido se cortó en cuanto el agua cubrió todo el coche. Por la ventanilla no veía nada más que un azul turquesa borroso que se oscurecía más y más.

«Si rompo la ventanilla, moriré ahogado», pensó cuando sintió el agua helada humedeciendo sus pies. Estaba sucediendo más rápido de lo que había calculado. La fuerza del agua rompió el vehículo y se adentró en la carrocería. El nivel del líquido aumentaba con rapidez y ahora le alcanzaba el pecho.

No sintió miedo, ni tampoco pena por marcharse.

«No puedes temer a la muerte cuando ya no te queda nada», dijo y cerró los ojos, dispuesto a dejarse llevar por el destino que le había tocado sufrir.

Pasaría rápido, pensó, pues una vez que se ahogara, no sentiría nada más.

En el escaso tiempo que tuvo para pensar, se acordó de Marla, de Berlanga y de su colección de novelas policíacas. Eso fue todo, nada más y se lamentó por no haber tratado mejor a las únicas dos personas que realmente le importaban en la vida. Le hubiese gustado contarle la verdad a Marla, haber sido más generoso y amable con ella. Hubiese deseado comenzar otra vez todo.

«Ni morirás joven, ni dejarás un bonito cadáver, pero te has divertido intentándolo», reflexionó antes de relajar los músculos, ya paralizados por el agua, que le alcanzaba la barbilla.

El agua le acarició los labios. El fin estaba cerca. El telón se cerraba y la función terminaba. Se imaginó a alguien llevando una

corona de flores bonitas a su funeral.

Cuando estaba ya casi desconectado de la realidad, oyó un crujido molesto cerca de su cabeza. Abrió los ojos, pero todo estaba borroso bajo el agua, aunque logró ver lo suficiente como para no perder la esperanza de seguir con vida.

Aún debía seguir luchando.

42

Un pestañeo bastó para encontrar a Ledrado sumergido, al otro lado del cristal, intentando rescatarlo.

El inspector rompió la ventanilla y el agua entró de lleno en el interior del coche. Maldonado sintió cómo la corriente lo aplastaba como un yunque. Cerró la boca y llenó los pulmones. No podría aguantar demasiado, ni sabía a qué nivel de la superficie se encontraban, pero debía resistir. Primero fue el cinturón de seguridad. Ledrado intentó abrir la puerta desde dentro, pero no resultaba sencillo debido a la presión. Maldonado empujó con las piernas y el inspector tiró hacia fuera, haciendo que la puerta finalmente se abriera. Le quitó la mordaza con violencia y lo agarró para sacarlo. De repente, el detective notó que algo se desprendía de su cintura. El objeto se desplazó a cámara lenta y cayó sobre el asiento del copiloto. Torció el cuello y vio el teléfono móvil, suspendido en el agua, separándose de él. Su única esperanza se hundía como un tesoro en el fondo del mar. Si perdía el teléfono, perdía la grabación que metería a Segarra en la cárcel, o lo que era lo mismo: si llegaba a la superficie sin ese archivo de audio, pasaría la vida entre rejas.

Primero se zarandeó, intentando convencer al policía de su misión y estiró el brazo para acercarse al coche, entorpeciendo la salida a la superficie, pero Ledrado negó con la cabeza y siguió nadando hacia el exterior.

No había vuelta atrás.

Tal vez el policía salvara su vida, pero qué vida era aquella que pasaría durante años bajo la desgracia. El futuro se alejaba de sus manos y se volvía imperceptible a sus ojos, ahora enrojecidos por la suciedad del agua.

43

Un sueño eterno. Esa fue la sensación que tuvo cuando despertó lentamente del letargo. La temperatura era agradable, cálida, aunque no calurosa. De pronto, una silueta femenina asomó por la puerta de la habitación. Marla se retiró con un movimiento automático, instintivo, como si intentara ocultar la intimidad que les unía.

—Espero no interrumpir —dijo la esposa de Berlanga, con una apariencia mejorada.

Movió los dedos de la mano derecha y sintió el tacto de un tejido suave. Le dolían los ojos. Era como si nunca los hubiera utilizado. Sus últimos recuerdos eran vagos. Pensó que había sido una pesadilla de las que se tarda en salir. Creyó que había muerto ahogado en el interior de ese coche, pero no era así. Levantó los párpados con esfuerzo, notando cómo la visión se tornaba más clara con el paso de los segundos. Lo primero que vio fue una melena anaranjada y el rostro de porcelana de una muchacha, sentada a un escaso metro de la cama. La reconoció al instante. Esa silueta estaba grabada a fuego en su memoria. Tan pronto como reaccionó, Marla se levantó del sofá y se acercó a él para sujetarle la mano.

Era consciente de que estaba en un estado lamentable y que la secretaria no sentía más que pena y preocupación por él, pero hacía tiempo que una mujer no lo tocaba de esa manera.

—¿Estás despierto?

—Supongo que esto no es aún el infierno… ¿Dónde diablos estoy?

Los ojos claros de la chica lo miraron con ternura. Se sentía dolorido, como si le hubieran dado una buena tunda.

—Lleva cuidado, por favor —dijo ella—. Te han roto dos costillas.

—¿Solo? No es para tanto…

—Menudo susto me has dado, Javier.

Él suspiró y la observó en silencio. En ocasiones como aquella, lo mejor era quedarse callado. Se dio cuenta de que su mano seguía sujetándole los dedos. Esa joven valía demasiado como para seguir solucionando sus problemas, pero no iba a desprenderse de ella tan rápido. Sus razones tenía y eso era lo que más le asustaba. Como muestra de agradecimiento, le apretó la mano a modo de corresponderla.

—Marla…

—¿Sí? —preguntó, aleteando la mirada, expectante a sus palabras.

—¿No tendrás un cigarrillo?

De pronto, la ilusión desapareció en los ojos de ella.

—Estás en un hospital. Está prohibido fumar.

Maldonado dio un vistazo por la habitación en busca del teléfono.

—Quiero salir de aquí… —comentó, intentando arrancar el cable del gotero—. Hay un asunto que debo resolver antes de que sea demasiado tarde para todos…

—Escucha, Javier…

—No tengo tiempo para explicaciones. Debes ayudarme y confiar en lo que digo…

—No puedes ir a ninguna parte.

—Al carajo con los médicos. Es importante, Marla. Ayúdame a quitarme esto… No sabes de lo que hablas…

—El inspector Ledrado se ha hecho cargo de todo.

De pronto, se quedó quieto y no opuso más resistencia.

—Ledrado… —repitió y recordó las últimas imágenes, antes de salir a la superficie. Su mente seguía con lagunas.

—Las conversaciones que grabaste, el testimonio del comisario Segarra y de su hijo… —explicó, tranquilizándolo—. El inspector Ledrado lleva ahora la investigación y el juez del caso ha aprobado la orden de detención preventiva.

—Pero, es imposible… El teléfono se quedó en el coche.

Ella negó con la cabeza y después sonrió.

—No, no lo es… La aplicación guardaba una copia de las grabaciones en un servidor remoto… —aclaró, apaciguando los nervios—. De este modo pudimos recuperar los datos.

—¿Eso es posible?

—Sí… Intenté explicártelo, pero…

—¿Han detenido al comisario Segarra y a sus hombres?

Ella asintió, sonriente.

—Vaya… Esa sí que es una noticia.

—En absoluto —respondió Marla y regresó al sofá.

—Me he enterado de lo que ha sucedido —dijo Clara—. Estaremos siempre en deuda contigo.

—Gracias por venir a verme, Clara, pero ha sido cosa de Ledrado.

La mujer dio un paso al frente, intentando ocultar la emoción, pero una lágrima salió de su ojo derecho y le bajó por el rostro.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Marla.

La esposa de Berlanga agachó la cabeza con una sonrisa.

—He venido por otro motivo… Miguel ha despertado, Javier —respondió, dejando que las lágrimas se manifestaran junto a la sonrisa de alegría—. La doctora dice que se recuperará. Pronto volverá a casa.

Maldonado sintió un fuerte latido en el pecho.

Se giró hacia Marla y le tendió el brazo.

—Sácame de aquí. Quiero ir a verlo ahora mismo.

—Pero, no puedes caminar, Javier.

—Busca una maldita silla de ruedas, pero tengo que ver a Berlanga ahora mismo.

Marla miró a Clara y ambas encontraron la complicidad en sus miradas.

—¿Qué hago con él? —preguntó la secretaria.

—No se puede hacer nada —contestó la otra mujer, riéndose.

44

Berlanga parecía animado, aunque aún le quedaba una larga recuperación para dejar el hospital. Pero, por fortuna, su progresión era favorable y parecía que saldría de aquello sin secuelas graves.

Cuando el inspector vio al detective en la silla de ruedas, con el Barbour encima de la bata de paciente y ayudado por la secretaria, no disimuló la sonrisa que dibujó en su rostro. Se alegró de verlo, casi tanto como Maldonado cuando lo encontró despierto y despeinado, con ese brillo en la mirada que aún conservaba.

Marla empujó la silla hacia la cama, hasta que dejó al detective a su lado.

En silencio, Berlanga le dirigió una mirada de simpatía a la chica.

—Me alegra verle de nuevo, inspector —comentó y los dejó a solas.

Los dos hombres se miraron fijamente en silencio, durante varios segundos. Una conversación cómplice que no necesitaba de palabras.

El detective desvió los ojos hacia la cama y asintió con la cabeza.

—Sabía que lo lograrías —comentó, sin apenas fuerzas para hablar—. De hecho, no concebía otro final…

El inspector gimoteó algo ininteligible y movió la mano derecha.

—No te esfuerces… —añadió él y le tocó el brazo para que conservara la energía—. Lo importante es que estás de vuelta.

Berlanga, terco, carraspeó para intentarlo de nuevo.

—¿Qué… te ha… pasado?

—Nada grave.

—Ha sido…

—Sí. Segarra.

—Javier…

Maldonado se rio y aguardó unos segundos.

—Debiste contármelo, mamonazo… Sabes de sobra que soy incapaz de dejar un trabajo a medias.

El inspector negó con la cabeza e intentó defenderse.

—Dejaste demasiadas pistas como para que mirara a otra parte… Primero, Ulloa, luego tú… El caso Valdivia… Segarra acumulaba demasiado odio por la muerte de su hija… Espero que aprenda a curarlo en la cárcel…

No llegó a terminar la frase porque alguien abrió la puerta de la habitación. Maldonado se giró para ver quién era.

—¿Inspector? —se presentó Ledrado, vestido de uniforme—. Acabo de escuchar la noticia.

Los ojos del inspector se cruzaron con los del detective. Pensó en quedarse allí, como si perteneciera al equipo, pero comprendió que ese ya no era su sitio y que debía dejarlos hablar en privado. Echó las manos a las ruedas y se dispuso a salir, no sin antes despedirse de su amigo.

—Te veré pronto, Miguel. Cuídate.

Luego salió de la habitación, pasando por delante de Ledrado.

—Inspector…

—Gracias —dijo Ledrado y cerró la puerta.

Aguardó varios minutos en el pasillo, junto a una máquina dispensadora. Le debía una disculpa a Ledrado y también una muestra de agradecimiento por haberle salvado la vida. Sin él, el caso no se habría cerrado y, probablemente, ahora sería un cadáver flotando en el lago, contando con la mejor de las suertes. Lo peor de todo era que a Maldonado nunca se le había dado bien reconocer sus errores. Quizá fuese uno de los muchos talentos que no había desarrollado a lo largo de su vida, razón por la que seguía solo, sin pareja y, por poco, casi sin amigos. Durante la espera, reconoció la figura de una enfermera que se aproximaba a él por uno de los pasillos. Intentó disimular para que no la viera, pero ella lo reconoció en cuanto se cruzó en su camino.

—¡Usted!

Maldonado simuló no haberla oído mientras miraba por una de las ventanas.

—¡Oiga, le estoy hablando! —exclamó y zarandeó la silla—. ¿Qué hace aquí?

Finalmente, se giró.

—¡Oh, es usted! Creo que me he perdido.

Ella frunció el ceño con mala gana.

—¿Qué le ha pasado?

—Un leve accidente —dijo, restándole importancia—. Ahora no me puede echar, ¿verdad? Soy un paciente más.

—Tiene un morro que se lo pisa.

—Mi amigo ha despertado, ¿sabe? El policía…

—Me alegro por él. Llamaré a alguien para que lo suba a su planta.

—No tan rápido, señora, espere unos minutos…

—¿Unos minutos, a qué?

—A veces, la vida no es más que una espera en la que uno se para a observar…

Ella dio un respingo y suspiró.

—Le diré algo y no se lo repetiré —respondió, tajante—. Tengo que visitar a un paciente en esa habitación. Cuando salga, no quiero volver a verle aquí, ¿me oye?

—Como el cantar de los gorriones.

—De lo contrario, tendrá un problema conmigo. Y le aseguro que nadie quiere tener problemas conmigo en este hospital.

En el fondo, como él, nadie quería estar allí, ni por asomo.

Inmediatamente, la puerta del cuarto de Berlanga se abrió. Ledrado lo encontró por sorpresa, como si no lo esperara allí.

—¿Tienes un minuto?

—¿No deberías estar en tu habitación?

—Recibo un trato especial en este hospital —dijo y señaló las empuñaduras de la silla—. Anda, sácame a dar un paseo. Necesito un poco de aire fresco.

45

Sentado en la silla de ruedas y con el Barbour sobre la bata, fumaba un *light* en la fría y soleada mañana del invierno madrileño.

—Supongo que te debo una disculpa —dijo, finalmente, rompiendo el hielo e iniciando la conversación.

—No me debes nada.

—Y agradecerte que me hayas salvado la vida —remató, creando un silencio incómodo para el inspector. A Ledrado tampoco se le daba bien recibir halagos o tener una conversación profunda, aunque su mirada agradecía el detalle. Maldonado reconoció que se había equivocado en el pasado con él, juzgándolo tan rápido, simplemente por haber ocupado su lugar. Eran dispares y, a la vez, muy parecidos en carácter, razón por la que sospechó que Berlanga lo tenía a su lado. La ausencia de su amigo le había servido de ayuda para acercarse a él un poco más, aunque sin llegar a intimar.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó, dado que el otro se mantenía callado—. Lo del vehículo…

—Triangulé tu ubicación desde el momento que decidiste meterte en esto.

—Los pequeños detalles son los que importan…

—Sabía que no pararías hasta llegar al final. ¿Me equivoco?

—En absoluto.

—Tu secretaria me llamó cuando las grabaciones aparecieron en el servidor. De no ser por ella, estarías flotando en alguna parte.

—Gracias por recordármelo.

—Entiéndelo, Maldonado… No podía jugármela con Segarra, sin las pruebas suficientes para acusarlo. Sabía que Del Hierro estaba metido en algo… pero no podía arriesgar a que lo arruinaras todo. Un error como ese habría terminado con mi carrera.

—Lo que no entiendo es cómo nadie más ha reparado en lo ocurrido.

—Por desgracia, hay quien está a favor de lo que han hecho, aunque no lo manifiesten… y también quien prefiere mirar a otro lado, antes de terminar como Ulloa…

—Me dejas más tranquilo.

—Sé que el fin no justifica los medios, pero nunca sabremos quién estuvo de parte de quién.

Ledrado se acercó a él y le dio una palmada en la espalda, antes de despedirse.

—Recupérate y tómate unas vacaciones. Te vendrán bien.

—¿Estás preparado para lo que viene?

—No lo sé, pero tampoco me preocupa. Mis emociones son la última prioridad.

Lo que dijera Maldonado a partir de entonces, era irrelevante para el inspector.

En los siguientes días, tendría que lidiar con una presión desmesurada: medios de comunicación, opiniones de terceros, abogados, jueces, comentarios en el trabajo, vacíos personales, persuasiones, intimidaciones para que cambiara de opinión y que así diera un paso atrás y un largo etcétera de maquiavelismo, con distintos fines e intereses. Tumbar a Segarra no iba a ser tan sencillo, pero, si aún quedaba un poco de fe en la Justicia, Ledrado era la persona adecuada para ir hasta el final.

Cuando se dispuso a marcharse, Maldonado giró la silla hacia él.

—Inspector…

Ledrado se detuvo y giró la cabeza.

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte un último favor?

—Inténtalo.

—Acuérdate de ella cuando estés en el juicio.

46

Unos meses más tarde.
Lunes.

Levantó la vista a la televisión que había en el bar Gago y regresó a su café con churros. Por la ventana observaba la entrada a los juzgados, los furgones policiales que bloqueaban la salida con Bravo Murillo y al enjambre de reporteros que se movía de un lado a otro en busca de un corte audiovisual. Se sentía un idiota con aquel traje oscuro que se había puesto en ocasiones contadas.

Marla desayunaba un cruasán y un café cortado e intentaba animarlo para que le cambiara la expresión. Pero no era sencillo. El teléfono no cesaba de sonar. El proceso estaba siendo lento, tal y como habían supuesto.

A Ledrado se lo estaba comiendo la defensa del comisario, Berlanga seguía en el hospital, aunque se recuperaba, y, para él, era la tercera vez que iba a declarar a los juzgados de instrucción de la plaza de Castilla. Por suerte para la sociedad, el comisario Segarra, su hijo y Del Hierro ya habían sido destituidos. La prensa se había hecho eco de los crímenes y no cabía un alfiler en los alrededores de los calabozos. La calle estaba llena de cámaras y de fisgones en busca de una declaración. En los programas de televisión no hablaban de otro asunto. Criticar a la Policía daba mucho juego a las cadenas, que no se cortaban en crear bulos para mantener a la audiencia pegada a la pantalla.

A Maldonado, a pesar de que ya no tuviera nada que ver con el Cuerpo, aquel circo mediático y sensacionalista le parecía lamentable. Le dolía que gente como Berlanga o Ledrado tuvieran que pagar los insultos y las mentiras que los periodistas de sofá vertían sobre su profesión, cuestionando la profesionalidad, la ética y los procedimientos legales. La falta de empatía se convertía en el

deporte nacional, olvidando que el uniforme lo vestían personas que, al fin y al cabo, eran imperfectas como cualquiera. La única certeza que el detective tenía sobre aquel juicio era que los tres pasarían una temporada entre rejas, sin excepción alguna. La investigación comandada por Ledrado presentaba pruebas fehacientes para meterlos unos cuantos años entre rejas, por muy buenos abogados que tuvieran. No obstante, en los procesos, como en las finales de Champions, nunca se podía predecir nada, por mucho que uno confiara en la superioridad de su equipo.

El terminal vibró sobre la mesa.

Los dos miraron la pantalla.

—Cógelo tú —dijo y se lo pasó a la secretaria—. Diles que me he muerto.

—¡Javier!

—Cuéntales lo que sea para que me dejen tranquilo.

Ella cogió el teléfono y canceló la llamada.

Él la miró inquieto.

—¿Qué haces?

—Lo que me has pedido.

—Marla, ¿y si era importante?

—Necesitas unas vacaciones.

—No, lo que me vendría bien es trabajar.

—Nos llueven las ofertas de trabajo. Probablemente, ahora seamos la agencia más famosa de Madrid.

—¿Más que la Agencia ALCÁZAR?

—Por supuesto…

—Pero…

—Rechazas todos los encargos que nos llegan.

«Porque no son casos reales», se dijo para sus adentros, sin ánimo de ofenderla. Marla tenía razón y de ese modo no iban a ninguna parte. Pero le costaba superar el caso de Cristal.

De alguna manera, se sentía en deuda con ella.

Se levantó con cuidado, aún dolorido por las dos costillas que le habían fracturado y pidió la cuenta.

—¿A dónde vas?

—Necesito que me hagas un favor —dijo y le entregó las llaves de su coche—. Es hora de cerrar un capítulo.

Una hora más tarde, Maldonado sujetaba un ramo de flores frente a

uno de los muchos nichos del cementerio. El tránsito de visitantes era escaso, descontando al personal de mantenimiento, que siempre merodeaba sin molestar. Algo en su interior lo obligaba a darle un último adiós. No entendía las razones que albergaban en su interior, pero tampoco necesitaba comprender algo, ni asegurarse de que todo debía tener un sentido racional. En ocasiones es mejor así. No hacen falta respuestas para todo. Tan solo basta con decir adiós y seguir adelante. Para él, la vida también representaba impulsos guiados por una fuerza externa. Los mismos que lo arrastraban a la más profunda oscuridad eran aquellos que podían sacar su lado más humano.

La mujer, abandonada a su suerte, había sido enterrada de manera austera, apilada en una pared de cemento que parecía un armario enorme, compartiendo un espacio común con las otras personas que descansaban a su alrededor.

—¿Sabes, Marla? Dicen que todos somos iguales, pero yo no lo creo así…

—Yo tampoco lo creo.

—Somos seres complejos, construidos de maneras diferentes. Supongo que eso nos hace únicos y especiales… —continuó. Ella escuchaba en silencio, sin interrumpirle—. Nos obsesionan los vacíos, los cabos sueltos… y por eso ansiamos querer saberlo todo de alguien… Jamás conocí a esta mujer, en lo que se refiere a su pasado, pero hizo algo que marcó su vida y la mía…

—Últimamente, estás tan intenso…

—Le prometieron esperanza, un futuro mejor… y prefirió arriesgar su vida para salvar la mía… No podemos juzgar a alguien por lo que creemos que es, sino por cómo es con nosotros.

Maldonado bajó el ramo para dejarlo en el suelo. Marla le sujetó el brazo para que mantuviera el equilibrio y después le ayudó a incorporarse.

Las nubes grises cubrían el cielo y un viento helado comenzó a soplar de la nada.

—Será mejor que nos vayamos —comentó ella, alzando la vista —. Se avecina tormenta.

El detective se fijó en la mujer que tenía a su lado, y sintió que las palabras que había pronunciado resonaban más que nunca en él. Por desgracia, las cosas no eran tan sencillas y en ellos dos

habitaban seres tan complejos que era mejor si no chocaban.

Encendió un cigarrillo en el más absoluto silencio, haciendo sonar la piedra del mechero como si estuviera golpeando dos rocas. Dio una larga calada y exhaló. Se sentía vivo, aunque fuera por unos segundos, y consciente de que el humo lo mataría lentamente. Después de todo, seguía allí y no importaba lo que sucediera, porque Marla siempre estaba cerca. Todavía estaba a su lado.

Al fin y al cabo, era lo único que necesitaba en esos momentos.

PABLO POVEDA (Cartagena, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de más de doce libros, incluyendo *La Isla del Silencio, El Profesor* o *Don*. Vive en Alicante donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

«Periodista licenciado que pisó un diario para preguntar dónde estaba el aseo, toqué en una banda de pop, grabé un siete pulgadas y un puñado de canciones. Salí en MTV, revistas y diarios, me hice fotos con famosos y dormí en habitaciones de hoteles con sábanas limpias. Recorrí parte de Europa, me congelé en el Mar Báltico y dejé la vida convencional para perseguir mi sueño de escritor».

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.